

Friedrich Nietzsche

Más allá del bien y del mal



ELEJANDRIS

MÁS ALLÁ DEL BIEN Y DEL MAL

FRIEDRICH NIETZSCHE

1886

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

Prefacio

CAPÍTULO I. PREJUICIOS DE LOS FILÓSOFOS

CAPÍTULO II. EL ESPÍRITU LIBRE

CAPÍTULO III. EL ESTADO DE ÁNIMO RELIGIOSO

CAPÍTULO IV. APOTEGMAS E INTERLUDIOS

CAPÍTULO V. LA HISTORIA NATURAL DE LA MORAL

CAPÍTULO VI. LOS ESCOLARES

CAPÍTULO VII. NUESTRAS VIRTUDES

CAPÍTULO VIII. PUEBLOS Y PAÍSES

CAPÍTULO IX. ¿QUÉ ES NOBLE?

DESDE LAS ALTURAS

Prefacio

SUPONIENDO que la Verdad sea una mujer, ¿qué ocurre entonces? ¿No hay motivos para sospechar que todos los filósofos, en la medida en que han sido dogmáticos, no han comprendido a las mujeres, que la terrible seriedad y la torpe importunidad con que han dirigido sus discursos a la Verdad han sido métodos poco hábiles e indecorosos para ganar a una mujer? Ciertamente, ella nunca se ha dejado ganar; y en la actualidad todo tipo de dogma se mantiene con un semblante triste y desalentado -¡si es que se mantiene! Porque hay burlones que sostienen que ha caído, que todo dogma yace en el suelo, es más, que está en su último suspiro. Pero, hablando en serio, hay buenas razones para esperar que toda la dogmática en la filosofía, cualquiera que sea el aire solemne, concluyente y decidido que haya asumido, pueda haber sido sólo un noble puerilismo y tiranismo; y probablemente se acerque el momento en que se comprenda una y otra vez QUÉ es lo que realmente ha bastado para la base de edificios filosóficos tan imponentes y absolutos como los dogmáticos han levantado hasta ahora: tal vez alguna superstición popular de tiempos inmemoriales (como la superstición del alma, que, bajo la forma de superstición del sujeto y del ego, no ha dejado aún de hacer daño): tal vez algún juego de palabras, un engaño de la gramática, o una audaz generalización de hechos muy restringidos, muy personales, muy humanos... demasiado humanos. La filosofía de los dogmáticos, es de esperar, no fue más que una promesa para miles de años después, como lo fue la astrología en épocas aún más tempranas, al servicio de la cual se ha gastado probablemente más trabajo, oro, agudeza y paciencia que en cualquier ciencia real hasta ahora: a ella, y a sus pretensiones "supraterrenales" en Asia y Egipto, debemos el gran estilo de la arquitectura. Parece que para inscribirse en el corazón de la humanidad con pretensiones

imperecederas, todas las grandes cosas tienen que vagar primero por la tierra como enormes e inspiradoras caricaturas: la filosofía dogmática ha sido una caricatura de este tipo, por ejemplo, la doctrina Vedanta en Asia y el platonismo en Europa. No seamos ingratos con ella, aunque ciertamente hay que confesar que el peor, el más fastidioso y el más peligroso de los errores ha sido hasta ahora un error dogmático, a saber, la invención de Platón del Espíritu Puro y del Bien en Sí mismo. Pero ahora que ha sido superado, cuando Europa, liberada de esta pesadilla, puede volver a respirar libremente y al menos disfrutar de un sueño más saludable, nosotros, CUYO DEBER ES LA VIGILANCIA MISMA, somos los herederos de toda la fuerza que la lucha contra este error ha fomentado. Era la inversión misma de la verdad, y la negación de la PERSPECTIVA -la condición fundamental- de la vida, hablar del Espíritu y del Bien como Platón hablaba de ellos; en efecto, uno podría preguntar, como un médico: "¿Cómo atacó tal enfermedad a ese mejor producto de la antigüedad, Platón? ¿Realmente lo corrompió el malvado Sócrates? ¿Era Sócrates, después de todo, un corruptor de la juventud, y merecía su cicuta?" Pero la lucha contra Platón, o -para hablar más claro, y para el "pueblo"- la lucha contra la opresión eclesiástica de milenios de cristianismo (PORQUE EL CRISTIANISMO ES PLATONISMO PARA EL "PUEBLO"), produjo en Europa una magnífica tensión de alma, como no había existido antes en ninguna parte; con un arco tan tenso se puede apuntar ahora a las metas más lejanas. De hecho, el europeo siente esta tensión como un estado de angustia, y se han hecho dos intentos a lo grande para destensar el arco: una vez por medio del jesuitismo, y la segunda vez por medio de la ilustración democrática, que, con la ayuda de la libertad de prensa y la lectura de periódicos, podría, de hecho, hacer que el espíritu no se encontrara tan fácilmente en "angustia". (Los alemanes inventaron la pólvora -¡todo el mérito es suyo! pero volvieron a cuadrar las cosas -inventaron la imprenta). Pero nosotros, que no somos ni jesuitas, ni demócratas, ni siquiera suficientemente alemanes, nosotros los BUENOS EUROPEOS, y los espíritus libres, MUY libres, lo tenemos todavía, toda la angustia del espíritu y toda la

tensión de su arco. Y quizás también la flecha, el deber, y, ¿quién sabe? LA META A LA QUE APUNTAR. . . .

Sils Maria Upper Engadina, JUNIO, 1885.

CAPÍTULO I. PREJUICIOS DE LOS FILÓSOFOS

1. La Voluntad de la Verdad, que ha de tentarnos a muchas empresas arriesgadas, la famosa Veracidad de la que todos los filósofos han hablado hasta ahora con respeto, ¡qué preguntas no nos ha planteado esta Voluntad de la Verdad! ¡Qué preguntas tan extrañas, desconcertantes y cuestionables! Es ya una larga historia; sin embargo, parece como si apenas hubiera comenzado. ¿Es de extrañar que al final desconfiemos, perdamos la paciencia y nos alejemos con impaciencia? ¿Que esta Esfinge nos enseñe por fin a hacernos preguntas a nosotros mismos? ¿Quién es realmente el que nos hace preguntas aquí? ¿Qué es realmente esta "Voluntad de la Verdad" en nosotros? De hecho, nos detuvimos largamente en la pregunta sobre el origen de esta Voluntad, hasta que por fin nos detuvimos absolutamente ante una pregunta aún más fundamental. Nos preguntamos por el VALOR de esta Voluntad. Si queremos la verdad, ¿por qué no preferimos la falsedad? ¿Y la incertidumbre? ¿Incluso la ignorancia? El problema del valor de la verdad se presentó ante nosotros -¿o fuimos nosotros los que nos presentamos ante el problema? ¿Cuál de nosotros es el Edipo aquí? ¿Cuál es la Esfinge? Parecería una cita de preguntas y notas de interrogación. Y ¿podría creerse que por fin nos parece como si el problema no se hubiera planteado nunca antes, como si fuéramos los primeros en discernirlo, vislumbrarlo y ARRIESGARLO? Porque hay riesgo en plantearlo, tal vez no haya mayor riesgo.

2. "¿CÓMO PODRÍA originarse algo a partir de su contrario? Por ejemplo, ¿la verdad a partir del error? o la voluntad de la verdad a partir de la voluntad del engaño? o la acción generosa a partir del egoísmo? o la visión pura del sol del sabio a partir de la codicia? Tal génesis es imposible; quien sueña con ella es un necio, no, peor que un necio; las cosas de más alto valor deben tener un origen diferente, un origen propio; en este mundo transitorio, seductor, ilusorio y mezquino, en este tumulto de engaño y codicia, no pueden tener su fuente. Pero en el regazo del Ser, en lo intransitorio, en el Dios oculto, en la 'Cosa-en-sí-misma-Allí debe estar su fuente, y en ninguna otra parte!'-Este modo de razonamiento revela el prejuicio típico por el que se puede reconocer a los metafísicos de todos los tiempos, este modo de valoración está en el fondo de todo su procedimiento lógico; a través de esta "creencia" suya, se esfuerzan por su "conocimiento", por algo que al final se bautiza solemnemente como "la Verdad". La creencia fundamental de los metafísicos es la CREENCIA EN LAS ANTITESIS DE VALORES. Ni siquiera a los más recelosos se les ocurrió dudar aquí en el mismo umbral (donde la duda, sin embargo, era más necesaria); aunque habían hecho un voto solemne, "DE OMNIBUS DUBITANDUM." Porque se puede dudar, en primer lugar, de si las antítesis existen en absoluto; y en segundo lugar, de si las valoraciones populares y las antítesis de valor en las que los metafísicos han puesto su sello, no son tal vez meras estimaciones superficiales, perspectivas meramente provisionales, además de estar hechas probablemente desde algún rincón, tal vez desde abajo: "perspectivas de rana", por así decirlo, para tomar una expresión corriente entre los pintores. A pesar de todo el valor que pueda tener lo verdadero, lo positivo y lo desinteresado, podría ser posible que se asignara un valor más alto y fundamental para la vida en general al fingimiento, a la voluntad de engaño, al egoísmo y a la codicia. Incluso podría ser posible que LO QUE constituye el valor de esas cosas buenas y respetadas, consista precisamente en que están insidiosamente relacionadas, anudadas y tejidas con esas cosas malas y aparentemente opuestas; tal vez incluso en que son esencialmente idénticas a ellas. ¡Tal vez! Pero, ¡quién quiere

ocuparse de esos peligrosos "quizás"! Para esa investigación hay que esperar el advenimiento de un nuevo orden de filósofos, que tendrán otros gustos e inclinaciones, el reverso de los que hasta ahora han prevalecido: filósofos del peligroso "Tal vez" en todo el sentido del término. Y para hablar con toda seriedad, veo que esos nuevos filósofos comienzan a aparecer.

3. Después de haber observado con atención a los filósofos, y de haber leído entre sus líneas el tiempo suficiente, me digo ahora que la mayor parte del pensamiento consciente debe contarse entre las funciones instintivas, y es así incluso en el caso del pensamiento filosófico; uno tiene que aprender aquí de nuevo, como aprendió de nuevo sobre la herencia y la "innatez". Tan poco como el acto de nacer entra en consideración en todo el proceso y procedimiento de la herencia, tan poco es el "ser-consciente" OPUESTO a lo instintivo en cualquier sentido decisivo; la mayor parte del pensamiento consciente de un filósofo está secretamente influenciado por sus instintos, y forzado en canales definidos. Y detrás de toda la lógica y su aparente soberanía de movimiento, hay valoraciones, o para hablar más claramente, exigencias fisiológicas, para el mantenimiento de un modo de vida definido Por ejemplo, que lo cierto vale más que lo incierto, que la ilusión es menos valiosa que la "verdad" tales valoraciones, a pesar de su importancia reguladora para nosotros, podrían no obstante ser sólo valoraciones superficiales, tipos especiales de naisserie, tales como pueden ser necesarios para el mantenimiento de seres como nosotros. Suponiendo, en efecto, que el hombre no es sólo la "medida de las cosas".

4. La falsedad de una opinión no es para nosotros ninguna objeción a ella: es aquí, quizás, donde nuestro nuevo lenguaje suena más extraño. La cuestión es saber hasta qué punto una opinión favorece

la vida, preserva la vida, preserva la especie, tal vez la cría de la especie, y nos inclinamos fundamentalmente a sostener que las opiniones más falsas (a las que pertenecen los juicios sintéticos a priori), son las más indispensables para nosotros, que sin un reconocimiento de las ficciones lógicas, sin una comparación de la realidad con el mundo puramente IMAGINADO de lo absoluto e inmutable, sin una falsificación constante del mundo por medio de los números, el hombre no podría vivir; que la renuncia a las opiniones falsas sería una renuncia a la vida, una negación de la vida. RECONOCER LA INTRADUCCIÓN COMO CONDICIÓN DE LA VIDA; eso es ciertamente impugnar las ideas tradicionales de valor de una manera peligrosa, y una filosofía que se aventura a hacerlo, se ha colocado por sí sola más allá del bien y del mal.

5. Lo que hace que los filósofos sean considerados medio con desconfianza y medio con burla, no es el descubrimiento tan repetido de lo inocentes que son, de la frecuencia y facilidad con que se equivocan y pierden el rumbo, en resumen, de lo infantiles y aniñados que son, sino que no hay un trato suficientemente honesto con ellos, mientras que todos lanzan un grito fuerte y virtuoso cuando el problema de la veracidad se insinúa de la manera más remota. Todos ellos posan como si sus verdaderas opiniones hubieran sido descubiertas y alcanzadas a través de la auto-evolución de una dialéctica fría, pura y divinamente indiferente (en contraste con toda clase de místicos, que, más justos y tontos, hablan de "inspiración"), mientras que, de hecho, una proposición, idea o "sugerencia" prejuiciada, que es generalmente el deseo de su corazón abstraído y refinado, es defendida por ellos con argumentos buscados a posteriori. Son todos defensores que no quieren ser considerados como tales, generalmente astutos defensores, además, de sus prejuicios, que ellos llaman "verdades", y muy lejos de tener la conciencia que admite valientemente esto para sí, muy lejos de tener el buen gusto del coraje que llega a dejar entender esto, tal vez para advertir al amigo o al enemigo, o en

alegre confianza y auto-ridículo. El espectáculo de la tartufería del viejo Kant, igualmente acartonado y decente, con el que nos atrae hacia las vías dialécticas que conducen (más bien despistan) a su "imperativo categórico", nos hace sonreír a nosotros, los fastidiosos, que encontramos no poca diversión en espiar los sutiles trucos de los viejos moralistas y predicadores de la ética. O, más aún, el abracadabra en forma matemática, por medio del cual Spinoza ha revestido su filosofía, por así decirlo, con una cota de malla y una máscara -de hecho, el "amor a SU sabiduría", para traducir el término de manera justa y directa-, para así infundir de inmediato el terror en el corazón del asaltante que se atreva a lanzar una mirada a esa doncella invencible, esa Palas Atenea: ¡cuánto de timidez y vulnerabilidad personal traiciona esta mascarada de un recluso enfermizo!

6. Poco a poco me ha quedado claro en qué ha consistido hasta ahora toda gran filosofía, a saber, en la confesión de su iniciador y en una especie de autobiografía involuntaria e inconsciente; y, además, que el propósito moral (o inmoral) de toda filosofía ha constituido el verdadero germe vital del que siempre ha crecido toda la planta. En efecto, para comprender cómo se ha llegado a las afirmaciones metafísicas más abstrusas de un filósofo, siempre es bueno (y sabio) preguntarse primero: "¿Qué moral pretenden (o pretende)?". En consecuencia, no creo que un "impulso al conocimiento" sea el padre de la filosofía; sino que otro impulso, aquí como en otras partes, sólo se ha servido del conocimiento (¡y del conocimiento equivocado!) como instrumento. Pero quien considere los impulsos fundamentales del hombre con vistas a determinar hasta qué punto pueden haber actuado aquí como GENIOS INSPIRADORES (o como demonios y cobolds), encontrará que todos ellos han practicado la filosofía en un momento u otro, y que cada uno de ellos habría estado muy contento de considerarse a sí mismo como el fin último de la existencia y el legítimo SEÑOR sobre todos los demás impulsos. Porque todo impulso es

imperioso, y como tal, intenta filosofar. Sin duda, en el caso de los eruditos, en el caso de los hombres realmente científicos, puede ser de otra manera, "mejor", si se quiere; puede haber realmente algo así como un "impulso al conocimiento", una especie de pequeño mecanismo de relojería independiente, que, cuando está bien enrollado, trabaja laboriosamente para ese fin, SIN que el resto de los impulsos eruditos tomen parte material en él. Los "intereses" reales del erudito, por lo tanto, están generalmente en otra dirección -en la familia, tal vez, o en hacer dinero, o en la política; es, de hecho, casi indiferente en qué punto de la investigación se coloca su pequeña máquina, y si el joven trabajador esperanzado se convierte en un buen filólogo, un especialista en hongos, o un químico; él no se caracteriza por convertirse en esto o aquello. En el filósofo, por el contrario, no hay absolutamente nada impersonal; y, sobre todo, su moral proporciona un testimonio decidido y decisivo sobre QUIEN ES, es decir, en qué orden se encuentran los impulsos más profundos de su naturaleza.

7. 7. ¡Qué maliciosos pueden ser los filósofos! No conozco nada más punzante que la broma que Epicuro se tomó la libertad de hacer a Platón y a los platónicos; los llamó Dionysiokolakes. En su sentido original, y a primera vista, la palabra significa "aduladores de Dionisio", es decir, cómplices de los tiranos y lameculos; pero, además, es tanto como decir: "Son todos ACTORES, no hay nada genuino en ellos" (pues Dionysiokolax era un nombre popular para un actor). Y esto último es realmente el reproche maligno que Epicuro lanzó a Platón: le molestaba la grandilocuencia, la puesta en escena de la que Platón y sus eruditos eran maestros, ¡y de la que Epicuro no era maestro! Él, el viejo maestro de escuela de Samos, que se sentó oculto en su pequeño jardín de Atenas y escribió trescientos libros, tal vez por rabia y envidia ambiciosa de Platón, ¡quién sabe! Grecia tardó cien años en descubrir quién era realmente el dios-jardín Epicuro. ¿Lo descubrió alguna vez?

8. Hay un punto en toda filosofía en el que aparece en escena la "convicción" del filósofo; o, por decirlo con las palabras de un antiguo misterio:

Adventavit asinus, Pulcher et fortissimus.

9. ¿Deseas VIVIR "según la Naturaleza"? Oh, nobles estoicos, ¡qué fraude de palabras! Imaginaos un ser como la Naturaleza, ilimitadamente extravagante, ilimitadamente indiferente, sin propósito ni consideración, sin piedad ni justicia, a la vez fructífero y estéril e incierto: imaginaos la INDIFERENCIA como un poder: ¿cómo podríais vivir de acuerdo con tal indiferencia? Vivir, ¿no es justamente esforzarse por ser de otra manera que esta naturaleza? ¿Vivir no es valorar, preferir, ser injusto, ser limitado, esforzarse por ser diferente? Y concediendo que tu imperativo, "vivir según la Naturaleza", significa en realidad lo mismo que "vivir según la vida", ¿cómo podrías hacer algo DIFERENTE? ¿Por qué deberíais hacer un principio de lo que vosotros mismos sois y debéis ser? En realidad, sin embargo, es todo lo contrario con ustedes: mientras pretenden leer con arroamiento el canon de su ley en la Naturaleza, quieren algo muy contrario, ¡ustedes, extraordinarios actores de teatro y auto-engañadores! En vuestra soberbia queréis dictar vuestra moral y vuestros ideales a la Naturaleza, a la Naturaleza misma, e incorporarlos a ella; ¡insistís en que sea la Naturaleza "según la Estoa", y queríais que todo se hiciera a vuestra imagen y semejanza, como una vasta y eterna glorificación y generalización del estoicismo! Con todo vuestro amor a la verdad, os habéis obligado durante tanto tiempo, con tanta persistencia y con tal rigidez hipnótica a ver la Naturaleza FALSAMENTE, es decir, estoicamente, que ya no sois capaces de verla de otro modo; y

para rematar, alguna insonable superciliosidad os da la esperanza bedlamita de que, PORQUE sois capaces de tiranizaros a vosotros mismos -el estoicismo es auto tiranía-, la Naturaleza también se dejará tiranizar: ¿no es el estoico una PARTE de la Naturaleza? Pero esta es una historia vieja y eterna: lo que sucedió en los viejos tiempos con los estoicos sigue sucediendo hoy, tan pronto como una filosofía comienza a creer en sí misma. Siempre crea el mundo a su imagen y semejanza; no puede hacer otra cosa; la filosofía es este impulso tiránico mismo, la más espiritual Voluntad de Poder, la voluntad de "creación del mundo", la voluntad de la causa prima.

10. El afán y la sutileza, incluso debería decir la astucia, con que se trata actualmente en toda Europa el problema del "mundo real y el mundo aparente", proporciona alimento para el pensamiento y la atención; y quien sólo oye una "Voluntad de Verdad" de fondo, y nada más, no puede presumir ciertamente de los oídos más agudos. En casos raros y aislados, puede haber ocurrido realmente que esa Voluntad de la Verdad -un cierto desplante extravagante y aventurero, una ambición metafísica de la esperanza desahuciada- haya participado en ella: esa que al final siempre prefiere un puñado de "certeza" a todo un carro de bellas posibilidades; puede haber incluso fanáticos puritanos de la conciencia, que prefieren poner su última confianza en una nada segura, antes que en un algo incierto. Pero eso es nihilismo, y el signo de un alma desesperada y mortalmente cansada, a pesar del valiente porte que pueda mostrar tal virtud. Parece, sin embargo, que no es así con los pensadores más fuertes y animados que todavía están ansiosos por la vida. En cuanto a que se ponen en contra de la apariencia, y hablan con desprecio de la "perspectiva", en cuanto a que clasifican la credibilidad de sus propios cuerpos en un nivel tan bajo como la credibilidad de la evidencia ocular de que "la tierra se detiene", y así, aparentemente, dejan escapar con complacencia su posesión más segura (porque ¿en qué cree uno actualmente con más firmeza que en su propio cuerpo?), ¿quién sabe si no están tratando

realmente de recuperar algo que antes era una posesión aún más segura, algo del antiguo dominio de la fe de antaño, tal vez el "alma inmortal", tal vez "el viejo Dios", en resumen, ideas con las que podrían vivir mejor, es decir, con más vigor y alegría, que con las "ideas modernas"? Hay un DESCONFIANZA de estas ideas modernas en este modo de ver las cosas, una incredulidad en todo lo que se ha construido ayer y hoy; hay tal vez una ligera mezcla de saciedad y de desprecio, que ya no puede soportar el BRIC-A-BRAC de ideas de la más variada procedencia, como las que el llamado Positivismo lanza actualmente al mercado; una repugnancia del gusto más refinado ante el abigarramiento y la mezquindad pueblerina de todos estos filósofos de la realidad, en los que no hay nada ni nuevo ni verdadero, salvo este abigarramiento. En esto me parece que hay que dar la razón a esos escépticos antirrealistas y micróscopos del conocimiento de la actualidad; su instinto, que les repele de la realidad MODERNA, es irrefutable... ¡qué nos importan sus derivas retrógradas! Lo principal de ellos NO es que quieran "volver", sino que quieran ALEJARSE de ella. Un poco más de fuerza, columpio, coraje y poder artístico, y estarían FUERA... ¡y no de vuelta!

11. Me parece que en la actualidad se intenta en todas partes desviar la atención de la influencia real que Kant ejerció en la filosofía alemana, y sobre todo ignorar prudentemente el valor que él mismo se dio. Kant estaba ante todo orgulloso de su Tabla de las Categorías; con ella en la mano decía: "Esta es la cosa más difícil que podría emprenderse en nombre de la metafísica". Entendamos bien este "podría ser". Se enorgullecía de haber DESCUBIERTO una nueva facultad en el hombre, la facultad del juicio sintético a priori. Aunque se engañó a sí mismo en este asunto, el desarrollo y el rápido florecimiento de la filosofía alemana dependían, sin embargo, de su orgullo y de la ansiosa rivalidad de la generación más joven por descubrir, si es posible, algo -en todo caso, "nuevas facultades"- de lo que sentirse aún más orgulloso. "¿Cómo son

POSIBLES los juicios sintéticos a priori?" se pregunta Kant, y ¿cuál es realmente su respuesta? "POR MEDIO DE UN MEDIO (facultad)" -pero, desgraciadamente, no en cinco palabras, sino de forma tan circunstancial, imponente y con tal despliegue de profundidad alemana y de florituras verbales, que uno pierde por completo de vista la cómica niaiserie allemande que implica tal respuesta. La gente estaba encantada con esta nueva facultad, y el júbilo alcanzó su punto álgido cuando Kant descubrió además una facultad moral en el hombre, ya que en aquella época los alemanes todavía eran morales, y no se adentraban en la "Política de los hechos duros". Entonces llegó la luna de miel de la filosofía alemana. Todos los jóvenes teólogos de la institución de Tübingen se dirigieron inmediatamente a las arboledas, en busca de "facultades". ¡Y qué no encontraron -en aquella época inocente, rica y todavía juvenil del espíritu alemán, a la que el Romanticismo, el hada maliciosa, le cantó y le cantó, cuando todavía no se podía distinguir entre "encontrar" e "inventar"! Sobre todo una facultad para lo "trascendental"; Schelling la bautizó como intuición intelectual, y con ello gratificó los más fervientes anhelos de los alemanes naturalmente piadosos. No se puede hacer mayor daño al conjunto de este exuberante y excéntrico movimiento (que era en realidad juventud, a pesar de que se disfrazaba tan audazmente, de concepciones anticuadas y seniles), que tomarlo en serio, o incluso tratarlo con indignación moral. Sin embargo, el mundo envejeció y el sueño se desvaneció. Llegó un momento en que la gente se frotaba la frente, y aún hoy se la frota. La gente había estado soñando, y ante todo el viejo Kant. "Por medio de un medio (facultad)" -había dicho, o al menos pretendía decir. Pero, ¿es eso una respuesta? ¿Una explicación? ¿O no es más bien una mera repetición de la pregunta? ¿Cómo induce el opio el sueño? "Mediante un medio (facultad)", a saber, la virtus dormitiva, responde el médico en Moliere,

Quia est in eo virtus dormitiva,

Cujus est natura sensus assoupire.

Pero tales respuestas pertenecen al reino de la comedia, y ya es hora de reemplazar la pregunta kantiana: "¿Cómo son posibles los juicios sintéticos a PRIORI?" por otra pregunta: "¿Por qué es necesaria la creencia en tales juicios?" En efecto, ya es hora de que entendamos que tales juicios deben ser creídos como verdaderos, en aras de la preservación de las criaturas como nosotros; aunque aún puedan ser naturalmente juicios falsos. O, dicho más llanamente, y a grandes rasgos, los juicios sintéticos a priori no deberían "ser posibles" en absoluto; no tenemos derecho a ellos; en nuestra boca no son más que juicios falsos. Sólo, por supuesto, la creencia en su verdad es necesaria, como creencia plausible y evidencia ocular perteneciente a la visión perspectiva de la vida. Y finalmente, para recordar la enorme influencia que la "filosofía alemana" -¿espero que entiendan su derecho a las comillas? -ha ejercido en toda Europa, no cabe duda de que una cierta VIRTUS DORMITIVA tuvo una parte en ella; gracias a la filosofía alemana, fue una delicia para los nobles ociosos, los virtuosos, los místicos, los artífices, los cristianos de tres cuartos y los oscurantistas políticos de todas las naciones, encontrar un antídoto contra el sensualismo todavía abrumador que se desbordó desde el siglo pasado hasta este, en definitiva- "sensus assoupire"...

12. En cuanto al atomismo materialista, es una de las teorías mejor refutadas que se han propuesto, y en Europa no hay ahora quizás nadie en el mundo erudito tan poco erudito como para atribuirle un significado serio, excepto para el uso diario conveniente (como una abreviatura de los medios de expresión), gracias principalmente al polaco Boscovich: él y el polaco Copérnico han sido hasta ahora los mayores y más exitosos oponentes de la evidencia ocular. Pues

mientras Copérnico nos ha persuadido de creer, en contra de todos los sentidos, que la tierra NO se mantiene firme, Boscovich nos ha enseñado a abjurar de la creencia en la última cosa que "se mantenía firme" de la tierra: la creencia en la "sustancia", en la "materia", en el residuo terrestre y en la partícula-átomo: es el mayor triunfo sobre los sentidos que se ha conseguido hasta ahora en la tierra. Sin embargo, hay que ir aún más lejos, y declarar también la guerra, la guerra implacable hasta el cuchillo, contra las "exigencias atomísticas" que todavía llevan una peligrosa vida posterior en lugares donde nadie sospecha de ellas, como las más célebres "exigencias metafísicas": hay que dar también, sobre todo, el golpe de gracia a ese otro y más portentoso atomismo que el cristianismo ha enseñado mejor y durante más tiempo, el ALMA-ATOMISMO. Permítase designar con esta expresión la creencia que considera el alma como algo indestructible, eterno, indivisible, como una mónada, como un atomón: ¡esta creencia debería ser expulsada de la ciencia! Entre nosotros, no es en absoluto necesario deshacerse de "el alma" de esta manera, y renunciar así a una de las hipótesis más antiguas y veneradas -como sucede frecuentemente con la torpeza de los naturalistas, que apenas pueden tocar el alma sin perderla inmediatamente. Pero el camino está abierto para nuevas aceptaciones y refinamientos de la hipótesis del alma; y concepciones tales como "alma mortal", y "alma de multiplicidad subjetiva", y "alma como estructura social de los instintos y pasiones", quieren tener en adelante derechos legítimos en la ciencia. El NUEVO psicólogo, que está a punto de poner fin a las supersticiones que hasta ahora han florecido con una exuberancia casi tropical en torno a la idea del alma, se adentra realmente, por así decirlo, en un nuevo desierto y en una nueva desconfianza -es posible que los antiguos psicólogos lo hayan pasado mejor y más cómodamente-; sin embargo, al final se encuentra con que precisamente por ello también está condenado a INVENTAR -y, ¿quién sabe?, tal vez a DESCUBRIR- lo nuevo.

13. Los psicólogos deberían recapacitar antes de considerar el instinto de conservación como el instinto cardinal de un ser orgánico. Un ser vivo busca ante todo DESCARGAR su fuerza: la vida misma es VOLUNTAD DE PODER; la autoconservación es sólo uno de los resultados indirectos y más frecuentes de la misma. En resumen, aquí, como en todas partes, tengamos cuidado con los principios teleológicos superfluos, uno de los cuales es el instinto de conservación (se lo debemos a la inconsistencia de Spinoza). Es así, en efecto, que el método ordena, que debe ser esencialmente economía de principios.

14. Tal vez se esté dando cuenta de que la filosofía natural es sólo una exposición y ordenación del mundo (según nosotros, si se me permite decirlo) y NO una explicación del mundo; pero en la medida en que se basa en la creencia en los sentidos, se considera como algo más, y durante mucho tiempo deberá considerarse como algo más, es decir, como una explicación. Tiene ojos y dedos propios, tiene evidencia ocular y palpabilidad propia: esto opera de manera fascinante, persuasiva y CONVENCIENTE en una época con gustos fundamentalmente plebeyos; de hecho, sigue instintivamente el canon de verdad del eterno sensualismo popular. ¿Qué es claro, qué se "explica"? Sólo lo que se puede ver y sentir: hay que perseguir cada problema hasta ahí. Sin embargo, a la inversa, el encanto del modo de pensamiento platónico, que era un modo ARISTOCRATICO, consistía precisamente en la RESISTENCIA a la evidencia de los sentidos, tal vez entre hombres que gozaban de sentidos aún más fuertes y más fastidiosos que nuestros contemporáneos, pero que supieron encontrar un triunfo más elevado en seguir siendo dueños de ellos: y esto por medio de pálidas, frías y grises redes conceptuales que lanzaron sobre el abigarrado torbellino de los sentidos -la turba de los sentidos, como decía Platón. En esta superación del mundo, y en la interpretación del mundo a la manera de Platón, había un DISFRUTE diferente del que nos ofrecen los físicos de hoy, y también los darwinistas y

antiteleólogos entre los fisiólogos, con su principio del "menor esfuerzo posible", y el mayor desatino posible. "Donde no hay nada más que ver o que captar, tampoco hay nada más que hacer para los hombres", eso es ciertamente un imperativo diferente del platónico, pero puede ser, sin embargo, el imperativo correcto para una esforzada y laboriosa raza de maquinistas y constructores de puentes del futuro, que no tienen más que un trabajo ÁRBIDO que realizar.

15. Para estudiar la fisiología con la conciencia tranquila, hay que insistir en el hecho de que los órganos de los sentidos no son fenómenos en el sentido de la filosofía idealista; como tales, no pueden ser ciertamente causas. El sensualismo, pues, al menos como hipótesis reguladora, si no como principio heurístico. ¿Qué? ¿Y otros dicen incluso que el mundo exterior es obra de nuestros órganos? Pero entonces nuestro cuerpo, como parte de este mundo externo, sería obra de nuestros órganos. ¡Pero entonces nuestros órganos mismos serían obra de nuestros órganos! Me parece que esto es una completa REDUCTIO AD ABSURDUM, si la concepción CAUSA SUI es algo fundamentalmente absurdo. En consecuencia, el mundo exterior NO es obra de nuestros órganos-?

16. Todavía hay inofensivos auto-observadores que creen que hay "certezas inmediatas"; por ejemplo, "yo pienso", o como dice la superstición de Schopenhauer, "yo quiero"; como si la cognición se apoderara aquí de su objeto pura y simplemente como "la cosa en sí", sin que tenga lugar ninguna falsificación ni por parte del sujeto ni del objeto. Sin embargo, repetiría cien veces que la "certeza inmediata", así como el "conocimiento absoluto" y la "cosa en sí", implican una CONTRADICTIO IN ADJECTO; ¡realmente deberíamos liberarnos del significado engañoso de las palabras! El pueblo, por su parte, puede pensar que la cognición es saber todo sobre las

cosas, pero el filósofo debe decirse a sí mismo: "Cuando analizo el proceso que se expresa en la frase "yo pienso", encuentro toda una serie de afirmaciones atrevidas, cuya prueba argumentativa sería difícil, tal vez imposible: por ejemplo, que soy yo quien piensa, que debe haber necesariamente algo que piensa, que el pensamiento es una actividad y operación por parte de un ser que se piensa como causa, que hay un "yo", y finalmente, que ya está determinado lo que debe designarse por el pensamiento: que yo SÉ lo que es el pensamiento. Pues si no hubiera decidido ya en mi interior lo que es, ¿con qué criterio podría determinar si lo que acaba de suceder no es tal vez "querer" o "sentir"? En resumen, la afirmación "pienso" supone que yo COMPARÉ mi estado en el momento presente con otros estados míos que conozco, para determinar lo que es; a causa de esta conexión retrospectiva con otros "conocimientos", no tiene, en todo caso, ninguna certeza inmediata para mí" -En lugar de la "certeza inmediata" en la que el pueblo puede creer en el caso especial, el filósofo se encuentra así con una serie de preguntas metafísicas que se le presentan, verdaderas preguntas de conciencia del intelecto, a saber "¿De dónde he sacado la noción de 'pensamiento'? ¿Por qué creo en la causa y el efecto? ¿Qué me da derecho a hablar de un 'ego', e incluso de un 'ego' como causa, y finalmente de un 'ego' como causa del pensamiento?" El que se aventura a responder a estas preguntas metafísicas de una vez apelando a una especie de percepción INTUITIVA, como el que dice: "Yo pienso, y sé que esto, al menos, es verdadero, actual y cierto", se encontrará con una sonrisa y dos notas de interrogación en un filósofo de hoy. "Señor", le dará quizás a entender el filósofo, "es improbable que no se equivoque, pero ¿por qué ha de ser la verdad?".

17. Con respecto a las supersticiones de los lógicos, nunca me cansaré de subrayar un pequeño y escueto hecho, que es reconocido involuntariamente por estas mentes crédulas: a saber, que un pensamiento viene cuando "eso" quiere, y no cuando "yo"

quiero; de modo que es una PERVERSIÓN de los hechos del caso decir que el sujeto "yo" es la condición del predicado "pienso". UNO piensa; pero que este "uno" sea precisamente el famoso y antiguo "ego", es, por decirlo suavemente, sólo una suposición, una afirmación, y seguramente no una "certeza inmediata". Después de todo, uno ha ido demasiado lejos con este "uno piensa" -incluso el "uno" contiene una INTERPRETACIÓN del proceso, y no pertenece al proceso mismo. Uno infiere aquí según la fórmula gramatical habitual: "Pensar es una actividad; toda actividad requiere un organismo que sea activo; en consecuencia"... Fue más o menos en la misma línea que el antiguo atomismo buscó, además de la "potencia" operante, la partícula material en la que reside y desde la que opera: el átomo. Las mentes más rigurosas, sin embargo, aprendieron por fin a arreglárselas sin este "residuo terrestre", y quizá algún día nos acostumbremos, incluso desde el punto de vista del lógico, a arreglarnoslas sin el pequeño "uno" (al que el digno y antiguo "ego" se ha refinado).

18. Ciertamente, no es el menor encanto de una teoría que sea refutable; es precisamente por ello que atrae a las mentes más sutiles. Parece que la teoría cien veces refutada del "libre albedrío" debe su persistencia sólo a este encanto; siempre aparece alguien que se siente lo suficientemente fuerte para refutarla.

19. Los filósofos acostumbran a hablar de la voluntad como si fuera la cosa más conocida del mundo; en efecto, Schopenhauer nos ha dado a entender que sólo la voluntad nos es realmente conocida, absoluta y completamente conocida, sin deducción ni adición. Pero una y otra vez me parece que también en este caso Schopenhauer no hizo más que lo que los filósofos tienen la costumbre de hacer: parece haber adoptado un PREJUICIO POPULAR y haberlo exagerado. La voluntad me parece ser ante todo algo

COMPLICADO, algo que es una unidad sólo de nombre, y es precisamente en un nombre donde se esconde el prejuicio popular, que ha conseguido el dominio sobre las precauciones inadecuadas de los filósofos en todas las épocas. Así pues, seamos por una vez más precavidos, seamos "poco filosóficos": digamos que en todo querer hay, en primer lugar, una pluralidad de sensaciones, a saber, la sensación de la condición "FUERA DE LA CUAL vamos", la sensación de la condición "HACIA LA CUAL vamos", la sensación de este "DESDE" y "HACIA" mismo, y luego, además, una sensación muscular acompañante, que, incluso sin que pongamos en movimiento "brazos y piernas", inicia su acción por la fuerza de la costumbre, directamente "queremos" algo. Por lo tanto, así como las sensaciones (y de hecho muchas clases de sensaciones) deben ser reconocidas como ingredientes de la voluntad, así, en segundo lugar, el pensamiento también debe ser reconocido; en cada acto de la voluntad hay un pensamiento gobernante; y no imaginemos que es posible separar este pensamiento del "querer", como si la voluntad entonces quedara por encima. En tercer lugar, la voluntad no es sólo un complejo de sensación y pensamiento, sino que es sobre todo una EMOCIÓN, y de hecho la emoción del mando. Lo que se llama "libertad de la voluntad" es esencialmente la emoción de la supremacía con respecto a quien debe obedecer: "Yo soy libre, "él" debe obedecer"; esta conciencia es inherente a toda voluntad; e igualmente la tensión de la atención, la mirada recta que se fija exclusivamente en una cosa, el juicio incondicional de que "esto y nada más es necesario ahora", la certeza interior de que la obediencia será prestada, y todo lo demás que pertenece a la posición del comandante. Un hombre que QUIERE ordena algo dentro de sí mismo que rinde obediencia, o que cree que rinde obediencia. Pero observemos ahora qué es lo más extraño de la voluntad, ese asunto tan sumamente complejo, para el que el pueblo sólo tiene un nombre. En la medida en que en las circunstancias dadas somos al mismo tiempo la parte que manda Y la que obedece, y como parte que obedece conocemos las sensaciones de coacción, impulso, presión, resistencia y movimiento, que suelen comenzar inmediatamente después del

acto de voluntad; en la medida en que, por otra parte, estamos acostumbrados a prescindir de esta dualidad, y a engañarnos sobre ella mediante el término sintético "yo": toda una serie de conclusiones erróneas, y en consecuencia de falsos juicios sobre la voluntad misma, se ha unido al acto de querer, hasta tal punto que quien quiere cree firmemente que el querer SUFRE para la acción. Como en la mayoría de los casos sólo ha habido ejercicio de la voluntad cuando el efecto de la orden -consecuentemente la obediencia, y por lo tanto la acción- era de esperar, la APARENCIA se ha traducido en el sentimiento, como si hubiera una NECESIDAD DE EFECTO; en una palabra, el que quiere cree con bastante certeza que la voluntad y la acción son de algún modo una sola cosa; atribuye el éxito, la realización del querer, a la voluntad misma, y disfruta así de un aumento de la sensación de poder que acompaña a todo éxito. "Libertad de la voluntad" -ésta es la expresión para el complejo estado de deleite de la persona que ejerce la volición, que ordena y al mismo tiempo se identifica con el ejecutor de la orden- que, como tal, disfruta también del triunfo sobre los obstáculos, pero piensa en su interior que fue realmente su propia voluntad la que los superó. De este modo, la persona que ejerce la volición añade los sentimientos de deleite de sus instrumentos ejecutivos exitosos, las "subvoluntades" útiles o subalmas -de hecho, nuestro cuerpo no es más que una estructura social compuesta de muchas almas- a sus sentimientos de deleite como comandante. L'EFFET C'EST MOI. Lo que ocurre aquí es lo que ocurre en toda mancomunidad bien construida y feliz, a saber, que la clase gobernante se identifica con los éxitos de la mancomunidad. En toda voluntad se trata absolutamente de mandar y obedecer, sobre la base, como ya se ha dicho, de una estructura social compuesta de muchas "almas", por lo que un filósofo debería reclamar el derecho de incluir la voluntad como tal en la esfera de la moral, considerada como la doctrina de las relaciones de supremacía bajo las cuales se manifiesta el fenómeno de la "vida".

20. Que las ideas filosóficas separadas no son nada facultativo ni evolucionan autónomamente, sino que crecen en conexión y relación unas con otras, que, por muy repentina y arbitrariamente que parezcan aparecer en la historia del pensamiento, pertenecen, sin embargo, a un sistema como los miembros colectivos de la fauna de un Continente, lo delata al final la circunstancia: cómo indefectiblemente los filósofos más diversos vuelven a llenar siempre un esquema fundamental definido de filosofías POSIBLES. Bajo un hechizo invisible, giran siempre de nuevo en la misma órbita, por muy independientes que se sientan unos de otros con sus voluntades críticas o sistemáticas, algo dentro de ellos les conduce, algo les impulsa en orden definido el uno tras el otro, a saber, la metodología y la relación innatas de sus ideas. Su pensamiento es, de hecho, mucho menos un descubrimiento que un re-reconocimiento, un recuerdo, un retorno y un regreso a una antigua y lejana casa común del alma, de la cual esas ideas crecieron anteriormente: filosofar es hasta ahora una especie de atavismo del más alto orden. El maravilloso parecido familiar de todo el filosofar indio, griego y alemán se explica fácilmente. De hecho, donde hay afinidad de lenguaje, debido a la filosofía común de la gramática -quiero decir, debido a la dominación y guía inconsciente de funciones gramaticales similares-, no puede ser sino que todo esté preparado al principio para un desarrollo y sucesión similares de sistemas filosóficos, así como el camino parece vedado a ciertas otras posibilidades de interpretación del mundo. Es muy probable que los filósofos del dominio de las lenguas uralo-altaicas (donde la concepción del sujeto está menos desarrollada) miren de otra manera "al mundo", y se encuentren en caminos de pensamiento diferentes a los de los indo-germanos y los musulmanes, el hechizo de ciertas funciones gramaticales es también, en última instancia, el hechizo de las valoraciones FISIOLÓGICAS y de las condiciones raciales.-Así se rechaza la superficialidad de Locke con respecto al origen de las ideas.

21. El CAUSA SUI es la mejor autocontradicción que se ha concebido hasta ahora, es una especie de violación lógica y antinatural; pero el orgullo extravagante del hombre ha logrado enredarse profunda y espantosamente con esta misma locura. El deseo de "libertad de voluntad" en el sentido superlativo y metafísico, como el que todavía prevalece, desgraciadamente, en las mentes de los medio educados, el deseo de llevar uno mismo la responsabilidad total y última de sus acciones, y de absolver a Dios, al mundo, a los antepasados, al azar y a la sociedad de ello, implica nada menos que ser precisamente este CAUSA SUI, y, con más que la audacia de Munchausen, arrancarse a sí mismo a la existencia por los pelos, del fango de la nada. Si alguien descubre así la crasa estupidez de la célebre concepción del "libre albedrío" y se la quita de la cabeza por completo, le ruego que lleve su "iluminación" un paso más allá, y se quite también de la cabeza lo contrario de esta monstruosa concepción del "libre albedrío": Me refiero al "no-libre albedrío", que equivale a un mal uso de la causa y el efecto. No hay que MATERIALIZAR erróneamente "causa" y "efecto", como hacen los filósofos naturales (y quienes como ellos naturalizan en el pensamiento en la actualidad), de acuerdo con la dolencia mecánica imperante que hace que la causa presione y empuje hasta que "efectúe" su fin; hay que utilizar "causa" y "efecto" sólo como puras CONCEPCIONES, es decir, como ficciones convencionales con el fin de designar y comprender mutuamente,- NO para explicar. En el "ser-en-sí" no hay nada de "conexión casual", de "necesidad" o de "no-libertad psicológica"; allí el efecto NO sigue a la causa, allí no hay "ley". Sólo NOSOTROS hemos ideado la causa, la secuencia, la reciprocidad, la relatividad, la restricción, el número, la ley, la libertad, el motivo y el propósito; y cuando interpretamos y entremezclamos este mundo-símbolo, como "ser-en-sí", con las cosas, actuamos una vez más como siempre hemos actuado -MITOLÓGICAMENTE. La "voluntad no libre" es mitología; en la vida real sólo se trata de voluntades FUERTE y DÉBILES.-Es casi siempre un síntoma de lo que falta en sí mismo, cuando un pensador, en toda "conexión causal" y

"necesidad psicológica", manifiesta algo de compulsión, indigencia, servilismo, opresión y no-libertad; es sospechoso tener tales sentimientos: la persona se traiciona a sí misma. Y en general, si he observado correctamente, la "no-libertad de la voluntad" es considerada como un problema desde dos puntos de vista totalmente opuestos, pero siempre de una manera profundamente PERSONAL: algunos no renuncian a su "responsabilidad", a su creencia en SÍ MISMOS, al derecho personal a SUS méritos, a cualquier precio (las razas vanidas pertenecen a esta clase); otros, por el contrario, no quieren ser responsables de nada, ni culpables de nada, y debido a un autodesprecio interior, buscan SALIR DEL ASUNTO, sea como sea. Estos últimos, cuando escriben libros, tienen actualmente la costumbre de ponerse del lado de los criminales; una especie de simpatía socialista es su disfraz favorito. Y de hecho, el fatalismo de los débiles de voluntad se embellece sorprendentemente cuando puede hacerse pasar por "la religion de la souffrance humaine"; es decir SU "buen gusto".

22. Que me perdonen, como viejo filólogo que no puede desistir de la picardía de poner el dedo en los malos modos de interpretación, pero la "conformidad de la Naturaleza con la ley", de la que habláis con tanto orgullo los físicos, como si... no existiera más que por vuestra interpretación y mala "filología". No es ningún hecho, ningún "texto", sino sólo un ajuste y una perversión de sentido ingenuamente humanitarios, con los que hacéis abundantes concesiones a los instintos democráticos del alma moderna. "En todas partes, la igualdad ante la ley: la naturaleza no es diferente en ese aspecto, ni mejor que nosotros": un buen ejemplo de motivo secreto, en el que el antagonismo vulgar a todo lo privilegiado y autocrático -como un segundo y más refinado ateísmo- se disfraza una vez más. "Ni dieu, ni maître", eso es también lo que se quiere; y por lo tanto "¡Salud a la ley natural!", ¿no es así? Pero, como se ha dicho, eso es interpretación, no texto; y podría venir alguien que, con intenciones y modos de interpretación opuestos, pudiera leer

de la misma "Naturaleza", y con respecto a los mismos fenómenos, sólo la aplicación tiránicamente desconsiderada e implacable de las pretensiones del poder; un intérprete que pusiera ante tus ojos la inexcepitibilidad e incondicionalidad de toda "Voluntad de Poder", de modo que casi todas las palabras, y la propia palabra "tiranía", te parecieran finalmente inadecuadas, o como una metáfora que se debilita y suaviza, por ser demasiado humana; y que, sin embargo, debería terminar afirmando lo mismo que tú sobre este mundo, a saber, que tiene un curso "necesario" y "calculable", NO, sin embargo, porque las leyes se obtengan en él, sino porque son absolutamente FALTANTES, y cada poder efectúa sus últimas consecuencias a cada momento. Concedido que esto también es sólo interpretación -y estarás lo suficientemente ansioso como para hacer esta objeción...-, pues mucho mejor.

23. Toda la psicología ha encallado hasta ahora en prejuicios y timideces morales, no se ha atrevido a lanzarse a las profundidades. En la medida en que se puede reconocer en lo que hasta ahora se ha escrito, la evidencia de lo que hasta ahora se ha callado, parece como si nadie hubiera albergado todavía la noción de la psicología como Morfología y DESARROLLO-DOCTRINA DE LA VOLUNTAD DE PODER, tal como yo la concibo. El poder de los prejuicios morales ha penetrado profundamente en el mundo más intelectual, en el mundo aparentemente más indiferente y desprejuiciado, y ha operado evidentemente de manera perjudicial, obstructiva, cegadora y distorsionadora. Una fisiopsicología adecuada tiene que contender con un antagonismo inconsciente en el corazón del investigador, tiene "el corazón" en contra incluso una doctrina de la condicionalidad recíproca de los impulsos "buenos" y "malos", causa (como la inmoralidad refinada) angustia y aversión en una conciencia todavía fuerte y varonil; más aún, una doctrina de la derivación de todos los impulsos buenos de los malos. Sin embargo, si una persona considerara incluso las emociones del odio, la envidia, la codicia y la imperiosidad como emociones

condicionantes de la vida, como factores que deben estar presentes, fundamental y esencialmente, en la economía general de la vida (que deben, por lo tanto, desarrollarse más si la vida ha de desarrollarse más), sufrirá de tal visión de las cosas como del mareo. Y, sin embargo, esta hipótesis dista mucho de ser la más extraña y dolorosa en este inmenso y casi nuevo dominio del conocimiento peligroso, y de hecho hay cien buenas razones para que se mantenga alejado de ella todo aquel que PUEDA hacerlo. ¡Por otra parte, si una vez se ha derivado hacia aquí con su corteza, ¡bien! muy bien! ¡ahora fijemos nuestros dientes firmemente! ¡abramos nuestros ojos y mantengamos nuestra mano firme en el timón! Navegamos por encima de la moralidad, aplastamos, destruimos quizás los restos de nuestra propia moralidad al atrevernos a hacer nuestro viaje hasta allí, pero qué importa NOSOTROS. Nunca hasta ahora se ha revelado a los viajeros y aventureros audaces un mundo más profundo de perspicacia, y el psicólogo que así "hace un sacrificio" -¡no es el sacrificio dell' intelletto, al contrario!- tendrá al menos derecho a exigir a cambio que la psicología vuelva a ser reconocida como la reina de las ciencias, para cuyo servicio y equipamiento existen las demás ciencias. Porque la psicología vuelve a ser el camino hacia los problemas fundamentales.

CAPÍTULO II. EL ESPÍRITU LIBRE

24. ¡Oh sancta simplicitas! ¡En qué extraña simplificación y falsificación vive el hombre! Uno no puede dejar de preguntarse cuando tiene ojos para contemplar esta maravilla. Cómo hemos conseguido que todo lo que nos rodea sea claro y libre, fácil y sencillo; cómo hemos sido capaces de dar a nuestros sentidos un pasaporte para todo lo superficial, a nuestros pensamientos un deseo divino de hacer travesuras y deducciones erróneas; cómo hemos conseguido desde el principio mantener nuestra ignorancia para disfrutar de una libertad, una irreflexión, una imprudencia, un corazón y una alegría casi inconcebibles. Y sólo sobre esta base solidificada y granítica de la ignorancia pudo levantarse hasta ahora el conocimiento, la voluntad de conocimiento sobre la base de una voluntad mucho más poderosa, la voluntad de la ignorancia, de lo incierto, de lo falso. No como su opuesto, sino como su refinamiento. Es de esperar, en efecto, que el LENGUAJE, aquí como en otras partes, no supere su torpeza, y que siga hablando de opuestos donde sólo hay grados y muchos refinamientos de gradación; es igualmente de esperar que la Tartuffería encarnada de la moral, que ahora pertenece a nuestra inconquistable "carne y sangre", haga girar las palabras en la boca de nosotros, los que discernimos. Aquí y allá lo entendemos, y nos reímos del modo en que precisamente el mejor conocimiento busca más retenernos en este mundo SIMPLIFICADO, completamente artificial, convenientemente imaginado y convenientemente falsificado: del modo en que, quiera o no, ama el error, porque, como el vivir mismo, ama la vida.

25. Después de un comienzo tan alegre, una palabra seria quisiera ser escuchada; apela a las mentes más serias. Tened cuidado, filósofos y amigos del saber, y guardaos del martirio. De sufrir "por la verdad", incluso en su propia defensa. Arruina toda la inocencia y la fina neutralidad de vuestra conciencia; os vuelve testarudos contra las objeciones y los trapos rojos; aturde, animaliza y embrutece, cuando en la lucha con el peligro, la calumnia, la sospecha, la expulsión y las consecuencias aún peores de la enemistad, tenéis que jugar al fin vuestra última carta como protectores de la verdad en la tierra, ¡como si "la Verdad" fuera una criatura tan inocente e incompetente como para necesitar protectores! Y vosotros, caballeros del semblante dolorido, señores holgazanes y tejedores de telarañas del espíritu. Por último, sabéis suficientemente bien que no puede tener ninguna importancia si sólo lleváis vuestro punto de vista; sabéis que hasta ahora ningún filósofo ha llevado su punto de vista, y que podría haber una veracidad más loable en cada pequeña marca interrogativa que colocáis después de vuestras palabras especiales y doctrinas favoritas (y ocasionalmente después de vosotros mismos) que en toda la pantomima solemne y los juegos de trampas ante los acusadores y los tribunales de justicia. ¡Más bien salid del camino! ¡Huid a la clandestinidad! Y tened vuestras máscaras y vuestras artimañas, para que os confundan con lo que sois, o para que os teman un poco. Y, por favor, no olvidéis el jardín, el jardín con enrejado de oro. Y tened a vuestro alrededor personas que sean como un jardín, o como la música sobre las aguas al atardecer, cuando ya el día se convierte en un recuerdo. Escoge la BUENA soledad, la soledad libre, desenfadada, luminosa, que también te da derecho a seguir siendo bueno en cualquier sentido. ¡Qué veneno, qué astucia, qué mal hace toda guerra larga, que no se puede librar abiertamente por medio de la fuerza! ¡Qué personal lo hace a uno un largo miedo, una larga vigilancia de los enemigos, de los posibles enemigos! Estos parias de la sociedad, estos largamente perseguidos, mal perseguidos -también los recluos obligatorios, los Spinozas o Giordano Brunos- se convierten siempre al final, incluso bajo la máscara más intelectual, y quizás sin ser ellos

mismos conscientes de ello, en refinados buscadores de venganza y envenenadores (¡sólo hay que poner al descubierto el fundamento de la ética y la teología de Spinoza!), por no hablar de la estupidez de la indignación moral, que es el signo infalible en un filósofo de que el sentido del humor filosófico le ha abandonado. El martirio del filósofo, su "sacrificio en aras de la verdad", saca a la luz todo lo que hay en él de agitador y de actor; y si hasta ahora sólo se le ha contemplado con curiosidad artística, con respecto a muchos filósofos es fácil comprender el peligroso deseo de verle también en su deterioro (deteriorado hasta convertirse en un "mártir", en un fanfarrón de escenario y tribuna). Sólo que es necesario con tal deseo tener claro QUÉ espectáculo se va a ver en cualquier caso: sólo una obra satírica, sólo una farsa epilogada, sólo la prueba continuada de que la larga y verdadera tragedia ESTÁ AL FIN, suponiendo que toda filosofía haya sido una larga tragedia en su origen.

26. Todo hombre selecto busca instintivamente una ciudadela y una intimidad, donde esté LIBRE de la muchedumbre, de los muchos, de la mayoría, donde pueda olvidar a los "hombres que son la regla", como su excepción; -excluyendo sólo el caso en que es empujado directamente a tales hombres por un instinto aún más fuerte, como discernidor en el sentido grande y excepcional. Quien, en el trato con los hombres, no brilla ocasionalmente con todos los colores verdes y grises de la angustia, debido al asco, la saciedad, la simpatía, la melancolía y la soledad, no es ciertamente un hombre de gustos elevados; suponiendo, sin embargo, que no asuma voluntariamente toda esta carga y asco, que la evite persistentemente y que permanezca, como he dicho, tranquilo y orgullosamente escondido en su ciudadela, una cosa es entonces cierta: no fue hecho, no fue predestinado para el conocimiento. Porque como tal, un día tendría que decirse a sí mismo: "¡Al diablo con mi buen gusto! pero "la regla" es más interesante que la excepción, que yo mismo, la excepción". Y se iría hacia abajo, y

sobre todo, se iría "hacia adentro". El largo y serio estudio del hombre MEDIO -y, por consiguiente, mucho disimulo, superación de sí mismo, familiaridad y mal trato (todo trato es mal trato, excepto con los iguales):- constituye una parte necesaria de la historia de la vida de todo filósofo; quizá la parte más desagradable, odiosa y decepcionante. Sin embargo, si es afortunado, como debe serlo un hijo predilecto del conocimiento, se encontrará con auxiliares adecuados que acortarán y aligerarán su tarea; me refiero a los llamados cínicos, aquellos que simplemente reconocen en sí mismos lo animal, el lugar común y "la regla", y al mismo tiempo tienen tanta espiritualidad y cosquillas que les hacen hablar de sí mismos y de sus semejantes ANTE LOS TESTIGOS; a veces se revuelcan, incluso en los libros, como en su propio estercolero. El cinismo es la única forma en que las almas bajas se acercan a lo que se llama honestidad; y el hombre superior debe abrir sus oídos a todo el cinismo más burdo o más fino, y felicitarse cuando el payaso se vuelve desvergonzado ante él, o el sátiro científico habla. Incluso hay casos en los que el encanto se mezcla con el asco, es decir, cuando por un fenómeno de la naturaleza, el genio está ligado a algún macho cabrío y simio indiscreto, como en el caso del abate Galiani, el hombre más profundo, más agudo y quizás también más sucio de su siglo -era mucho más profundo que Voltaire, y en consecuencia también, bastante más silencioso. Ocurre con más frecuencia, como se ha insinuado, que una cabeza científica se coloca en un cuerpo de mono, un fino entendimiento excepcional en un alma vil, un hecho nada raro, sobre todo entre médicos y fisiólogos morales. Y siempre que alguien habla sin amargura, o más bien con bastante inocencia, de que el hombre es un vientre con dos necesidades y una cabeza con una; siempre que alguien ve, busca y QUIERE ver sólo el hambre, el instinto sexual y la vanidad como los verdaderos y únicos motivos de las acciones humanas; En resumen, cuando alguien habla "mal" -y ni siquiera "mal"- del hombre, entonces el amante del conocimiento debe escuchar con atención y diligencia; debe, en general, tener el oído abierto dondequiera que se hable sin indignación. Porque el hombre indignado, y el que perpetuamente se desgarra y lacera a sí mismo

con sus propios dientes (o, en lugar de sí mismo, al mundo, a Dios o a la sociedad), puede ciertamente, moralmente hablando, estar más alto que el sátiro risueño y satisfecho de sí mismo, pero en todos los demás sentidos es el caso más ordinario, más indiferente y menos instructivo. Y nadie es tan mentiroso como el hombre indignado.

27. Es difícil ser comprendido, sobre todo cuando uno piensa y vive gangasrotogati [Nota: Como el río Ganges: presto.] entre los únicos que piensan y viven de otra manera -es decir, kurmagati [Nota: Como la tortuga: lento.], o en el mejor de los casos "como una rana", mandeikagati [Nota: Como la rana: staccato.] (¡Yo mismo hago todo lo posible por ser "dificilmente comprendido"!) - y hay que agradecer de corazón la buena voluntad de algún refinamiento de interpretación. En cuanto a los "buenos amigos", sin embargo, que son siempre demasiado fáciles de llevar, y creen que como amigos tienen derecho a la facilidad, uno hace bien en concederles desde el primer momento un campo de juego y un lugar de retozo para la incomprendición; uno puede así reírse todavía; o deshacerse de ellos por completo, estos buenos amigos, ¡y reírse entonces también!

28. Lo más difícil de traducir de una lengua a otra es el TEMPO de su estilo, que tiene su base en el carácter de la raza, o para hablar más fisiológicamente, en el TEMPO medio de la asimilación de su alimento. Hay traducciones honestamente intencionadas que, como vulgarizaciones involuntarias, son casi falsificaciones del original, simplemente porque su TEMPO vivo y alegre (que sobrepasa y obvia todos los peligros en la palabra y la expresión) no podría también ser traducido. Un alemán está casi incapacitado para el PRESTO en su idioma; por consiguiente, también, como puede inferirse razonablemente, para muchas de las más deliciosas y

atrevidas NUANCES del pensamiento libre y de espíritu libre. Y así como el bufón y el sátiro le son extraños en cuerpo y conciencia, así Aristófanes y Petronio son intraducibles para él. Todo lo pesado, viscoso y pomosamente torpe, todas las especies de estilo proljas y fatigosas, se desarrollan en profusa variedad entre los alemanes - perdóneme por afirmar el hecho de que incluso la prosa de Goethe, en su mezcla de rigidez y elegancia, no es una excepción, como reflejo del "buen tiempo" al que pertenece, y como expresión del gusto alemán en una época en la que todavía existía un "gusto alemán", que era un gusto rococó en moribus et artibus. Lessing es una excepción, debido a su naturaleza histriónica, que comprendía mucho y estaba versado en muchas cosas; él, que no fue traductor de Bayle en vano, que se refugió de buena gana a la sombra de Diderot y Voltaire, y aún más de buena gana entre los escritores de comedias romanas -Lessing amaba también el espíritu libre en la TEMPO, y la huida de Alemania. Pero, ¿cómo podría la lengua alemana, incluso en la prosa de Lessing, imitar el TEMPO de Maquiavelo, que en su "Príncipe" nos hace respirar el aire seco y fino de Florencia, y no puede evitar presentar los acontecimientos más graves en un bullicioso allegriSSIMO, quizá no sin un malicioso sentido artístico del contraste que se aventura a presentar: pensamientos largos, pesados, difíciles y peligrosos, y un TEMPO del galope, y del mejor y más desenfadado humor? Por último, ¿quién se aventuraría en una traducción al alemán de Petronio, que, más que ningún gran músico hasta ahora, fue un maestro del PRESTO en la invención, las ideas y las palabras? ¡Qué importan, en fin, las ciénagas del mundo enfermo y malvado, o del "mundo antiguo", cuando como él, se tienen los pies de un viento, la prisa, el aliento, el desprecio emancipador de un viento, que hace que todo esté sano, haciendo que todo corra! Y con respecto a Aristófanes -ese genio transfigurador y complementario, por el que se PERDONA todo el helenismo por haber existido, siempre que se haya comprendido en toda su profundidad TODO lo que requiere el perdón y la transfiguración; no hay nada que me haya hecho meditar más sobre el secreto y la naturaleza de esfinge de Platón, que el petit fait felizmente conservado de que bajo la almohada de

su lecho de muerte no se encontró ninguna "Biblia", ni nada egipcio, pitagórico o platónico, sino un libro de Aristófanes. ¡Cómo podría incluso Platón haber soportado la vida -una vida griega que él repudiaba- sin un Aristófanes!

29. Ser independiente es cosa de muy pocos; es un privilegio de los fuertes. Y quien lo intente, incluso con el mejor derecho, pero sin estar OBLIGADO a ello, demuestra que probablemente no sólo es fuerte, sino también audaz más allá de toda medida. Se adentra en un laberinto, multiplica por mil los peligros que la vida en sí misma ya trae consigo; y no es el menor de ellos el que nadie pueda ver cómo y dónde pierde el rumbo, se aísla y es desgarrado a trozos por algún minotauro de la conciencia. Suponiendo que tal persona llegue a sufrir, está tan lejos de la comprensión de los hombres que ni lo sienten, ni se compadecen de él. Y ya no puede volver atrás. Ni siquiera puede volver a la simpatía de los hombres.

30. Nuestros conocimientos más profundos deben -y deberían- aparecer como locuras, y en ciertas circunstancias como crímenes, cuando llegan sin autorización a los oídos de aquellos que no están dispuestos y predestinados para ellos. Lo exotérico y lo esotérico, tal como fueron distinguidos antiguamente por los filósofos -entre los indios, como entre los griegos, los persas y los musulmanes, en fin, dondequiera que los pueblos creyeran en las gradaciones de rango y NO en la igualdad y en los derechos iguales- no se contradicen tanto entre sí en lo que respecta a la clase exotérica, que se sitúa fuera y ve, estima, mide y juzga desde fuera y no desde dentro; La distinción más esencial es que la clase en cuestión ve las cosas desde abajo hacia arriba, mientras que la clase esotérica las ve DESDE ARRIBA HACIA ABAJO. Hay alturas del alma desde las que la tragedia misma ya no parece operar trágicamente; y si todas las aflicciones del mundo fueran tomadas

en conjunto, ¿quién se atrevería a decidir si su visión seduciría y constreñiría NECESARIAMENTE a la simpatía, y por lo tanto a una duplicación de la aflicción? Lo que sirve a la clase superior de los hombres para alimentarse o refrescarse, debe ser casi un veneno para un orden completamente diferente e inferior de seres humanos. Las virtudes del hombre común significarían tal vez vicio y debilidad en un filósofo; podría ser posible que un hombre altamente desarrollado, suponiendo que degenerara y se arruinara, adquiriera con ello cualidades sólo por las cuales tendría que ser honrado como un santo en el mundo inferior en el que se había hundido. Hay libros que tienen un valor inverso para el alma y la salud, según se sirva de ellos el alma inferior y la vitalidad más baja, o la superior y más poderosa. En el primer caso son libros peligrosos, perturbadores, inquietantes, en el segundo caso son llamadas de atención que convocan a los más valientes a SU valentía. Los libros para el lector general son siempre libros que huelen mal, el olor de la gente miserable se adhiere a ellos. Donde el populacho come y bebe, e incluso donde reverencia, se acostumbra a apestar. No hay que entrar en las iglesias si se quiere respirar aire PURO.

31. En nuestros años de juventud seguimos venerando y despreciando sin el arte de la NUANCIA, que es la mejor ganancia de la vida, y con razón hemos de hacer dura penitencia por haber caído sobre los hombres y las cosas con el Sí y el No. Todo está dispuesto de tal manera que el peor de los gustos, EL GUSTO POR LO INCONDICIONAL, es cruelmente engañado y abusado, hasta que el hombre aprende a introducir un poco de arte en sus sentimientos, y prefiere probar las conclusiones con lo artificial, como hacen los verdaderos artistas de la vida. El espíritu iracundo y reverente propio de la juventud parece no permitirse ninguna paz, hasta que ha falseado convenientemente a los hombres y a las cosas, para poder descargar su pasión sobre ellos: la juventud en sí misma, incluso, es algo falsificadora y engañosa. Más tarde, cuando

el alma joven, torturada por continuas desilusiones, se vuelve por fin recelosa contra sí misma -aún ardiente y salvaje incluso en su sospecha y remordimiento de conciencia-: ¡cómo se reprende a sí misma, cómo se desgarra impacientemente, cómo se venga de su larga ceguera, como si hubiera sido una ceguera voluntaria! En esta transición se castiga a sí mismo con la desconfianza de sus sentimientos; tortura su entusiasmo con la duda, siente incluso la buena conciencia como un peligro, como si fuera el ocultamiento y la lasitud de una rectitud más refinada; y, sobre todo, defiende por principio la causa CONTRA la "juventud" -¡Una década más tarde, y comprende que todo esto era también todavía la juventud!

32. A lo largo del período más largo de la historia de la humanidad, llamado período prehistórico, el valor o el no-valor de una acción se dedujo de sus CONSECUENCIAS; la acción en sí misma no fue tomada en consideración, más que su origen; pero más o menos como en la China actual, donde la distinción o la desgracia de un niño redunda en sus padres, el poder retro-operativo del éxito o del fracaso fue lo que indujo a los hombres a pensar bien o mal de una acción. Llamemos a este período el período PRE-MORAL de la humanidad; el imperativo "¡Conócete a ti mismo!" era entonces todavía desconocido. -En cambio, en los últimos diez mil años, en ciertas grandes porciones de la tierra, se ha llegado gradualmente a tal punto, que ya no se deja que las consecuencias de una acción, sino su origen, decidan con respecto a su valor: un gran logro en su conjunto, un importante refinamiento de la visión y del criterio, el efecto inconsciente de la supremacía de los valores aristocráticos y de la creencia en el "origen", la marca de un período que puede ser designado en sentido estricto como MORAL: el primer intento de autoconocimiento se hace así. En lugar de las consecuencias, el origen: ¡qué inversión de perspectiva! Y ciertamente una inversión efectuada sólo después de una larga lucha y vacilación. Sin duda, una nueva y ominosa superstición, una peculiar estrechez de interpretación, alcanzó la supremacía precisamente por ello: el

origen de una acción se interpretó en el sentido más definido posible, como origen de una INTENCIÓN; la gente estaba de acuerdo en la creencia de que el valor de una acción residía en el valor de su intención. La intención como único origen y antecedente de una acción: bajo el influjo de este prejuicio se han otorgado alabanzas y culpas morales, y los hombres han juzgado e incluso filosofado casi hasta nuestros días. -¿No es posible, sin embargo, que ahora haya surgido la necesidad de volver a decidir sobre la inversión y el cambio fundamental de los valores, debido a una nueva autoconciencia y agudeza en el hombre, no es posible que estemos en el umbral de un período que, para empezar, se distinguiría negativamente como ULTRA-MORAL: hoy en día cuando, al menos entre nosotros, los inmoralistas, surge la sospecha de que el valor decisivo de una acción radica precisamente en lo que NO ES INTENCIONAL, y que toda su intencionalidad, todo lo que se ve, se siente o se "intuye" en ella, pertenece a su superficie o piel -que, como toda piel, delata algo, pero CONCEBE aún más-? En resumen, creemos que la intención no es más que un signo o síntoma, que requiere primero una explicación -un signo, además, que tiene demasiadas interpretaciones, y en consecuencia apenas un significado en sí mismo-: que la moral, en el sentido en que ha sido entendida hasta ahora, como intención-moral, ha sido un prejuicio, quizá una premura o preliminaridad, probablemente algo del mismo rango que la astrología y la alquimia, pero en cualquier caso algo que debe ser superado. La superación de la moral, en cierto sentido incluso la superación de la moral por sí misma, que sea el nombre de la labor largamente secreta que se ha reservado a las conciencias más refinadas, más rectas y también más perversas de hoy, como piedras de toque vivas del alma.

33. No se puede evitar: el sentimiento de entrega, de sacrificio por el prójimo, y toda la moral de renuncia a sí mismo, deben ser despiadadamente llamados a cuentas, y llevados a juicio; al igual

que la estética de la "contemplación desinteresada", bajo la cual la emasculación del arte busca hoy insidiosamente crearse una buena conciencia. Hay demasiada brujería y azúcar en los sentimientos "para los demás" y "NO para mí", para que uno no tenga que ser doblemente desconfiado aquí, y para que se pregunte puntualmente: "¿No son acaso DECEPCIONES?" -Que le gusten a quien las tiene, y a quien disfruta de sus frutos, y también al mero espectador- eso no es todavía un argumento a su FAVOR, sino que sólo llama a la cautela. Seamos, pues, precavidos.

34. Cualquiera que sea el punto de vista filosófico en el que uno se sitúe hoy en día, visto desde cualquier posición, la ERRONEIDAD del mundo en el que creemos vivir es la cosa más segura y más cierta que nuestros ojos pueden iluminar: encontramos una prueba tras otra de ello, que nos seduciría a conjeturar sobre un principio engañoso en la "naturaleza de las cosas". Sin embargo, quien hace responsable al pensamiento mismo, y por consiguiente al "espíritu", de la falsedad del mundo -una salida honrosa, de la que se vale todo *advocatus dei* consciente o inconsciente-, quien considera este mundo, incluyendo el espacio, el tiempo, la forma y el movimiento, como falsamente DEDUCIDO, tendría al menos una buena razón para acabar desconfiando también de todo el pensamiento; ¿no nos ha estado jugando hasta ahora el peor de los trucos escurridizos? y ¿qué garantía daría de que no seguiría haciendo lo que siempre ha estado haciendo? Con toda seriedad, la inocencia de los pensadores tiene algo de conmovedor e inspirador de respeto, que incluso hoy en día les permite esperar a la conciencia con la petición de que les dé respuestas HONESTAS: por ejemplo, si es "real" o no, y por qué mantiene el mundo exterior tan resueltamente a distancia, y otras preguntas de la misma descripción. La creencia en las "certezas inmediatas" es una NAVIDAD MORAL que nos honra a los filósofos; pero -¡ahora tenemos que dejar de ser hombres "MERAEMENTE morales"! Aparte de la moral, tal creencia es una locura que nos honra poco. Si en la

vida de la clase media una desconfianza siempre lista es considerada como el signo de un "mal carácter", y en consecuencia como una imprudencia, aquí entre nosotros, más allá del mundo de la clase media y de sus Síes y Noes, qué debería impedirnos ser imprudentes y decir: el filósofo tiene por fin un DERECHO al "mal carácter", como el ser que hasta ahora ha sido más engañado en la tierra; ahora está bajo la OBLIGACIÓN de la desconfianza, de los más perversos estrabismos de todo abismo de sospecha. -

Perdóneme la broma de esta sombría mueca y giro de expresión; porque yo mismo he aprendido hace mucho tiempo a pensar y estimar de manera diferente con respecto a engañar y ser engañado, y mantengo al menos un par de puñetazos en las costillas listos para la rabia ciega con la que los filósofos luchan contra ser engañados. ¿Por qué no? No es más que un prejuicio moral que la verdad vale más que la apariencia; es, de hecho, la suposición peor probada del mundo. Hay que admitirlo: no podría haber existido vida alguna si no fuera sobre la base de las estimaciones de la perspectiva y de las apariencias; y si, con el virtuoso entusiasmo y la estupidez de muchos filósofos, uno quisiera eliminar por completo el "mundo aparente" -bien, concediendo que TÚ pudieras hacerlo-, al menos no quedaría nada de tu "verdad". En efecto, ¿qué es lo que nos obliga en general a suponer que existe una oposición esencial de "verdadero" y "falso"? ¿No basta con suponer grados de apariencia y, por así decirlo, matices y tonos más claros y oscuros de la apariencia - diferentes valeurs, como dicen los pintores-? ¿Por qué el mundo que nos concierne no podría ser una ficción? Y a cualquiera que sugiriera: "Pero a una ficción le corresponde un creador", ¿no habría que responderle sin rodeos? ¿POR QUÉ? ¿No puede este "pertenercer" pertenecer también a la ficción? ¿No está permitido ser un poco irónico con el sujeto, al igual que con el predicado y el objeto? ¿No podría el filósofo elevarse por encima de la fe en la gramática? Todo el respeto a las institutrices, pero ¿no es hora de que la filosofía renuncie a la fe institutriz?

35. ¡Oh, Voltaire! ¡Oh humanidad! ¡Oh, idiotez! Hay algo de cosquilleo en "la verdad", y en la BÚSQUEDA de la verdad; y si el hombre lo hace con demasiada humanidad - "no busca la verdad sino para hacer el bien"-, apuesto a que no encuentra nada.

36. Suponiendo que no está "dado" como real nada más que nuestro mundo de deseos y pasiones, que no podemos hundirnos o elevarnos a ninguna otra "realidad" más que la de nuestros impulsos -pues el pensamiento es sólo una relación de estos impulsos entre sí-, ¿no se nos permite hacer el intento y plantear la pregunta de si esto que está "dado" no SIRVE, por medio de nuestras contrapartes, para la comprensión incluso del llamado mundo mecánico (o "material")? No quiero decir que sea una ilusión, una "apariencia", una "representación" (en el sentido berkeleyano y schopenhaueriano), sino que posea el mismo grado de realidad que nuestras emociones mismas, como una forma más primitiva del mundo de las emociones, en la que todo sigue encerrado en una poderosa unidad, que luego se ramifica y desarrolla en procesos orgánicos (naturalmente también, se refina y debilita) -como una especie de vida instintiva en la que todas las funciones orgánicas, incluyendo la autorregulación, la asimilación, la nutrición, la secreción y el cambio de materia, están todavía sintéticamente unidas entre sí- como una FORMA PRIMARIA de vida... -Al final, no sólo está permitido hacer este intento, sino que es ordenado por la conciencia del MÉTODO LÓGICO. No suponer varios tipos de causalidad, mientras no se haya llevado hasta el extremo (hasta el absurdo, si se me permite decirlo) el intento de llevarse bien con una sola: esa es una moral del método que no se puede repudiar hoy en día; se desprende "de su definición", como dicen los matemáticos. La cuestión es, en última instancia, si reconocemos realmente que la voluntad opera, si creemos en la causalidad de la voluntad; si lo hacemos -y fundamentalmente nuestra creencia EN ESTO no es más que nuestra creencia en la

causalidad misma- DEBEMOS hacer el intento de plantear hipotéticamente la causalidad de la voluntad como la única causalidad. La "voluntad" naturalmente sólo puede operar sobre la "voluntad" -y no sobre la "materia" (no sobre los "nervios", por ejemplo): en resumen, hay que arriesgar la hipótesis de si la voluntad no opera sobre la voluntad allí donde se reconocen los "efectos", y si toda acción mecánica, en la medida en que una potencia opera en ella, no es sólo la potencia de la voluntad, el efecto de la voluntad. Suponiendo, por último, que lográramos explicar toda nuestra vida instintiva como el desarrollo y la ramificación de una forma fundamental de voluntad -a saber, la Voluntad de Poder, como dice mi tesis-; suponiendo que todas las funciones orgánicas pudieran remontarse a esta Voluntad de Poder, y que la solución del problema de la generación y de la nutrición -es un solo problema- pudiera encontrarse también en ella: se habría adquirido así el derecho de definir inequívocamente TODA fuerza activa como VOLUNTAD DE PODER. El mundo visto desde dentro, el mundo definido y designado según su "carácter inteligible" -sería simplemente "Voluntad de Poder", y nada más.

37. "¿Qué? ¿No significa eso en el lenguaje popular: Dios es refutado, pero no el diablo?" -¡Al contrario! ¡Al contrario, amigos míos! ¡Y que el diablo también te obliga a hablar popularmente!

38. Como sucedió finalmente en toda la ilustración de los tiempos modernos con la Revolución Francesa (esa terrible farsa, bastante superflua cuando se la juzga de cerca, en la que, sin embargo, los nobles y visionarios espectadores de toda Europa han interpretado desde la distancia su propia indignación y entusiasmo tan larga y apasionadamente, HASTA QUE EL TEXTO HA DESAPARECIDO BAJO LA INTERPRETACIÓN), así una noble posteridad podría una vez más malinterpretar todo el pasado, y tal vez sólo así hacer

perdurable SU aspecto.-O más bien, ¿no ha sucedido ya esto? ¿No hemos sido nosotros mismos esa "noble posteridad"? Y, en la medida en que ahora comprendemos esto, ¿no es ya pasado?

39. Nadie considerará fácilmente una doctrina como verdadera por el mero hecho de que haga felices o virtuosos a los hombres, salvo, tal vez, los amables "idealistas", que se entusiasman con lo bueno, lo verdadero y lo bello, y dejan nadar promiscuamente en su estanque toda clase de deseos abigarrados, groseros y bondadosos. La felicidad y la virtud no son argumentos. Sin embargo, se olvida de buena gana, incluso por parte de las mentes reflexivas, que hacer infeliz y hacer malo son igualmente pequeños contraargumentos. Una cosa podría ser VERDAD, aunque fuera en el más alto grado perjudicial y peligrosa; de hecho, la constitución fundamental de la existencia podría ser tal que uno sucumbiera por un pleno conocimiento de la misma, de modo que la fuerza de una mente podría medirse por la cantidad de "verdad" que pudiera soportar, o para hablar más claramente, por la medida en que REQUIERA la verdad atenuada, velada, endulzada, amortiguada y falsificada. Pero no hay duda de que para el descubrimiento de ciertas PORCIONES de la verdad los malvados y los desafortunados están más favorablemente situados y tienen más probabilidades de éxito; por no hablar de los malvados que son felices, una especie sobre la que los moralistas guardan silencio. Tal vez la severidad y la astucia sean condiciones más favorables para el desarrollo de espíritus fuertes e independientes y de filósofos, que la bondad gentil, refinada y cedente, y el hábito de tomar las cosas con facilidad, que son apreciados, y con razón, en un hombre culto. Suponiendo siempre, para empezar, que el término "filósofo" no se limite al filósofo que escribe libros, o incluso que introduce su filosofía en los libros, Stendhal proporciona un último rasgo del retrato del filósofo de espíritu libre, que en aras del gusto alemán no omitiré subrayar, ya que es OPUESTO al gusto alemán. "Pour etre bon philosophe", dice este último gran psicólogo, "il faut etre sec,

clair, sans illusion. Un banquero, que ha hecho fortuna, tiene una parte del carácter requerido para hacer descubrimientos en filosofía, es decir, para ver claro en lo que hay."

40. Todo lo que es profundo ama la máscara: las cosas más profundas odian incluso la figura y la semejanza. ¿No debería ser el CONTRARIO sólo el disfraz adecuado para que la vergüenza de un Dios vaya por ahí? Sería extraño que algún místico no se haya aventurado ya en el mismo sentido. Hay actuaciones de naturaleza tan delicada que conviene abrumarlas con tosquedad y hacerlas irreconocibles; hay acciones de amor y de una magnanimitad extravagante tras las cuales nada puede ser más sabio que coger un palo y golpear fuertemente al testigo: se oscurece así su recuerdo. Muchos son capaces de oscurecer y abusar de su propia memoria, para al menos vengarse de esta única parte en el secreto: la vergüenza es inventiva. No son las peores cosas de las que uno se avergüenza más: no sólo hay engaño detrás de una máscara; hay mucha bondad en el oficio. Podría imaginar que un hombre con algo costoso y frágil que ocultar, rodaría por la vida torpe y rotundamente como una barrica de vino vieja, verde y muy abultada: el refinamiento de su vergüenza requiere que sea así. Un hombre que tiene profundidades en su vergüenza encuentra su destino y sus delicadas decisiones en caminos que pocos alcanzan, y respecto a cuya existencia sus amigos más cercanos e íntimos pueden ser ignorantes; su peligro mortal se oculta a sus ojos, e igualmente su seguridad recuperada. Una naturaleza tan oculta, que emplea instintivamente la palabra para el silencio y la ocultación, y que es inagotable en la evasión de la comunicación, DESEA e insiste en que una máscara de sí mismo ocupe su lugar en los corazones y en las cabezas de sus amigos; y suponiendo que no lo deseé, sus ojos se abrirán algún día al hecho de que, sin embargo, hay una máscara de él, y que es bueno que así sea. Todo espíritu profundo necesita una máscara; es más, alrededor de todo espíritu profundo crece continuamente una máscara, debido a la

interpretación constantemente falsa, es decir, SUPERFICIAL, de cada palabra que pronuncia, de cada paso que da, de cada signo de vida que manifiesta.

41. Uno debe someterse a sus propias pruebas de que está destinado a la independencia y al mando, y hacerlo en el momento oportuno. No hay que evitar las propias pruebas, aunque constituyen quizás el juego más peligroso que se puede hacer, y son al fin y al cabo pruebas hechas sólo ante nosotros mismos y ante ningún otro juez. No apearse a ninguna persona, ni siquiera a la más querida: cada persona es una prisión y también un recreo. No apearse a una patria, aunque sea la más sufrida y necesaria: es aún menos difícil separar el corazón de una patria victoriosa. No apearse a una simpatía, aunque sea por los hombres superiores, en cuya tortura y desamparo peculiares el azar nos ha dado una visión. No adherirse a una ciencia, aunque nos tiente con los descubrimientos más valiosos, aparentemente reservados especialmente para nosotros. No aferrarse a la propia liberación, a la voluptuosa distancia y lejanía del pájaro, que siempre vuela más lejos para ver siempre más abajo: el peligro del volador. No aferrarse a las propias virtudes, ni ser víctima en su conjunto de alguna de nuestras especialidades, de nuestra "hospitalidad" por ejemplo, que es el peligro de los peligros para las almas muy desarrolladas y ricas, que tratan con prodigalidad, casi con indiferencia, y llevan la virtud de la liberalidad tan lejos que se convierte en vicio. Hay que saber CONSERVARSE, la mejor prueba de independencia.

42. Está apareciendo un nuevo orden de filósofos; me atreveré a bautizarlos con un nombre no exento de peligro. En la medida en que los entiendo, en la medida en que se dejan entender -pues su naturaleza es desear seguir siendo un poco enigmáticos-, estos

filósofos del futuro podrían reclamar, con razón, y quizá también sin ella, ser designados como "tentadores". Este nombre en sí mismo no es, después de todo, más que un intento o, si se prefiere, una tentación.

43. ¿Serán nuevos amigos de la "verdad" estos filósofos que vienen? Muy probablemente, pues todos los filósofos han amado hasta ahora sus verdades. Pero seguramente no serán dogmáticos. Debe ser contrario a su orgullo, y también a su gusto, que su verdad siga siendo la verdad para todos, lo que hasta ahora ha sido el deseo secreto y el propósito último de todos los esfuerzos dogmáticos. "Mi opinión es MI opinión: otra persona no tiene fácilmente derecho a ella", dirá tal vez un filósofo del futuro. Hay que renunciar al mal gusto de querer estar de acuerdo con mucha gente. El "bien" deja de serlo cuando el vecino se lo lleva a la boca. ¡Y cómo podría haber un "bien común"! La expresión se contradice a sí misma; lo que puede ser común tiene siempre poco valor. Al final las cosas tienen que ser como son y han sido siempre: las cosas grandes quedan para los grandes, los abismos para los profundos, los manjares y las emociones para los refinados, y, para resumir en breve, todo lo raro para los raros.

44. ¿Hace falta que diga expresamente después de todo esto que serán espíritus libres, MUY libres, estos filósofos del futuro; como ciertamente también no serán meramente espíritus libres, sino algo más, más alto, más grande y fundamentalmente diferente, que no quiere ser incomprendido y equivocado? Pero mientras digo esto, me siento bajo la OBLIGACIÓN casi tanto hacia ellos como hacia nosotros mismos (nosotros, espíritus libres, que somos sus heraldos y precursores), de barrer de nosotros mismos por completo un viejo y estúpido prejuicio y malentendido, que, como una niebla, ha hecho oscura durante demasiado tiempo la

concepción de "espíritu libre". En todos los países de Europa, y lo mismo en América, hay en la actualidad algo que hace abusar de este nombre a una clase de espíritus muy estrecha, prepotente y encadenada, que desea casi lo contrario de lo que nuestras intenciones e instintos impulsan, por no decir que con respecto a los NUEVOS filósofos que están apareciendo, deben ser aún más ventanas cerradas y puertas con cerrojo. Breve y lamentablemente, pertenecen a los LEVANTES, estos mal llamados "espíritus libres", como esclavos de lengua fácil y de dedos de escriba del gusto democrático y de sus "ideas modernas", todos ellos hombres sin soledad, sin soledad personal, tipos honestos y contundentes a los que no hay que negar ni el valor ni la conducta honorable, sólo que no son libres, y son ridículamente superficiales, especialmente en su innata parcialidad por ver la causa de casi TODA la miseria y el fracaso humanos en las viejas formas en que la sociedad ha existido hasta ahora, una noción que felizmente invierte la verdad por completo. Lo que ellos desearían alcanzar con todas sus fuerzas es la felicidad universal, de pradera verde, del rebaño, junto con la seguridad, el confort y el alivio de la vida para todos, sus dos canciones y doctrinas más frecuentemente cantadas se llaman "Igualdad de Derechos" y "Simpatía con todos los que sufren", y el sufrimiento en sí mismo es considerado por ellos como algo que debe ser ELIMINADO. Nosotros, los opuestos, sin embargo, que hemos abierto el ojo y la conciencia a la cuestión de cómo y dónde la planta "hombre" ha crecido hasta ahora con más vigor, creemos que esto ha tenido lugar siempre bajo las condiciones opuestas, que para ello la peligrosidad de su situación tuvo que aumentar enormemente, su facultad inventiva y su poder de disimular (su "espíritu") tuvo que desarrollarse en sutileza y audacia bajo una larga opresión y compulsión, y su Voluntad de Vida tuvo que aumentar hasta la incondicionada Voluntad de Poder -creemos que la severidad, la violencia, la esclavitud, el peligro en la calle y en el corazón, el secreto, el estoicismo, el arte de tentar y las diabluras de todo tipo, -que todo lo perverso, terrible, tiránico, depredador y serpentino del hombre sirve tanto para la elevación de la especie humana como su opuesto; ni siquiera decimos lo suficiente cuando

sólo decimos ESTO, y en todo caso nos encontramos aquí, tanto con nuestro discurso como con nuestro silencio, en el OTRO extremo de toda la ideología moderna y de la deseabilidad gregaria, como sus antípodas quizás? ¿Qué maravilla es que nosotros, los "espíritus libres", no seamos precisamente los espíritus más comunicativos? que no queramos traicionar en todos los sentidos de qué puede liberarse un espíritu, y a dónde quizá se vea entonces conducido? Y en cuanto a la importancia de la peligrosa fórmula "Más allá del bien y del mal", con la que al menos evitamos la confusión, SOMOS algo más que "libres-penseurs", "liben pensatori" "librepensadores" y lo que sea que les guste llamar a estos honestos defensores de las "ideas modernas". Habiendo estado en casa, o al menos como invitados, en muchos reinos del espíritu, habiendo escapado una y otra vez de los rincones sombríos y agradables en los que parecían confinarnos las preferencias y los prejuicios, la juventud, el origen, el accidente de los hombres y los libros, o incluso el cansancio de los viajes, llenos de malicia contra las seducciones de la dependencia que se oculta en los honores, el dinero, las posiciones o la exaltación de los sentidos, agradecidos incluso por la angustia y las vicisitudes de la enfermedad, porque siempre nos liberan de alguna regla y de su "prejuicio", agradecidos al Dios, al diablo, a la oveja y al gusano que hay en nosotros, inquisitivos hasta la saciedad, investigadores hasta la crueldad, con los dedos sin vacilar para lo intangible, con los dientes y los estómagos para lo más indigesto, listos para cualquier negocio que requiera sagacidad y sentidos agudos, listos para cualquier aventura, debido a un exceso de "libre albedrío", con almas anteriores y posteriores, en cuyas últimas intenciones es difícil husmear, con primeros y segundos planos hasta los que ningún pie puede correr, ocultos bajo los mantos de luz, apropiadores, aunque parezcamos herederos y derrochadores, arregladores y cobradores de la mañana a la noche, avaros de nuestra riqueza y de nuestros cajones llenos, económicos en el aprendizaje y en el olvido, inventivos en las maquinaciones, a veces orgullosos de las tablas de categorías, a veces pedantes, a veces noctámbulos del trabajo incluso en pleno día, sí, si es necesario,

incluso espantapájaros, y es necesario hoy en día, es decir, en la medida en que somos los amigos natos, jurados y celosos de la SOLEDAD, de nuestra propia y más profunda soledad de medianoche y de mediodía, ¡esa clase de hombres somos nosotros, los espíritus libres! ¿Y acaso vosotros sois también algo del mismo tipo, vosotros los que venís? vosotros los NUEVOS filósofos?

CAPÍTULO III. EL ESTADO DE ÁNIMO RELIGIOSO

45. El alma humana y sus límites, el alcance de las experiencias interiores del hombre hasta ahora alcanzadas, las alturas, profundidades y distancias de estas experiencias, toda la historia del alma HASTA EL MOMENTO ACTUAL, y sus posibilidades aún no agotadas: este es el terreno de caza predestinado para un psicólogo nato y amante de la "gran caza". Pero cuántas veces debe decirse a sí mismo con desesperación: "¡Un solo individuo! ¡ay, solo un individuo! y este gran bosque, este bosque virgen". Así que le gustaría tener algunos cientos de ayudantes de caza, y finos sabuesos entrenados, que pudiera enviar a la historia del alma humana, para conducir SU caza juntos. En vano: una y otra vez experimenta, profunda y amargamente, lo difícil que es encontrar ayudantes y perros para todas las cosas que excitan directamente su curiosidad. El mal de enviar a los eruditos a nuevos y peligrosos dominios de caza, donde se requiere coraje, sagacidad y sutileza en todos los sentidos, es que ya no son útiles justo cuando comienza la "GRAN CAZA", y también el gran peligro, es precisamente entonces cuando pierden su agudo ojo y su olfato. Para, por ejemplo, adivinar y determinar qué clase de historia ha tenido hasta ahora el problema del CONOCIMIENTO Y LA CONCIENCIA en las almas de los homines religiosi, una persona tendría quizás que poseer ella misma una experiencia tan profunda, tan magullada, tan inmensa como la conciencia intelectual de Pascal; y entonces todavía necesitaría ese amplio cielo de clara y perversa espiritualidad, que, desde arriba, sería capaz de supervisar, ordenar y formular eficazmente esta masa de experiencias peligrosas y dolorosas. -¡Pero quién podría hacerme este servicio! Y quién tendría tiempo de esperar a tales servidores! -¡Evidentemente

aparecen demasiado raramente, son tan improbables en todo momento! Al final hay que hacerlo todo uno mismo para saber algo; lo que significa que uno tiene MUCHO que hacer! -Pero una curiosidad como la mía es, de una vez por todas, el más agradable de los vicios -¡perdón! Quiero decir que el amor a la verdad tiene su recompensa en el cielo, y ya en la tierra.

46. La fe, tal como la deseaba el cristianismo primitivo, y no pocas veces lograda en medio de un mundo escéptico y meridionalmente libre, que tenía detrás y en él siglos de lucha entre escuelas filosóficas, contando además con la educación en la tolerancia que daba el Imperium Romanum, esta fe NO es esa sincera Esta fe no es esa fe esclava sincera y austera por la que quizás un Lutero o un Cromwell, o algún otro bárbaro del norte del espíritu se mantuvo unido a su Dios y al cristianismo, es mucho más bien la fe de Pascal, que se asemeja de una manera terrible a un suicidio continuo de la razón, una razón dura, longeva, como un gusano, que no se puede matar de una vez y de un solo golpe. La fe cristiana, desde el principio, es el sacrificio de toda la libertad, de todo el orgullo, de toda la confianza en sí mismo del espíritu, es al mismo tiempo sometimiento, autoderivación y automutilación. Hay crueldad y fenicio religioso en esta fe, que se adapta a una conciencia tierna, polifacética y muy fastidiosa, da por sentado que la sujeción del espíritu es indescriptiblemente DOLOROSA, que todo el pasado y todos los hábitos de tal espíritu resisten el absurdissimum, en la forma en que le llega la "fe". Los hombres modernos, con su obtusidad en cuanto a toda la nomenclatura cristiana, no tienen ya el sentido para la concepción terriblemente superlativa que implicaba para un gusto antiguo la paradoja de la fórmula "Dios en la Cruz". Hasta ahora nunca y en ningún lugar había habido tal audacia en la inversión, ni nada a la vez tan terrible, cuestionador y discutible como esta fórmula: prometía una transvaloración de todos los valores antiguos: era el Oriente, el Oriente PROFUNDO, era el esclavo oriental el que se vengaba así

de Roma y de su noble y ligera tolerancia, del "catolicismo" romano de la no fe, y no era siempre la fe, sino la libertad de la fe, la indiferencia medio estóica y sonriente ante la seriedad de la fe, lo que hacía que los esclavos se indignaran con sus amos y se rebelaran contra ellos. La "ilustración" provoca la revuelta, pues el esclavo desea lo incondicional, no entiende más que lo tiránico, incluso en la moral, ama como odia, sin NUANCE, hasta lo más profundo, hasta el dolor, hasta la enfermedad; sus muchos sufrimientos OCULTOS le hacen rebelarse contra el noble gusto que parece NEGAR el sufrimiento. El escepticismo con respecto al sufrimiento, fundamentalmente sólo una actitud de la moral aristocrática, no fue la menor de las causas, también, de la última gran insurrección de los esclavos que comenzó con la Revolución Francesa.

47. Dondequiera que la neurosis religiosa ha aparecido en la tierra hasta ahora, la encontramos conectada con tres prescripciones peligrosas en cuanto al régimen: soledad, ayuno y abstinencia sexual -pero sin que sea posible determinar con certeza cuál es la causa y cuál el efecto, o SI existe alguna relación de causa y efecto allí. Esta última duda se justifica por el hecho de que uno de los síntomas más regulares entre los pueblos salvajes, así como entre los civilizados, es la sensualidad más repentina y excesiva, que luego con igual brusquedad se transforma en paroxismos penitenciales, de renuncia al mundo y de renuncia a la voluntad, síntomas ambos que quizá puedan explicarse como epilepsia disfrazada... Pero en ninguna parte es más obligatorio dejar de lado las explicaciones en torno a ningún otro tipo ha crecido tal masa de absurdo y superstición, ningún otro tipo parece haber sido más interesante para los hombres e incluso para los filósofos; tal vez sea hora de volverse un poco indiferente aquí, de aprender a ser precavido, o, mejor aún, de mirar hacia fuera, de irse lejos; sin embargo, en el fondo de la filosofía más reciente, la de Schopenhauer, encontramos casi como el problema en sí mismo,

esta terrible nota de interrogación de la crisis y el despertar religiosos. ¿Cómo es POSIBLE la negación de la voluntad? ¿Cómo es posible el santo? -esa parece haber sido la pregunta misma con la que Schopenhauer se inició y se hizo filósofo. Y así fue una consecuencia genuinamente schopenhaueriana, que su adherente más convencido (quizá también el último, en lo que a Alemania se refiere), a saber, Richard Wagner, pusiera fin a la obra de su propia vida justo aquí, y pusiera por fin en escena ese tipo terrible y eterno como Kundry, tipo vecu, y como amaba y vivía, en el mismo momento en que los locos-médicos de casi todos los países europeos tenían la oportunidad de estudiar el tipo de cerca, donde la neurosis religiosa -o como yo la llamo, "el estado de ánimo religioso"- hizo su último brote epidémico y se desplegó como el "Ejército de Salvación" -Si se trata, sin embargo, de lo que ha sido tan sumamente interesante para los hombres de toda clase en todas las épocas, e incluso para los filósofos, en todo el fenómeno del santo, es sin duda la aparición de lo milagroso en él -a saber, la SUCESIÓN inmediata de OPUESTOS, de estados del alma considerados como moralmente antitéticos: Se creía aquí que era evidente que un "hombre malo" se convertía de golpe en un "santo", en un hombre bueno. La psicología hasta entonces existente naufragó en este punto, ¿no es posible que haya sucedido principalmente porque la psicología se había colocado bajo el dominio de la moral, porque CREÍA en oposiciones de valores morales, y veía, leía e INTERPRETABA estas oposiciones en el texto y los hechos del caso? ¿Qué? ¿El "milagro" es sólo un error de interpretación? ¿Una falta de filología?

48. Parece que las razas latinas están mucho más apegadas a su catolicismo que nosotros, los norteños, al cristianismo en general, y que, en consecuencia, la incredulidad en los países católicos significa algo muy diferente de lo que significa entre los protestantes, a saber, una especie de rebelión contra el espíritu de

la raza, mientras que con nosotros es más bien un retorno al espíritu (o al no espíritu) de la raza.

Nosotros, los norteños, derivamos sin duda alguna de las razas bárbaras, incluso en lo que se refiere a nuestras dotes para la religión: tenemos pocas dotes para ella. Se puede hacer una excepción en el caso de los celtas, que hasta ahora han proporcionado también el mejor terreno para la infección cristiana en el norte: el ideal cristiano floreció en Francia tanto como el pálido sol del norte lo permitió. ¡Qué extrañamente piadosos para nuestro gusto son todavía estos últimos escépticos franceses, siempre que haya alguna sangre celta en su origen! ¡Qué católica, qué poco alemana nos parece la Sociología de Auguste Comte, con la lógica romana de sus instintos! ¡Qué jesuítico, ese amable y sagaz cicerone de Port Royal, Sainte-Beuve, a pesar de toda su hostilidad hacia los jesuitas! E incluso Ernest Renan: ¡qué inaccesible nos parece a nosotros, los norteños, el lenguaje de ese Renan, en el que a cada instante el menor toque de emoción religiosa desequilibra su alma refinada, voluptuosa y cómodamente acolchada! Repitamos después de él estas bellas frases, y ¡qué maldad y altivez se despiertan inmediatamente a modo de respuesta en nuestras almas probablemente menos bellas, pero más duras, es decir, en nuestras almas más alemanas! - "No es cierto que la religión es un producto del hombre normal, que el hombre está más en el vicio cuando es más religioso y está más seguro de un destino infinito.... CUANDO ES BUENO QUIERE QUE LA VIRTUD CORRESPONDA A UN ORDEN ETERNO, CUANDO CONTEMPLA LAS COSAS DE UNA MANERA DESINTERESADA ENCUENTRA LA MUERTE REBELDE Y ABSURDA. COMMENT NE PAS SUPPOSER QUE C'EST DANS CES MOMENTS-LA, QUE L'HOMME VOIT LE MIEUX?" ... Estas frases son tan sumamente ANTIPODALES a mis oídos y hábitos de pensamiento, que en mi primer impulso de rabia al encontrarlas, escribí al margen: "¡LA NIAISERIE RELIGIEUSE PAR EXCELLENCE!" - ¡hasta que en mi rabia posterior me encapriché con ellas, estas

frases con su verdad absolutamente invertida! ¡Es tan bonito y tal distinción tener las propias antípodas!

49. Lo que es tan sorprendente en la vida religiosa de los antiguos griegos es el torrente irrefrenable de GRATITUD que derrama: es un tipo de hombre muy superior el que adopta semejante actitud ante la naturaleza y la vida.-Más tarde, cuando el populacho se impuso en Grecia, el MIEDO se desbocó también en la religión; y el cristianismo se fue preparando.

50. La pasión por Dios: hay tipos castizos, sinceros e importunos de ella, como el de Lutero; todo el protestantismo carece de la DELICATEZZA meridional. Hay en ella una exaltación oriental de la mente, como la de un esclavo inmerecidamente favorecido o elevado, como en el caso de San Agustín, por ejemplo, que carece de manera ofensiva de toda nobleza en el porte y los deseos. Hay en ella una ternura y sensualidad femeninas, que modesta e inconscientemente anhela una UNIO MYSTICA ET PHYSICA, como en el caso de Madame de Guyon. En muchos casos aparece, curiosamente, como el disfraz de la pubertad de una niña o joven; aquí y allá incluso como la histeria de una solterona, también como su última ambición. La Iglesia ha canonizado frecuentemente a la mujer en un caso así.

51. Los hombres más poderosos siempre se han inclinado reverentemente ante el santo, como el enigma de la auto-subordinación y la privación voluntaria absoluta: ¿por qué se inclinaron así? Adivinaban en él -y por así decirlo, detrás de lo cuestionable de su apariencia frágil y miserable- la fuerza superior que deseaba probarse a sí misma mediante tal sometimiento; la

fuerza de voluntad, en la que reconocían su propia fuerza y amor al poder, y sabían cómo honrarla: honraban algo en sí mismos cuando honraban al santo. Además, la contemplación del santo les sugirió una sospecha: tal enormidad de abnegación y antinaturalidad no habrá sido codiciada por nada -dijeron, inquisitivos-. ¿Quizás haya una razón para ello, algún peligro muy grande, sobre el que el asceta desearía ser informado con mayor precisión a través de sus interlocutores y visitantes secretos? En una palabra, los poderosos del mundo aprendieron a tener un nuevo temor ante él, adivinaron un nuevo poder, un extraño enemigo aún no vencido: fue la "Voluntad de Poder" la que les obligó a detenerse ante el santo. Tenían que interrogarlo.

52. En el "Antiguo Testamento" judío, el libro de la justicia divina, hay hombres, cosas y dichos en una escala tan inmensa, que la literatura griega e india no tiene nada que comparar con ella. Uno se detiene con temor y reverencia ante esos estupendos restos de lo que el hombre fue antiguamente, y tiene tristes pensamientos acerca de la vieja Asia y su pequeña península Europa, que quisiera, por todos los medios, figurar ante Asia como el "Progreso de la Humanidad." Por cierto, quien no es más que un animal doméstico, delgado y manso, y sólo conoce las necesidades de un animal doméstico (como nuestros cultos de hoy, incluidos los cristianos del cristianismo "culto"), no tiene por qué asombrarse ni siquiera entristecerse en medio de esas ruinas: el gusto por el Antiguo Testamento es una piedra de toque con respecto a lo "grande" y lo "pequeño": tal vez encuentre que el Nuevo Testamento, el libro de la gracia, aún apela más a su corazón (hay mucho del olor del alma genuina, tierna, estúpida y mezquina). Haber unido este Nuevo Testamento (una especie de ROCOCO del gusto en todos los aspectos) junto con el Antiguo Testamento en un solo libro, como la "Biblia", como "El Libro en sí mismo", es quizás la mayor audacia y "pecado contra el Espíritu" que la Europa literaria tiene sobre su conciencia.

53. ¿Por qué el ateísmo hoy en día? "El padre" en Dios está completamente refutado; igualmente "el juez", "el recompensador". También su "libre albedrío": no escucha, y aunque lo hiciera, no sabría cómo ayudar. Lo peor es que parece incapaz de comunicarse con claridad; ¿está inseguro? -Esto es lo que he deducido (interrogando y escuchando en diversas conversaciones) como causa de la decadencia del teísmo europeo; me parece que, aunque el instinto religioso está en vigor, rechaza la satisfacción teísta con profunda desconfianza.

54. ¿Qué hace principalmente toda la filosofía moderna? Desde Descartes -y, en efecto, más bien desafiando a éste que basándose en su procedimiento-, todos los filósofos han hecho un ATENTO a la antigua concepción del alma, bajo la apariencia de una crítica a la concepción del sujeto y del predicado, es decir, un ATENTO al presupuesto fundamental de la doctrina cristiana. La filosofía moderna, como escepticismo epistemológico, es secreta o abiertamente ANTICRISTIANA, aunque (para los oídos más agudos, sea dicho) de ninguna manera antirreligiosa. Antiguamente, en efecto, se creía en "el alma" como se creía en la gramática y en el sujeto grammatical: se decía: "yo" es la condición, "pensar" es el predicado y está condicionado -pensar es una actividad para la que hay que suponer un sujeto como causa. Se intentó entonces, con maravillosa tenacidad y sutileza, ver si no se podía salir de esta red, ver si no era acaso cierto lo contrario: "pensar" la condición, y "yo" lo condicionado; "yo", por tanto, sólo una síntesis que ha sido HECHA por el propio pensar. KANT quería realmente demostrar que, partiendo del sujeto, no se podía demostrar el sujeto -ni tampoco el objeto-: la posibilidad de una EXISTENCIA APARENTE del sujeto, y por tanto del "alma", puede que no le resultara siempre

extraña, -pensamiento que en su día tuvo un inmenso poder en la tierra como la filosofía Vedanta.

55. Hay una gran escala de crueldad religiosa, con muchas vueltas; pero tres de ellas son las más importantes. En una época los hombres sacrificaban seres humanos a su Dios, y quizás sólo a los que más amaban; a esta categoría pertenecen los primeros sacrificios de todas las religiones primitivas, y también el sacrificio del emperador Tiberio en el Mitra-Grotto de la isla de Capri, el más terrible de todos los anacronismos romanos. Luego, durante la época moral de la humanidad, sacrificaron a su Dios los instintos más fuertes que poseían, su "naturaleza"; esta alegría festiva brilla en las miradas crueles de los ascetas y de los fanáticos "antinaturales". Finalmente, ¿qué quedaba por sacrificar? ¿No era necesario, al final, que los hombres sacrificaran todo lo reconfortante, lo santo, lo curativo, toda la esperanza, toda la fe en las armonías ocultas, en la bienaventuranza y la justicia futuras? ¿No era necesario sacrificar a Dios mismo, y por crueldad hacia ellos mismos adorar la piedra, la estupidez, la gravedad, el destino, la nada? Sacrificar a Dios por la nada: este paradójico misterio de la máxima crueldad ha sido reservado para la generación naciente; todos sabemos ya algo de él.

56. Quien, como yo, impulsado por algún enigmático deseo, se ha esforzado durante mucho tiempo por llegar al fondo de la cuestión del pesimismo y liberarlo de la estrechez y la estupidez medio cristiana y medio alemana en que se ha presentado finalmente a este siglo, es decir, bajo la forma de la filosofía de Schopenhauer; Quien, con un ojo asiático y superasiático, ha mirado realmente hacia dentro, y hacia el más renunciante de todos los modos posibles de pensamiento -más allá del bien y del mal, y ya no como Buda y Schopenhauer, bajo el dominio y el engaño de la moral-,

quien ha hecho esto, quizás acaba de abrir así, sin desearlo realmente, sus ojos para contemplar el ideal opuesto: el ideal del hombre más amante del mundo, exuberante y vivaz, que no sólo ha aprendido a comprometerse y a arreglarse con lo que era y es, sino que desea tenerlo de nuevo COMO ERA Y ES, para toda la eternidad, llamando insaciablemente da capo, no sólo a sí mismo, sino a toda la obra y al juego; y no sólo al juego, sino en realidad a quien requiere el juego y lo hace necesario; porque siempre se requiere a sí mismo de nuevo y se hace necesario. -¿Qué? ¿Y esto no sería-circulus vitiosus deus?

57. La distancia y, por así decirlo, el espacio que rodea al hombre, crece con la fuerza de su visión y perspicacia intelectuales: su mundo se hace más profuso; siempre aparecen nuevas estrellas, nuevos enigmas y nociones. Tal vez todo aquello sobre lo que el ojo intelectual ha ejercido su agudeza y profundidad ha sido sólo una ocasión para su ejercicio, algo así como un juego, algo para niños y mentes infantiles. Tal vez las concepciones más solemnes que han provocado los mayores combates y sufrimientos, las concepciones "Dios" y "pecado", no nos parecerán un día más importantes de lo que un juguete de niño o un dolor de niño le parecen a un anciano; - y tal vez otro juguete y otro dolor serán entonces necesarios una vez más para "el anciano" -¡siempre bastante infantil, un eterno niño!

58. 58. ¿Se ha observado hasta qué punto la ociosidad exterior, o la semi-ociosidad, es necesaria para una verdadera vida religiosa (tanto por su trabajo microscópico favorito de auto-examen, como por su suave placidez llamada "oración", el estado de perpetua preparación para la "venida de Dios"), quiero decir la ociosidad con una buena conciencia, la ociosidad de los tiempos antiguos y de la sangre, a la que el sentimiento aristocrático de que el trabajo es

DESHONRADOR -que vulgariza el cuerpo y el alma- no es del todo desconocido? ¿Y que, en consecuencia, la laboriosidad moderna, ruidosa, absorbente del tiempo, engreída y tontamente orgullosa, educa y prepara para la "incredulidad" más que cualquier otra cosa? Entre estos, por ejemplo, que actualmente viven apartados de la religión en Alemania, encuentro "librepensadores" de diversa especie y origen, pero sobre todo una mayoría de aquellos en los que la laboriosidad de generación en generación ha disuelto los instintos religiosos; de modo que ya no saben para qué sirven las religiones, y sólo constatan su existencia en el mundo con una especie de sordo asombro. Se sienten ya plenamente ocupados, estas buenas gentes, ya sea por sus negocios o por sus placeres, por no hablar de la "Patria", y de los periódicos, y de sus "deberes familiares"; parece que no les queda tiempo alguno para la religión; y, sobre todo, no les resulta evidente si se trata de un nuevo negocio o de un nuevo placer, pues es imposible, se dicen, que la gente vaya a la iglesia sólo para estropear sus ánimos. No son en absoluto enemigos de las costumbres religiosas; si ciertas circunstancias, asuntos de Estado tal vez, requieren su participación en tales costumbres, hacen lo que se requiere, como se hacen tantas cosas: con una seriedad paciente y sin pretensiones, y sin mucha curiosidad o incomodidad; viven demasiado apartados y al margen para sentir siquiera la necesidad de un A FAVOR o un EN CONTRA en tales asuntos. Entre esas personas indiferentes puede contarse hoy en día la mayoría de los protestantes alemanes de las clases medias, especialmente en los grandes centros laboriosos del comercio y la industria; también la mayoría de los eruditos laboriosos, y todo el personal de la Universidad (con la excepción de los teólogos, cuya existencia y posibilidad siempre da a los psicólogos nuevos y más sutiles rompecabezas que resolver). Por parte de las personas piadosas, o meramente eclesiásticas, rara vez se tiene idea de CUÁNTA buena voluntad, se podría decir voluntad arbitraria, es ahora necesaria para que un erudito alemán se tome en serio el problema de la religión; Toda su profesión (y, como he dicho, toda su laboriosidad, a la que se ve obligado por su conciencia moderna) le inclina a una

serenidad elevada y casi caritativa en lo que respecta a la religión, con la que se mezcla ocasionalmente un ligero desdén por la "impureza" de espíritu que da por sentada allí donde cualquiera profesa todavía pertenecer a la Iglesia. Sólo con la ayuda de la historia (NO a través de su propia experiencia personal, por lo tanto) el erudito logra llevar a sí mismo a una seriedad respetuosa, y a una cierta deferencia tímida en presencia de las religiones; pero incluso cuando sus sentimientos han alcanzado la etapa de gratitud hacia ellas, no ha avanzado personalmente un paso más cerca de lo que todavía se mantiene como Iglesia o como piedad; tal vez incluso lo contrario. La indiferencia práctica hacia las cuestiones religiosas en medio de las cuales ha nacido y se ha criado, suele sublimarse en su caso en circunspección y limpieza, que rehúye el contacto con los hombres y las cosas religiosas; y puede que sea justo la profundidad de su tolerancia y humanidad lo que le impulsa a evitar los delicados problemas que la propia tolerancia trae consigo. - Cada época tiene su propio tipo divino de ingenuidad, por cuyo descubrimiento otras épocas pueden envidiarla: y ¡cuánta ingenuidad -adorable, infantil e ilimitadamente insensata- está implicada en esta creencia del erudito en su superioridad, en la buena conciencia de su tolerancia, en la certeza desprevenida y simple con que su instinto trata al hombre religioso como un tipo inferior y menos valioso, más allá, antes y POR ENCIMA del que él mismo ha desarrollado -él, el pequeño enano arrogante y mafioso, el zángano sedicentemente alerta, de las "ideas", de las "ideas modernas"!

59. Quien haya visto en profundidad el mundo ha adivinado sin duda la sabiduría que hay en el hecho de que los hombres sean superficiales. Es su instinto de conservación el que les enseña a ser huidizos, ligeros y falsos. Aquí y allá se encuentra una adoración apasionada y exagerada de las "formas puras" tanto en los filósofos como en los artistas: no cabe duda de que quien ha NECESITADO del culto a lo superficial hasta ese punto, ha hecho alguna vez una

inmersión desafortunada BAJO él. Tal vez haya incluso un orden de rango con respecto a esos niños quemados, los artistas natos que sólo encuentran el disfrute de la vida en el intento de FALSIFICAR su imagen (como si se vengasen de ella), se podría adivinar hasta qué punto la vida les ha disgustado, por la medida en que desean ver su imagen falsificada, atenuada, ultrificada y deificada, se podría considerar a los homines religiosi entre los artistas, como su rango más alto. Es el miedo profundo y sospechoso de un pesimismo incurable lo que obliga a siglos enteros a clavar sus dientes en una interpretación religiosa de la existencia: el miedo al instinto que adivina que la verdad podría alcanzarse DEMASIADO pronto, antes de que el hombre se haya hecho lo suficientemente fuerte, lo suficientemente duro, lo suficientemente artista.... La piedad, la "vida en Dios", vista así, aparecería como el producto más elaborado y último del MIEDO a la verdad, como adoración de artista y embriaguez de artista en presencia de la más lógica de todas las falsificaciones, como voluntad de inversión de la verdad, de falsedad a cualquier precio. Tal vez no haya hasta ahora un medio más eficaz de embellecer al hombre que la piedad, por medio de la cual el hombre puede llegar a ser tan artero, tan superficial, tan iridiscente y tan bueno, que su apariencia ya no ofende.

60. Amar a los hombres por amor a Dios, ha sido hasta ahora el sentimiento más noble y remoto al que ha llegado la humanidad. Que el amor a la humanidad, sin ninguna intención redentora en el fondo, no es más que una locura y un embrutecimiento ADICIONALES, que la inclinación a este amor tiene que obtener primero su proporción, su delicadeza, su gramo de sal y su espolvoreo de ámbar gris de una inclinación más elevada: quienquiera que haya percibido y "experimentado" esto por primera vez, por más que su lengua haya tartamudeado al intentar expresar un asunto tan delicado, que sea para siempre santo y respetado,

como el hombre que hasta ahora ha volado más alto y se ha extraviado de la mejor manera.

61. El filósofo, tal como lo entendemos los espíritus libres, como el hombre de mayor responsabilidad, que tiene la conciencia del desarrollo general de la humanidad, se servirá de la religión para su obra disciplinadora y educadora, lo mismo que de las condiciones políticas y económicas contemporáneas. La influencia seleccionadora y disciplinadora -destructiva, así como creadora y formadora- que puede ejercerse por medio de la religión es múltiple y variada, según la clase de personas que se encuentren bajo su hechizo y protección. Para aquellos que son fuertes e independientes, destinados y entrenados para el mando, en los que se incorpora el juicio y la habilidad de una raza gobernante, la religión es un medio adicional para vencer la resistencia en el ejercicio de la autoridad, como un vínculo que une a gobernantes y súbditos en común, traicionando y entregando a los primeros la conciencia de los segundos, su corazón más íntimo, que preferiría escapar a la obediencia. Y en el caso de las naturalezas únicas de origen noble, si en virtud de una espiritualidad superior se inclinan por una vida más retirada y contemplativa, reservándose sólo las formas más refinadas de gobierno (sobre discípulos elegidos o miembros de una orden), la religión misma puede ser utilizada como un medio para obtener la paz del ruido y la molestia de administrar los asuntos más groseros, y para asegurar la inmunidad de la sociedad INNOVABLE de toda agitación política. Los brahmanes, por ejemplo, comprendieron este hecho. Con la ayuda de una organización religiosa, se aseguraron el poder de nombrar reyes para el pueblo, mientras que sus sentimientos les impulsaban a mantenerse apartados y fuera, como hombres con una misión superior y suprarregional. Al mismo tiempo, la religión da un incentivo y una oportunidad a algunos de los súbditos para calificarse a sí mismos para gobernar y mandar en el futuro en los rangos y clases que ascienden lentamente, en los que, a través de

las afortunadas costumbres matrimoniales, el poder volitivo y el placer del autocontrol van en aumento. Para ellos la religión ofrece suficientes incentivos y tentaciones para aspirar a una intelectualidad más elevada, y para experimentar los sentimientos de autocontrol autoritario, de silencio y de soledad. El ascetismo y el puritanismo son medios casi indispensables para educar y ennoblecer a una raza que busca elevarse por encima de su bajeza hereditaria y trabajar por sí misma hacia la supremacía futura. Y finalmente, a los hombres ordinarios, a la mayoría del pueblo, que existen para el servicio y la utilidad general, y que sólo tienen derecho a existir, la religión les da una inestimable satisfacción con su suerte y condición, paz en el corazón, ennoblimiento de la obediencia, felicidad social adicional y simpatía, con algo de transfiguración y embellecimiento, algo de justificación de toda la plebeyez, toda la mezquindad, toda la pobreza semi-animal de sus almas. La religión, junto con el significado religioso de la vida, derrama sol sobre esos hombres perpetuamente acosados, y hace que incluso su propio aspecto sea soportable para ellos, opera sobre ellos como la filosofía epicúrea suele operar sobre los sufridores de un orden superior, de una manera refrescante y refinada, casi RENDIENDO EL SUFRIMIENTO, y al final incluso lo santifica y reivindica. Quizá no haya nada tan admirable en el cristianismo y el budismo como su arte de enseñar incluso a los más bajos a elevarse por medio de la piedad a un orden de cosas aparentemente más elevado, y de este modo conservar su satisfacción con el mundo real en el que les resulta bastante difícil vivir, siendo esta misma dificultad necesaria.

62. Por cierto -para hacer también el mal contra-reclamo contra tales religiones, y sacar a la luz sus secretos peligros- el costo es siempre excesivo y terrible cuando las religiones NO operan como medio educativo y disciplinario en manos del filósofo, sino que gobiernan voluntaria y PARAMENTE, cuando quieren ser el fin último, y no un medio junto con otros medios. Entre los hombres,

como entre todos los demás animales, hay un exceso de individuos defectuosos, enfermos, degenerados, enfermizos y necesariamente sufrientes; los casos exitosos, también entre los hombres, son siempre la excepción; y en vista de que el hombre es EL ANIMAL AÚN NO ADAPTADO A SU ENTORNO, la rara excepción. Pero peor aún. Cuanto más alto es el tipo que representa un hombre, mayor es la improbabilidad de que triunfe; lo accidental, la ley de la irracionalidad en la constitución general de la humanidad, se manifiesta más terriblemente en su efecto destructivo sobre los órdenes superiores de los hombres, cuyas condiciones de vida son delicadas, diversas y difíciles de determinar. ¿Cuál es, pues, la actitud de las dos grandes religiones antes mencionadas ante el EXCEDENTE de fracasos en la vida? Se esfuerzan por preservar y mantener vivo todo lo que puede ser preservado; de hecho, como religiones PARA LOS SUFRIENTES, toman la parte de éstos por principio; están siempre a favor de los que sufren de la vida como de una enfermedad, y preferirían tratar cualquier otra experiencia de la vida como falsa e imposible. Por mucho que estimemos este cuidado indulgente y conservador (en la medida en que al aplicarse a otros, se ha aplicado y se aplica también al tipo de hombre más elevado y, por lo general, más sufrido), las religiones hasta ahora PARAMOUNTAS -para dar una apreciación general de ellas- están entre las causas principales que han mantenido el tipo de "hombre" en un nivel inferior: han conservado demasiado LO QUE DEBERÍA HABER PERECIDO. Hay que agradecerles sus inestimables servicios; y ¡quién es suficientemente rico en gratitud para no sentirse pobre al contemplar todo lo que los "hombres espirituales" del cristianismo han hecho por Europa hasta ahora! Pero cuando han dado consuelo a los que sufren, valor a los oprimidos y desesperados, bastón y apoyo a los desamparados, y cuando han sacado de la sociedad a los conventos y penitenciarías espirituales a los quebrantados de corazón y a los distraídos: ¿qué otra cosa tenían que hacer para trabajar sistemáticamente de esa manera, y con buena conciencia, por la preservación de todos los enfermos y sufrientes, lo que significa, de hecho y en verdad, trabajar por el DETERIORO DE LA RAZA EUROPEA? Invertir todas las

estimaciones de valor: ¡eso es lo que tenían que hacer! Y para destrozar a los fuertes, para echar a perder las grandes esperanzas, para arrojar sospechas sobre el deleite en la belleza, para romper todo lo autónomo, varonil, conquistador e imperioso -todos los instintos que son naturales al tipo más alto y exitoso de "hombre"- en la incertidumbre, la angustia de la conciencia y la autodestrucción; por el contrario, invertir todo el amor a lo terrenal y a la supremacía sobre la tierra, en el odio a la tierra y a las cosas terrenales-Ésa es la tarea que la Iglesia se impuso, y se vio obligada a imponer, hasta que, según su norma de valor, la "no mundanidad", la "no sensualidad" y el "hombre superior" se fundieron en un solo sentimiento. Si uno pudiera observar la comedia extrañamente dolorosa, igualmente grosera y refinada, del cristianismo europeo con el ojo burlón e imparcial de un dios epicúreo, creería que nunca dejaría de maravillarse y de reírse; ¿no parece realmente que alguna voluntad única ha gobernado a Europa durante dieciocho siglos para hacer un ABORTO SUBLIME del hombre? Pero quien, con exigencias opuestas (ya no epicúreas) y con algún martillo divino en la mano, pudiera acercarse a esta degeneración y atrofia casi voluntaria de la humanidad, ejemplificada en el cristiano europeo (Pascal, por ejemplo), ¿no tendría que gritar en voz alta de rabia, de piedad y de horror? "¡Oh, chapuceros, presuntuosos lamentables chapuceros, qué habéis hecho! ¿Era un trabajo para vuestras manos? ¡Cómo habéis cortado y estropeado mi mejor piedra! Yo diría que el cristianismo ha sido hasta ahora la más portentosa de las presunciones. Hombres, no lo suficientemente grandes, ni lo suficientemente duros, para tener derecho como artistas a participar en la formación del HOMBRE; hombres, no lo suficientemente fuertes y previsores para PERMITIR, con sublime autocontención, que prevalezca la ley obvia de los mil fracasos y perecimientos; hombres, no lo suficientemente nobles para ver los grados radicalmente diferentes de rango e intervalos de rango que separan al hombre del hombre: -Estos hombres, con su "igualdad ante Dios", han regido hasta ahora el destino de Europa; hasta que por fin se ha producido una especie enana, casi ridícula,

un animal gregario, algo servicial, enfermizo, mediocre, el europeo de hoy.

CAPÍTULO IV. APOTEGMAS E INTERLUDIOS

63. El que es un maestro cabal toma las cosas en serio -y hasta a sí mismo- sólo en relación con sus alumnos.
64. "El conocimiento por sí mismo": esa es la última trampa tendida por la moral: así quedamos completamente enredados en la moral una vez más.
65. El encanto del conocimiento sería pequeño, si no hubiera que superar tanta vergüenza en el camino hacia él.
- 65A. Somos muy deshonrosos con nuestro Dios: no se le permite pecar.
66. La tendencia de una persona a dejarse degradar, robar, engañar y explotar podría ser la desconfianza de un Dios entre los hombres.
67. El amor a uno solo es una barbaridad, pues se ejerce a costa de todos los demás. ¡El amor a Dios también!

68. "Yo hice eso", dice mi memoria. "Yo no podría haber hecho eso", dice mi orgullo, y permanece inexorable. Al final, la memoria cede.

69. Uno ha mirado la vida con descuido, si no ha visto la mano que mata con indulgencia.

70. Si un hombre tiene carácter, tiene también su experiencia típica, que siempre se repite.

71. EL SABIO COMO ASTRONOMO.-Mientras sientas las estrellas como un "encima de ti", te falta el ojo del que discierne.

72. No es la fuerza, sino la duración de los grandes sentimientos lo que hace a los grandes hombres.

73. El que alcanza su ideal, precisamente así lo supera.

73A. Muchos pavos reales esconden su cola de todas las miradas y lo llaman su orgullo.

74. Un hombre de genio es insopportable, si no posee al menos dos cosas más: gratitud y pureza.

75. El grado y la naturaleza de la sensualidad de un hombre se extiende hasta las más altas altitudes de su espíritu.

76. En condiciones de paz el hombre militante se ataca a sí mismo.

77. Con sus principios un hombre busca o bien dominar, o bien justificar, o bien honrar, o bien reprochar, o bien ocultar sus hábitos: dos hombres con los mismos principios probablemente buscan con ellos fines fundamentalmente diferentes.

78. El que se desprecia a sí mismo, sin embargo se estima a sí mismo por ello, como un despreciador.

79. Un alma que se sabe amada, pero que no se ama a sí misma, traiciona su sedimento: su escoria sale a flote.

80. Una cosa explicada deja de preocuparnos: ¿qué quiso decir el Dios que dio el consejo: "¡Conócete a ti mismo!"? ¿Insinuó acaso

"¡Deja de preocuparte por ti mismo! hazte objetivo!"-¿Y Sócrates?-
¿Y el "hombre científico"?

81. Es terrible morir de sed en el mar. ¿Es necesario que sales tu verdad de tal manera que ya no sacie la sed?

82. "Simpatía para todos"-sería dureza y tiranía para TI, mi buen vecino.

83. INSTINTO-Cuando la casa está en llamas se olvida hasta la cena-Sí, pero se recupera de entre las cenizas.

84. La mujer aprende a odiar en la medida en que olvida cómo encantar.

85. Las mismas emociones están en el hombre y en la mujer, pero en diferente TEMPO, por eso el hombre y la mujer nunca dejan de entenderse.

86. En el fondo de toda su vanidad personal, la mujer misma tiene todavía su desprecio impersonal por la "mujer".

87. CORAZÓN FETERADO, ESPÍRITU LIBRE-Cuando uno encadena firmemente su corazón y lo mantiene prisionero, puede permitirse muchas libertades en su espíritu: Ya lo dije una vez Pero la gente no lo cree cuando lo digo, a no ser que ya lo sepa.

88. Uno empieza a desconfiar de las personas muy inteligentes cuando se avergüenzan.

89. Las experiencias espantosas plantean la cuestión de si quien las experimenta no es también algo espantoso.

90. Los hombres pesados y melancólicos se vuelven más ligeros, y salen temporalmente a la superficie, precisamente por aquello que hace pesados a los demás: el odio y el amor.

91. Tan frío, tan helado, que uno se quema el dedo al tocarlo. Y por eso mismo muchos lo consideran al rojo vivo.

92. ¿Quién no se ha sacrificado alguna vez por su buen nombre?

93. En la afabilidad no hay odio a los hombres, pero precisamente por eso hay demasiado desprecio a los hombres.

94. La madurez del hombre: es decir, haber readquirido la seriedad que se tenía de niño en el juego.

95. Avergonzarse de la propia inmoralidad es un peldaño de la escalera al final de la cual uno se avergüenza también de su moralidad.

96. Hay que separarse de la vida como Ulises se separó de Nausicaa, bendiciéndola y no enamorándose de ella.

97. ¿Qué? ¿Un gran hombre? Siempre veo simplemente el actor de su propio ideal.

98. Cuando uno entrena su conciencia, ésta le besa mientras le muerde.

99. EL DESAPROBADO HABLA: "Escuché el eco y sólo oí alabanzas".

100. Todos nos fingimos más simples de lo que somos, así nos relajamos lejos de nuestros semejantes.

101. Uno que discierne podría fácilmente considerarse a sí mismo en la actualidad como la animalización de Dios.

102. El descubrimiento del amor recíproco debe realmente desencantar al amante con respecto a la amada. "¿Qué? ¿Es lo suficientemente modesta como para amarte incluso a ti? ¿O lo suficientemente estúpida? O..."

103. EL PELIGRO EN LA FELICIDAD.-"Ahora todo me sale mejor, ahora amo todo destino:-¿quién querría ser mi destino?"

104. No su amor a la humanidad, sino la impotencia de su amor, impide a los cristianos de hoy quemarnos.

105. La pia fraus es todavía más repugnante al gusto (la "piedad") del espíritu libre (el "hombre piadoso del conocimiento") que la impia fraus. De ahí la profunda falta de juicio, en comparación con la Iglesia, característica del tipo "espíritu libre" -como SU no-libertad.

106. Por medio de la música se divierten las propias pasiones.

107. Señal de carácter fuerte, cuando una vez tomada la resolución, se cierra el oído incluso a los mejores contraargumentos. Ocasionalmente, por tanto, una voluntad de estupidez.

108. No existen los fenómenos morales, sino sólo una interpretación moral de los fenómenos.

109. El delincuente no suele estar a la altura de su hecho: lo atenúa y lo difama.

110. Los defensores de un criminal rara vez son lo suficientemente artistas como para convertir la hermosa terribilidad del hecho en beneficio del hacedor.

111. Nuestra vanidad es más difícil de herir justo cuando nuestro orgullo ha sido herido.

112. Para quien se siente preordenado a la contemplación y no a la creencia, todos los creyentes son demasiado ruidosos y molestos; se guarda de ellos.

113. "¿Quieres preposicionarle a tu favor? Entonces debes avergonzarte ante él".

114. La inmensa expectativa con respecto al amor sexual, y la timidez en esta expectativa, estropea de entrada todas las perspectivas de las mujeres.

115. Donde no hay amor ni odio en el juego, el juego de la mujer es mediocre.

116. Las grandes épocas de nuestra vida están en los puntos en que ganamos valor para rebautizar nuestra maldad como lo mejor de nosotros.

117. La voluntad de superar una emoción, es en última instancia sólo la voluntad de otra, o de varias otras, emociones.

118. Hay una inocencia de la admiración: la posee aquel a quien aún no se le ha ocurrido que él mismo pueda ser admirado algún día.

119. Nuestra aversión a la suciedad puede ser tan grande que nos impida limpiarnos, "justificarnos".

120. La sensualidad suele forzar demasiado el crecimiento del amor, de modo que su raíz queda débil, y se arranca fácilmente.

121. Es curioso que Dios aprendiera griego cuando quiso convertirse en autor, y que no lo aprendiera mejor.

122. Alegrarse por la alabanza es en muchos casos mera cortesía de corazón, y todo lo contrario de la vanidad de espíritu.

123. Hasta el concubinato ha sido corrompido por el matrimonio.

124. El que se regocija en la hoguera, no triunfa sobre el dolor, sino por el hecho de no sentir dolor donde lo esperaba. Una parábola.

125. Cuando tenemos que cambiar una opinión sobre alguien, cargamos fuertemente a su cuenta las molestias que con ello nos causa.

126. Una nación es un desvío de la naturaleza para llegar a seis o siete grandes hombres.

127. A los ojos de todas las mujeres verdaderas la ciencia es hostil al sentido de la vergüenza. Se sienten como si uno quisiera espiar bajo su piel con ella -¡o peor aún! bajo su vestido y sus galas.

128. Cuanto más abstracta es la verdad que se quiere enseñar, más hay que atraer a los sentidos hacia ella.

129. El diablo tiene las más amplias perspectivas para Dios; por eso se mantiene tan alejado de él: el diablo, en efecto, como el más antiguo amigo del conocimiento.

130. Lo que una persona ES comienza a traicionarse cuando su talento disminuye,-cuando deja de mostrar lo que PUEDE hacer. El talento es también un adorno; un adorno es también una ocultación.

131. Los sexos se engañan mutuamente: la razón es que en realidad sólo se honran y se aman a sí mismos (o a su propio ideal, para expresarlo más agradablemente). Así, el hombre desea que la mujer sea pacífica: pero en realidad la mujer es ESENCIALMENTE no pacífica, como el gato, por muy bien que haya asumido el comportamiento pacífico.

132. Uno es castigado mejor por sus virtudes.

133. El que no puede encontrar el camino hacia SU ideal, vive más frívolamente y sin vergüenza que el hombre sin ideal.

134. De los sentidos se origina toda la confianza, toda la buena conciencia, toda la evidencia de la verdad.

135. El fariseísmo no es un deterioro del hombre bueno; una parte considerable del mismo es más bien una condición esencial para ser bueno.

136. El uno busca un accoucheur para sus pensamientos, el otro busca a alguien a quien pueda ayudar: así se origina una buena conversación.

137. En el trato con los eruditos y con los artistas se cometan con facilidad errores de signo contrario: en un erudito notable se encuentra no pocas veces un hombre mediocre; y a menudo, incluso en un artista mediocre, se encuentra un hombre muy notable.

138. Hacemos lo mismo cuando estamos despiertos que cuando soñamos: sólo inventamos e imaginamos a aquel con quien tenemos relaciones, y lo olvidamos inmediatamente.

139. En la venganza y en el amor la mujer es más bárbara que el hombre.

140. CONSEJO COMO JUGADA.-"Si la banda no ha de romperse, muérdela primero: ¡segura de hacer!"

141. El vientre es la razón por la que el hombre no se toma tan fácilmente por un Dios.

142. La frase más castiza que jamás he oído: "En el verdadero amor es el alma la que envuelve el cuerpo".

143. Nuestra vanidad quisiera que lo que mejor hacemos pasara precisamente por lo que nos resulta más difícil.-Sobre el origen de muchos sistemas de moral.

144. Cuando una mujer tiene inclinaciones eruditas, generalmente hay algo malo en su naturaleza sexual. La esterilidad misma conduce a una cierta virilidad de gusto; el hombre, en efecto, si se me permite decirlo, es "el animal estéril."

145. Comparando al hombre y a la mujer en general, se puede decir que la mujer no tendría el genio para el adorno, si no tuviera el

instinto para el papel SECUNDARIO.

146. El que lucha con los monstruos debe tener cuidado para no convertirse en un monstruo. Y si miras mucho tiempo a un abismo, el abismo también te mirará a ti.

147. De las viejas novelas florentinas -más aún, de la vida-: Buona femmina e mala femmina vuol bastone.-Sacchetti, nov. 86.

148. Seducir al prójimo a una opinión favorable, y después creer implícitamente en esta opinión del prójimo: ¿quién puede hacer este truco de prestidigitación tan bien como las mujeres?

149. Lo que una época considera malo suele ser un eco inoportuno de lo que antes se consideraba bueno: el atavismo de un viejo ideal.

150. En torno al héroe todo se convierte en una tragedia; en torno al semidiós todo se convierte en una obra satírica; y en torno a Dios todo se convierte en... ¿qué? quizás en un "mundo"?

151. No basta con poseer un talento: también hay que tener su permiso para poseerlo;-¿eh, amigos míos?

152. "Donde está el árbol del conocimiento, está siempre el Paraíso": así lo dicen las serpientes más antiguas y más modernas.

153. Lo que se hace por amor siempre tiene lugar más allá del bien y del mal.

154. La objeción, la evasión, la alegre desconfianza y el amor a la ironía son signos de salud; todo lo absoluto pertenece a la patología.

155. El sentido de lo trágico aumenta y decae con la sensualidad.

156. La locura en los individuos es algo raro; pero en los grupos, partidos, naciones y épocas es la regla.

157. El pensamiento del suicidio es un gran consuelo: mediante él se supera con éxito muchas malas noches.

158. No sólo nuestra razón, sino también nuestra conciencia, se pliega a nuestro impulso más fuerte: el tirano que llevamos dentro.

159. Hay que pagar el bien y el mal; pero ¿por qué sólo a la persona que nos hizo el bien o el mal?

160. Uno ya no ama lo suficiente su conocimiento después de haberlo comunicado.

161. Los poetas actúan con desvergüenza ante sus experiencias: las explotan.

162. "Nuestro semejante no es nuestro prójimo, sino el prójimo de nuestro prójimo":-así piensan todas las naciones.

163. El amor saca a la luz las cualidades nobles y ocultas de un amante -sus rasgos raros y excepcionales-: por eso puede ser engañoso en cuanto a su carácter normal.

164. Jesús dijo a sus judíos: "La ley era para los siervos; ¡ama a Dios como yo lo amo, como su Hijo! Qué tenemos que ver los Hijos de Dios con la moral!".

165. A LA VISTA DE TODAS LAS PARTES.-Un pastor tiene siempre necesidad de un pastor de campanas, o tiene que ser él mismo pastor de vez en cuando.

166. Se puede, en efecto, mentir con la boca; pero con la mueca que la acompaña se dice, sin embargo, la verdad.

167. Para los hombres vigorosos la intimidad es un asunto de vergüenza, y algo precioso.

168. El cristianismo le dio de beber veneno a Eros; no murió por ello, ciertamente, sino que degeneró en vicio.

169. Hablar mucho de uno mismo puede ser también un medio de ocultarse.

170. En la alabanza hay más obcecación que en la culpa.

171. La lástima tiene un efecto casi ridículo en un hombre de conocimiento, como las manos tiernas en un cíclope.

172. Uno abraza de vez en cuando a uno u otro, por amor a la humanidad (porque no se puede abrazar a todos); pero esto es lo que nunca se debe confesar al individuo.

173. No se odia mientras se desprecia, sino sólo cuando se estima igual o superior.

174. Vosotros, los utilitaristas, también amáis el UTILE sólo como un VEHÍCULO para vuestras inclinaciones, también vosotros encontráis realmente insopportable el ruido de sus ruedas.

175. Uno ama en última instancia sus deseos, no la cosa deseada.

176. La vanidad de los demás sólo es contraria a nuestro gusto cuando es contraria a nuestra vanidad.

177. Respecto a lo que es la "veracidad", quizá nadie haya sido nunca suficientemente veraz.

178. Uno no cree en las locuras de los hombres inteligentes: ¡qué pérdida de los derechos del hombre!

179. Las consecuencias de nuestros actos nos agarran por la horquilla, muy indiferentes a que entretanto nos hayamos "reformado."

180. Hay una inocencia en la mentira que es el signo de la buena fe en una causa.

181. Es inhumano bendecir cuando uno está siendo maldecido.

182. La familiaridad de los superiores le amarga a uno, porque puede no ser devuelta.

183. "Estoy afectado, no porque me hayas engañado, sino porque ya no puedo creer en ti".

184. Hay una altanería de la bondad que tiene la apariencia de la maldad.

185. "Me desagrada."-¿Por qué?

CAPÍTULO V. LA HISTORIA NATURAL DE LA MORAL

186. El sentimiento moral en la Europa actual es quizás tan sutil, tardío, diverso, sensible y refinado, como la "Ciencia de la moral" que le pertenece es reciente, inicial, torpe y de dedos gruesos: un contraste interesante, que a veces se encarna y se hace evidente en la persona misma de un moralista. En efecto, la expresión "Ciencia de la Moral" es, con respecto a lo que se designa con ella, demasiado presuntuosa y contraria al BUEN gusto, que es siempre un antícpo de expresiones más modestas. Hay que reconocer con la mayor justicia LO QUE todavía es necesario aquí durante mucho tiempo, LO QUE es sólo propio del presente: a saber, la recopilación de material, el estudio exhaustivo y la clasificación de un inmenso dominio de delicados sentimientos de valor, y de distinciones de valor, que viven, crecen, se propagan y perecen, y tal vez los intentos de dar una idea clara de las formas recurrentes y más comunes de estas cristalizaciones vivas, como preparación para una TEORÍA DE TIPOS de moralidad. Sin duda, la gente no ha sido hasta ahora tan modesta. Todos los filósofos, con una seriedad pedante y ridícula, se exigían a sí mismos algo mucho más elevado, más pretencioso y ceremonioso, cuando se ocupaban de la moral como ciencia: querían DAR UNA BASE a la moral, y todos los filósofos han creído hasta ahora que la han dado; la moral misma, sin embargo, ha sido considerada como algo "dado". ¡Qué lejos de su torpe orgullo estaba el aparentemente insignificante problema - dejado en el polvo y la decadencia- de una descripción de las formas de la moral, a pesar de que las manos y los sentidos más finos difícilmente podrían ser lo suficientemente finos para ello! Precisamente porque los filósofos morales conocían los hechos morales de manera imperfecta, en un epítome arbitrario, o en un

resumen accidental -tal vez como la moralidad de su entorno, su posición, su iglesia, su Zeitgeist, su clima y su zona-, precisamente porque estaban mal instruidos con respecto a las naciones, las épocas y las edades pasadas, y no estaban de ninguna manera ansiosos por saber acerca de estos asuntos, ni siquiera llegaron a ver los verdaderos problemas de la moral -problemas que sólo se revelan por una comparación de MUCHAS clases de moralidad. En todas las "Ciencias de la Moral" hasta ahora, por extraño que parezca, se ha OMITIDO el problema de la moral en sí: ¡no se ha sospechado que hubiera algo problemático en ello! Lo que los filósofos llamaron "dar una base a la moral", y se esforzaron por realizar, cuando se ve bajo una luz correcta, ha demostrado ser simplemente una forma aprendida de buena FE en la moral prevaleciente, un nuevo medio de su EXPRESIÓN, en consecuencia, sólo una cuestión de hecho dentro de la esfera de una moral definida, sí, en su motivo último, una especie de negación de que es lícito que esta moral sea puesta en duda, y en cualquier caso el reverso de la prueba, el análisis, la duda y la vivisección de esta misma fe. Escuchad, por ejemplo, con qué inocencia -casi digna de honor- representa Schopenhauer su propia tarea, y sacad vuestras conclusiones acerca de la científicidad de una "Ciencia" cuyo último maestro sigue hablando en el tono de los niños y las viejas: "El principio", dice (página 136 del *Grundprobleme der Ethik*), [Nota: Páginas 54-55 de Schopenhauer's *Basis of Morality*, traducido por Arthur B. Bullock, M.A. (1903)]. "el axioma acerca del cual todos los moralistas están PRÁCTICAMENTE de acuerdo: neminem laede, immo omnes quantum potes juva- es REALMENTE la proposición que todos los maestros de moral se esfuerzan por establecer, ... la base REAL de la ética que se ha buscado, como la piedra filosofal, durante siglos. "-La dificultad de establecer la proposición referida puede ser ciertamente grande -es bien sabido que Schopenhauer tampoco tuvo éxito en sus esfuerzos; y quien se haya dado cuenta a fondo de lo absurdamente falsa y sentimental que es esta proposición, en un mundo cuya esencia es la Voluntad de Poder, puede recordar que Schopenhauer, aunque era pesimista, tocaba REALMENTE la

flauta... diariamente después de cenar: se puede leer sobre el asunto en su biografía. Una pregunta, por cierto: un pesimista, un repudiador de Dios y del mundo, que hace un alto en la moral-que asiente a la moral, y toca la flauta a laede-neminem moral, ¿qué? ¿Es realmente un pesimista?

187. Aparte del valor de afirmaciones como "hay un imperativo categórico en nosotros", siempre se puede preguntar: ¿Qué indica tal afirmación sobre quien la hace? Hay sistemas de moral que pretenden justificar a su autor a los ojos de otras personas; otros sistemas de moral pretenden tranquilizarle y hacerle sentirse satisfecho de sí mismo; con otros sistemas quiere crucificarse y humillarse, con otros desea vengarse, con otros ocultarse, con otros glorificarse y darse superioridad y distinción, -este sistema de moral ayuda a su autor a olvidar, ese sistema lo hace, o algo de él, olvidado, muchos moralistas querrían ejercer el poder y la arbitrariedad creadora sobre la humanidad, muchos otros, quizás, Kant especialmente, nos da a entender por su moral que "lo que es estimable en mí, es que sé obedecer, ¡y con vosotros no será de otra manera que conmigo! " En resumen, los sistemas de moral no son más que un SIGNO-LENGUAJE DE LAS EMOCIONES.

188. En contraste con el laissez-aller, todo sistema de moral es una especie de tiranía contra la "naturaleza" y también contra la "razón", eso no es, sin embargo, ninguna objeción, a no ser que se decrete de nuevo por algún sistema de moral, que toda clase de tiranía y sinrazón es ilícita Lo que es esencial e inestimable en todo sistema de moral, es que es una larga coacción. Para entender el estoicismo, o el Port Royal, o el puritanismo, uno debe recordar la restricción bajo la cual cada lenguaje ha alcanzado la fuerza y la libertad: la restricción métrica, la tiranía de la rima y el ritmo. Cuántos problemas se han dado a sí mismos los poetas y oradores

de todas las naciones -sin exceptuar a algunos de los escritores en prosa de hoy, en cuyo oído habita una conciencia inexorable- "en aras de una locura", como dicen los chapuceros utilitaristas, y así se consideran sabios, "de la sumisión a leyes arbitrarias", como dicen los anarquistas, y así se creen "libres", incluso de espíritu libre. Sin embargo, el hecho singular es que todo lo que existe o ha existido de la naturaleza de la libertad, de la elegancia, de la audacia, de la danza y de la certeza magistral, ya sea en el pensamiento mismo, o en la administración, o en el hablar y en la persuasión, en el arte como en la conducta, sólo se ha desarrollado por medio de la tiranía de tal ley arbitraria, y con toda seriedad, no es en absoluto improbable que precisamente esto sea la "naturaleza" y lo "natural" -¡y no el *laisser-aller!* Todo artista sabe cuán diferente del estado de dejarse llevar es su condición "más natural", la de ordenar, ubicar, disponer y construir libremente en los momentos de "inspiración", y cuán estricta y delicadamente obedece entonces a mil leyes que, por su misma rigidez y precisión, desafían toda formulación por medio de ideas (hasta la idea más estable tiene, en comparación con ella, algo de flotante, de múltiple y de ambigua). Lo esencial "en el cielo y en la tierra" es, aparentemente (para repetirlo una vez más), que haya una larga OBEDIENCIA en la misma dirección, de ahí resulta, y siempre ha resultado a la larga, algo que ha hecho que la vida valga la pena de ser vivida; por ejemplo, la virtud, el arte, la música, la danza, la razón, la espiritualidad; cualquier cosa que sea transfigurante, refinada, insensata o divina. La larga esclavitud del espíritu, la desconfiada coacción en la comunicabilidad de las ideas, la disciplina que el pensador se imponía a sí mismo para pensar de acuerdo con las reglas de una iglesia o de un tribunal, o conforme a las premisas aristotélicas, la persistente voluntad espiritual de interpretar todo lo sucedido según un esquema cristiano, y en cada suceso redescubrir y justificar al Dios cristiano: -toda esta violencia, arbitrariedad, severidad, espanto y sinrazón, ha demostrado ser el medio disciplinario por el cual el espíritu europeo ha alcanzado su fuerza, su curiosidad sin remordimientos y su sutil movilidad; concedido también que mucha fuerza y espíritu irrecuperables

tuvieron que ser sofocados, asfixiados y estropeados en el proceso (porque aquí, como en todas partes, la "naturaleza" se muestra tal como es, en toda su extravagante e INDIFERENTE magnificencia, que es chocante, pero sin embargo noble). Que durante siglos los pensadores europeos sólo pensaron para demostrar algo -hoy, por el contrario, sospechamos de todo pensador que "desea demostrar algo"-, que siempre estaba resuelto de antemano lo que DEBÍA SER el resultado de su pensamiento más estricto, como lo era tal vez en la astrología asiática de antaño, o como lo es todavía en la actualidad en la explicación inocente y cristiano-moral de los acontecimientos personales inmediatos "para la gloria de Dios", o "para el bien del alma": -esta tiranía, esta arbitrariedad, esta severa y magnífica estupidez, ha EDUCADO el espíritu; la esclavitud, tanto en el sentido más burdo como en el más fino, es aparentemente un medio indispensable incluso para la educación y la disciplina espiritual. Se puede mirar todo sistema de moral bajo esta luz: es la "naturaleza" en ella la que enseña a odiar el laissez-aller, la libertad demasiado grande, e implanta la necesidad de los horizontes limitados, de los deberes inmediatos; enseña el ACORTAMIENTO DE LAS PERSPECTIVAS, y así, en cierto sentido, que la estupidez es una condición de vida y de desarrollo. "Tienes que obedecer a alguien, y durante mucho tiempo; de lo contrario, te vendrás abajo, y perderás todo el respeto por ti mismo": esto me parece el imperativo moral de la naturaleza, que ciertamente no es "categórico", como quería el viejo Kant (en consecuencia, el "de lo contrario"), ni se dirige al individuo (¡qué le importa a la naturaleza el individuo!), sino a las naciones, a las razas, a las edades y a los rangos; sobre todo, sin embargo, al "hombre" animal en general, a la HUMANIDAD.

189. Las razas industriosas encuentran una gran dificultad en estar ociosas: fue un golpe maestro del instinto INGLÉS santificar y mimar el domingo hasta tal punto que el inglés inconscientemente anhela su semana y su día de trabajo de nuevo: como una especie

de AYUNO inteligentemente ideado, inteligentemente intercalado, tal como se encuentra también frecuentemente en el mundo antiguo (aunque, como es apropiado en las naciones del sur, no precisamente con respecto al trabajo). Muchas clases de ayuno son necesarias; y dondequiera que prevalezcan influencias y hábitos poderosos, los legisladores tienen que ver que se designen días intercalados, en los cuales tales impulsos sean encadenados, y aprender a tener hambre de nuevo. Visto desde un punto de vista más elevado, generaciones y épocas enteras, cuando se muestran infectadas por cualquier fanatismo moral, parecen esos períodos intercalados de restricción y ayuno, durante los cuales un impulso aprende a humillarse y someterse, y al mismo tiempo también a PURIFICARSE y AFILARSE; ciertas sectas filosóficas también admiten una interpretación similar (por ejemplo, la Estoa, en medio de la cultura helénica, con la atmósfera rancia y sobrecargada de olores afrodisíacos). -Aquí hay también un indicio para la explicación de la paradoja, por qué fue precisamente en el período más cristiano de la historia europea, y en general sólo bajo la presión de los sentimientos cristianos, que el impulso sexual se sublimó en amor (amour-passion).

190. Hay algo en la moral de Platón que no pertenece realmente a Platón, sino que sólo aparece en su filosofía, podría decirse que a pesar de él: a saber, el socratismo, para el que él mismo era demasiado noble. "Nadie desea perjudicarse a sí mismo, de ahí que todo el mal se haga sin querer. El hombre malvado se infinge daño a sí mismo; no lo haría, sin embargo, si supiera que el mal es malo. El hombre malo, por lo tanto, sólo es malo por error; si se le libera del error se le hará necesariamente bueno" -Este modo de razonar sabe a populacho, que sólo percibe las consecuencias desagradables de hacer el mal, y prácticamente juzga que "es TONTO hacer el mal"; mientras que acepta el "bien" como idéntico a "útil y agradable", sin más reflexión. Platón hizo todo lo que pudo para interpretar algo refinado y noble en los principios de su

maestro, y sobre todo para interpretarse a sí mismo en ellos; él, el más atrevido de todos los intérpretes, que sacó a todo Sócrates de la calle, como tema y canción popular, para exhibirlo en infinitas e imposibles modificaciones, es decir, en todos sus propios disfraces y multiplicidades. En broma, y también en lenguaje homérico, qué es el Sócrates platónico, si no-[Palabras griegas insertadas aquí].

191. El viejo problema teológico de la "Fe" y el "Conocimiento", o más claramente, del instinto y la razón -la cuestión de si, respecto a la valoración de las cosas, el instinto merece más autoridad que la racionalidad, que quiere apreciar y actuar según los motivos, según un "Por qué", es decir, conforme a la finalidad y la utilidad- es siempre el viejo problema moral que apareció por primera vez en la persona de Sócrates, y que había dividido las mentes de los hombres mucho antes del cristianismo. El propio Sócrates, siguiendo, por supuesto, el gusto de su talento -el de un dialéctico superlativo-, se puso primero del lado de la razón; y, de hecho, ¿qué hizo toda su vida sino reírse de la torpe incapacidad de los nobles atenienses, que eran hombres de instinto, como todos los hombres nobles, y nunca pudieron dar respuestas satisfactorias sobre los motivos de sus acciones? Al final, sin embargo, aunque silenciosa y secretamente, se rió también de sí mismo: con su conciencia más fina y su introspección, encontró en sí mismo la misma dificultad e incapacidad. "Pero, ¿por qué" -se dijo- "hay que separarse por ello de los instintos? Hay que enderezarlos, y la razón TAMBIÉN: hay que seguir los instintos, pero al mismo tiempo persuadir a la razón para que los apoye con buenos argumentos." Esta fue la verdadera FALSEDAD de ese gran y misterioso ironista; llevó su conciencia hasta el punto de conformarse con una especie de auto-desafío: de hecho, percibió la irracionalidad en el juicio moral. -Platón, más inocente en estas cuestiones, y sin la astucia del plebeyo, quiso demostrarse a sí mismo, con el gasto de todas sus fuerzas -la mayor fuerza que un filósofo haya gastado jamás- que la razón y el instinto conducen espontáneamente a una misma

meta, al bien, a "Dios"; y desde Platón, todos los teólogos y filósofos han seguido el mismo camino, lo que significa que en materia de moral, el instinto (o como lo llaman los cristianos, "la Fe", o como lo llamo yo, "el rebaño") ha triunfado hasta ahora. A no ser que haya que hacer una excepción en el caso de Descartes, el padre del racionalismo (y en consecuencia el abuelo de la Revolución), que sólo reconocía la autoridad de la razón: pero la razón no es más que una herramienta, y Descartes era superficial.

192. Quien ha seguido la historia de una sola ciencia, encuentra en su desarrollo una pista para la comprensión de los procesos más antiguos y comunes de todo "conocimiento y saber": allí, como aquí, se desarrollan primero las hipótesis prematuras, las ficciones, la buena voluntad estúpida de "creer", y la falta de desconfianza y de paciencia: nuestros sentidos aprenden tarde, y nunca aprenden del todo, a ser órganos sutiles, fiables y cautelosos del conocimiento. A nuestros ojos les resulta más fácil, en una ocasión determinada, producir una imagen ya producida con frecuencia, que aprovechar la divergencia y la novedad de una impresión: esta última requiere más fuerza, más "moral". Es difícil y doloroso para el oído escuchar algo nuevo; escuchamos mal la música extraña. Cuando oímos hablar en otro idioma, involuntariamente intentamos convertir los sonidos en palabras con las que estamos más familiarizados y familiarizadas; así, por ejemplo, los alemanes modificaron la palabra hablada ARCUBALISTA en ARMBRUST (arco en cruz). Nuestros sentidos son también hostiles y reacios a lo nuevo; y generalmente, incluso en los procesos "más simples" de la sensación, las emociones DOMINAN, como el miedo, el amor, el odio y la emoción pasiva de la indolencia. -Por poco que un lector lea hoy en día todas las palabras sueltas (por no hablar de las sílabas) de una página -más bien toma unas cinco de cada veinte palabras al azar, y "adivina" el sentido probablemente apropiado para ellas-, así como por poco que veamos un árbol de forma correcta y completa en lo que respecta a sus hojas, ramas, color y

forma; nos resulta mucho más fácil imaginar el azar de un árbol. Incluso en medio de las experiencias más notables, seguimos haciendo lo mismo; fabricamos la mayor parte de la experiencia, y difícilmente podemos contemplar algún acontecimiento, EXCEPTO como "inventores" del mismo. Todo esto demuestra que, desde nuestra naturaleza fundamental y desde épocas remotas, estamos acostumbrados a mentir. En una conversación animada, a menudo veo el rostro de la persona con la que estoy hablando tan clara y nítidamente definido ante mí, de acuerdo con el pensamiento que expresa, o que creo que se evoca en su mente, que el grado de distinción excede con mucho la FUERZA de mi facultad visual: la delicadeza del juego de los músculos y de la expresión de los ojos DEBE, por tanto, ser imaginada por mí. Probablemente la persona puso una expresión muy diferente, o ninguna.

193. Quidquid luce fuit, tenebris agit: pero también al contrario. Lo que experimentamos en los sueños, siempre que lo experimentemos a menudo, pertenece al fin tanto a las pertenencias generales de nuestra alma como cualquier cosa "realmente" experimentada; en virtud de ello somos más ricos o más pobres, tenemos una exigencia más o menos, y finalmente, a plena luz del día, e incluso en los momentos más brillantes de nuestra vida de vigilia, nos regimos en cierta medida por la naturaleza de nuestros sueños. Suponiendo que alguien haya volado a menudo en sus sueños, y que por fin, en cuanto sueña, tenga conciencia del poder y del arte de volar como su privilegio y su felicidad peculiarmente envidiable; tal persona, que cree que al menor impulso puede actualizar toda clase de curvas y ángulos, que conoce la sensación de una cierta levedad divina, un "hacia arriba" sin esfuerzo ni coacción, un "hacia abajo" sin descender ni bajar -;sin PROBLEMAS! -¿Cómo podría el hombre con tales experiencias y hábitos oníricos no encontrar la "felicidad" coloreada y definida de forma diferente, incluso en sus horas de vigilia? ¿Cómo podría dejar de anhelar DIFERENTEMENTE la felicidad? El

"vuelo", tal como lo describen los poetas, debe ser, en comparación con su propio "vuelo", demasiado terrenal, muscular, violento, demasiado "problemático" para él.

194. La diferencia entre los hombres no se manifiesta solamente en la diferencia de sus listas de cosas deseables, en su consideración de diferentes cosas buenas como dignas de ser buscadas, y en el desacuerdo sobre el mayor o menor valor, el orden de rango, de las cosas deseables comúnmente reconocidas: se manifiesta mucho más en lo que consideran como tener y poseer realmente una cosa deseable. En lo que respecta a una mujer, por ejemplo, el control sobre su cuerpo y su gratificación sexual sirve como signo ampliamente suficiente de propiedad y posesión para el hombre más modesto; otro, con una sed de posesión más sospechosa y ambiciosa, ve lo "cuestionable", lo meramente aparente de tal propiedad, y desea tener pruebas más finas para saber especialmente si la mujer no sólo se entrega a él, sino que también renuncia por él a lo que tiene o le gustaría tener: sólo entonces la considera "poseída". Un tercero, sin embargo, ni siquiera ha llegado aquí al límite de su desconfianza y de su deseo de posesión: se pregunta si la mujer, cuando renuncia a todo por él, no lo hace tal vez por un fantasma de él; desea primero ser conocido a fondo, más aún, profundamente; para ser amado del todo se aventura a dejarse descubrir. Sólo entonces siente a la amada plenamente en su poder, cuando ella ya no se engaña sobre él, cuando lo ama tanto por su diablura y su insaciabilidad oculta, como por su bondad, su paciencia y su espiritualidad. Un hombre quiere poseer una nación, y encuentra todas las artes superiores de Cagliostro y Catalina adecuadas para su propósito. Otro, con una sed de posesión más refinada, se dice a sí mismo: "No se puede engañar donde se desea poseer"; se irrita e impaciente ante la idea de que una máscara suya gobierne en el corazón del pueblo: "Por lo tanto, debo DARME A CONOCER, y ante todo aprender a conocerme a mí mismo". Entre las personas serviciales y caritativas, casi siempre se

encuentra la torpe astucia que primero levanta convenientemente al que tiene que ser ayudado, como si, por ejemplo, debiera "merecer" la ayuda, buscar sólo SU ayuda, y mostrarse profundamente agradecido, apegado y servil a ellos por toda ayuda. Con estos engreimientos, toman el control del necesitado como una propiedad, así como en general son caritativos y serviciales por el deseo de tener una propiedad. Uno los encuentra celosos cuando se les cruza o se les adelanta en su caridad. Los padres hacen involuntariamente de sus hijos algo parecido a ellos mismos, lo que llaman "educación"; ninguna madre duda en el fondo de su corazón que el hijo que ha dado a luz es, por tanto, de su propiedad, ningún padre duda de su derecho a sus propias ideas y nociones de valor. De hecho, en tiempos pasados los padres consideraban correcto hacer uso de su discreción con respecto a la vida o la muerte del recién nacido (como entre los antiguos germanos). Y como el padre, también el maestro, la clase, el sacerdote y el príncipe siguen viendo en cada nuevo individuo una oportunidad inobjetable para una nueva posesión. La consecuencia es...

195. Los judíos -un pueblo "nacido para la esclavitud", como dicen de ellos Tácito y todo el mundo antiguo; "el pueblo elegido entre las naciones", como dicen y creen ellos mismos- realizaron el milagro de la inversión de las valoraciones, mediante el cual la vida en la tierra obtuvo un nuevo y peligroso encanto durante un par de milenios. Sus profetas fusionaron en una sola las expresiones "rico", "impío", "malvado", "violento", "sensual", y por primera vez acuñaron la palabra "mundo" como término de reproche. En esta inversión de valoraciones (en la que también se incluye el uso de la palabra "pobre" como sinónimo de "santo" y "amigo") se encuentra el significado del pueblo judío; es con ELLOS con los que comienza la INSURRECCIÓN ESCLAVA EN LA MORAL.

196. Hay que INFERIR que hay innumerables cuerpos oscuros cerca del sol, que nunca veremos. Entre nosotros, esto es una alegoría; y el psicólogo de la moral lee toda la escritura de las estrellas meramente como un lenguaje alegórico y simbólico en el cual mucho puede ser inexpresado.

197. La bestia de presa y el hombre de presa (por ejemplo, César Borgia) son fundamentalmente malentendidos, la "naturaleza" es malentendida, mientras se busque una "morbosidad" en la constitución de estos monstruos y crecimientos tropicales más sanos, o incluso un "infierno" innato en ellos -como han hecho hasta ahora casi todos los moralistas. ¿No parece que entre los moralistas existe un odio a la selva virgen y a los trópicos? ¿Y que el "hombre tropical" debe ser desacreditado a toda costa, ya sea como enfermedad y deterioro de la humanidad, o como su propio infierno y auto-tortura? ¿Y por qué? ¿A favor de las "zonas templadas"? ¿A favor de los hombres templados? ¿Los "morales"? ¿Los mediocres? -Esto para el capítulo "La moral como timidez".

198. Todos los sistemas de moral que se dirigen con vistas a su "felicidad", como se dice, ¿qué otra cosa son sino sugerencias de conducta adaptadas al grado de PELIGRO de sí mismos en que viven los individuos; recetas para sus pasiones, sus propensiones buenas y malas, en la medida en que los tales tienen la Voluntad de Poder y quisieran hacer de maestro; pequeñas y grandes conveniencias y elaboraciones, impregnadas del olor mohoso de las viejas medicinas familiares y de la sabiduría de las viejas esposas; todas ellas grotescas y absurdas en su forma, porque se dirigen a "todos", porque generalizan donde la generalización no está autorizada; todas ellas hablando incondicionalmente, y tomándose a sí mismas incondicionalmente; todas ellas aderezadas no sólo con un grano de sal, sino más bien sólo soportables, y a veces

incluso seductoras, cuando están demasiado condimentadas y empiezan a oler peligrosamente, especialmente al "otro mundo". " Todo eso tiene poco valor cuando se estima intelectualmente, y está lejos de ser "ciencia", y mucho menos "sabiduría"; pero, repetido una vez más, y tres veces repetido, es conveniencia, conveniencia, conveniencia, mezclada con estupidez, estupidez, estupidez; ya sea la indiferencia y la frialdad estatuaria hacia la acalorada locura de las emociones, que los estoicos aconsejaban y fomentaban; o el no reír ni llorar de Spinoza, la destrucción de las emociones por su análisis y vivisección, que recomendaba tan ingenuamente; o la reducción de las emociones a un medio inocente con el que pueden satisfacerse, el aristotelismo de la moral; o incluso la moral como el disfrute de las emociones en una atenuación y espiritualización voluntaria por el simbolismo del arte, tal vez como la música, o como el amor a Dios, y a la humanidad por amor a Dios, ya que en la religión las pasiones son una vez más liberadas, siempre que. ...; o, finalmente, incluso la entrega complaciente y gratuita a las emociones, como han enseñado Hafis y Goethe, el audaz soltar las riendas, la licentia morum espiritual y corporal en los casos excepcionales de los viejos sabios y los borrachos, con los que "ya no tiene mucho peligro": "La moral como timidez".

199. Puesto que en todas las épocas, desde que existe la humanidad, ha habido también rebaños humanos (alianzas familiares, comunidades, tribus, pueblos, estados, iglesias), y siempre un gran número que obedece en proporción al pequeño número que manda -en vista, pues, del hecho de que la obediencia ha sido la más practicada y fomentada entre la humanidad hasta ahora, se puede suponer razonablemente que, en general, la necesidad de la misma es ahora innata en cada uno, como una especie de CONCIENCIA FORMAL que da la orden "Harás incondicionalmente algo, te abstendrás incondicionalmente de algo", en resumen, "Deberás". Esta necesidad trata de satisfacerse

a sí misma y de llenar su forma con un contenido, según su fuerza, impaciencia y afán, se apodera de inmediato como un apetito omnívoro con poca selección, y acepta todo lo que le gritan al oído toda clase de comandantes: padres, maestros, leyes, prejuicios de clase u opinión pública. La extraordinaria limitación del desarrollo humano, la vacilación, la prolongación, el frecuente retroceso y el giro, son atribuibles al hecho de que el instinto de obediencia de la manada se transmite mejor, y a costa del arte de mandar. Si uno se imagina que este instinto aumenta hasta su máxima extensión, los comandantes y los individuos independientes acabarán por faltar del todo, o sufrirán interiormente de mala conciencia, y tendrán que imponerse un engaño en primer lugar para poder mandar como si también sólo obedecieran. Esta condición de las cosas existe realmente en Europa en la actualidad; la llamo la hipocresía moral de la clase dirigente. No conocen otra forma de protegerse de su mala conciencia que representando el papel de ejecutores de órdenes más antiguas y superiores (de los predecesores, de la constitución, de la justicia, de la ley o de Dios mismo), o incluso se justifican con máximas de las opiniones corrientes del rebaño, como "primeros servidores de su pueblo", o "instrumentos del bien público". Por otra parte, el hombre europeo gregario asume hoy en día un aire como si fuera el único tipo de hombre permisible, glorifica sus cualidades, como el espíritu público, la amabilidad, la deferencia, la industria, la templanza, la modestia, la indulgencia, la simpatía, en virtud de las cuales es gentil, soportable y útil para el rebaño, como las virtudes peculiarmente humanas. Sin embargo, en los casos en que se cree que no se puede prescindir del líder y del campanero, hoy en día se hace un intento tras otro de reemplazar a los comandantes por la suma de hombres gregarios inteligentes; todas las constituciones representativas, por ejemplo, son de este origen. A pesar de todo, qué bendición, qué liberación de un peso que se hacía insoportable, es la aparición de un gobernante absoluto para estos europeos gregarios: el efecto de la aparición de Napoleón fue la última gran prueba de que la historia de la influencia de Napoleón es casi la historia de la felicidad superior a la

que todo el siglo ha llegado en sus individuos y períodos más dignos.

200. El hombre de una época de disolución que mezcla las razas entre sí, que tiene en su cuerpo la herencia de una descendencia diversificada -es decir, instintos y normas de valor contrarios, y a menudo no sólo contrarios, que luchan entre sí y rara vez están en paz-, tal hombre de cultura tardía y de luces rotas, será, en promedio, un hombre débil. Su deseo fundamental es que la guerra que hay en él llegue a su fin; la felicidad se le presenta con el carácter de una medicina y un modo de pensamiento tranquilizadores (por ejemplo, epicúreos o cristianos); es, sobre todo, la felicidad del reposo, de la no perturbación, de la plenitud, de la unidad final; es el "sábado de los sábados", para usar la expresión del santo retórico San Agustín, que era él mismo un hombre así. -Si, no obstante, la contrariedad y el conflicto en tales naturalezas operan como un incentivo y estímulo ADICIONAL a la vida, y si, por otra parte, además de sus poderosos e irreconciliables instintos, han heredado y adoctrinado en ellos un dominio y una sutileza adecuados para llevar a cabo el conflicto consigo mismos (es decir, la facultad de autocontrol y autoengaño), surgen entonces esos seres maravillosamente incomprensibles e inexplicables, esos hombres enigmáticos, predestinados a conquistar y burlar a los demás, cuyos mejores ejemplos son Alcibiades y César (con los que me gustaría asociar al PRIMER de los europeos según mi gusto, los Hohenstaufen, Federico II), y entre los artistas, quizá Leonardo da Vinci. Aparecen precisamente en las mismas épocas en que ese tipo más débil, con su anhelo de reposo, pasa al frente; los dos tipos son complementarios entre sí, y surgen de las mismas causas.

201. Mientras la utilidad que determina las estimaciones morales sea sólo la utilidad gregaria, mientras sólo se tenga en cuenta la conservación de la comunidad, y se busque lo inmoral precisa y exclusivamente en lo que parece peligroso para el mantenimiento de la comunidad, no puede haber una "moral del amor al prójimo." Incluso se admite que ya hay un pequeño ejercicio constante de consideración, simpatía, equidad, gentileza y ayuda mutua, se admite que incluso en esta condición de la sociedad ya están activos todos esos instintos que últimamente se distinguen con nombres honorables como "virtudes", y que eventualmente casi coinciden con el concepto "moral": en ese período todavía no pertenecen al dominio de las valoraciones morales; todavía son ULTRAMORALES. Una acción simpática, por ejemplo, no se llama ni buena ni mala, ni moral ni inmoral, en la mejor época de los romanos; y si se la elogia, una especie de desdén resentido es compatible con este elogio, incluso en el mejor de los casos, directamente la acción simpática se compara con una que contribuye al bienestar del conjunto, al RES PUBLICA. Al fin y al cabo, el "amor al prójimo" es siempre un asunto secundario, en parte convencional y arbitrariamente manifestado en relación con nuestro TEMOR AL PRÓJIMO. Después de que el tejido de la sociedad parece en general establecido y asegurado contra los peligros externos, es este miedo al prójimo el que vuelve a crear nuevas perspectivas de valoración moral. Ciertos instintos fuertes y peligrosos, como el amor a la empresa, la temeridad, la venganza, la astucia, la rapacidad y el amor al poder, que hasta entonces no sólo debían ser honrados desde el punto de vista de la utilidad general -con otros nombres, por supuesto, sino que debían ser fomentados y cultivados (porque eran requeridos perpetuamente en el peligro común contra los enemigos comunes), se sienten ahora en su peligrosidad doblemente fuertes -cuando faltan las salidas para ellos- y son gradualmente tachados de inmorales y entregados a la calumnia. Los instintos e inclinaciones contrarios alcanzan ahora el honor moral, el instinto gregario saca poco a poco sus conclusiones. Cuánta o poca peligrosidad para la comunidad o para la igualdad se encierra en una opinión, una condición, una emoción,

una disposición o una dotación, ésa es ahora la perspectiva moral, aquí también el miedo es la madre de la moral. Es por los instintos más elevados y fuertes, cuando irrumpen apasionadamente y llevan al individuo muy por encima de la media y del bajo nivel de la conciencia gregaria, que se destruye la autoconfianza de la comunidad, se rompe su creencia en sí misma, su columna vertebral, por así decirlo, en consecuencia estos mismos instintos serán los más tachados y difamados. La elevada espiritualidad independiente, la voluntad de permanecer solo, e incluso la razón convincente, se sienten como peligros, todo lo que eleva al individuo por encima del rebaño, y es una fuente de temor para el vecino, se llama en adelante MALO, la disposición tolerante, sin pretensiones, que se adapta a sí misma, que se iguala a sí misma, la MEDIOCRIDAD de los deseos, alcanza la distinción moral y el honor. Por último, en circunstancias muy pacíficas, siempre hay menos oportunidad y necesidad de entrenar los sentimientos a la severidad y al rigor, y ahora toda forma de severidad, incluso en la justicia, empieza a perturbar la conciencia, una nobleza y una autorresponsabilidad elevadas y rigurosas casi ofenden, y despiertan la desconfianza, "el cordero", y aún más "la oveja", gana el respeto. Hay un punto de enfermiza suavidad y afeminamiento en la historia de la sociedad, en el que la propia sociedad toma el papel de quien la perjudica, el papel del CRIMINAL, y lo hace, de hecho, con seriedad y honestidad. Castigar, le parece de alguna manera injusto; es cierto que la idea de "castigo" y "la obligación de castigar" son entonces dolorosas y alarmantes para la gente. "¿No es suficiente con que el delincuente quede libre de culpa? ¿Por qué debemos seguir castigando? El castigo en sí mismo es terrible": con estas preguntas la moral gregaria, la moral del miedo, llega a su última conclusión. Si se pudiera eliminar el peligro, la causa del miedo, se habría eliminado al mismo tiempo esta moral, ya no sería necesaria, ya no se consideraría necesaria. -Quien examine la conciencia del europeo actual, siempre sacará de sus mil pliegues morales y recovecos ocultos el mismo imperativo, el imperativo de la timidez del rebaño: "¡deseamos que algún día no haya NADA

MÁS QUE TEMER!" Algún día, la voluntad y el camino hacia ello se llama hoy en día "progreso" en toda Europa.

202. De inmediato, repitamos lo que ya hemos dicho cien veces, pues los oídos de la gente hoy en día no están dispuestos a escuchar tales verdades: nuestras verdades. Sabemos muy bien lo ofensivo que suena el hecho de que alguien cuente al hombre entre los animales de forma clara y sin metáforas, pero nos parecerá casi un CRIMEN que sea precisamente con respecto a los hombres de "ideas modernas" que hayamos aplicado constantemente los términos "rebaño", "instintos de rebaño" y expresiones semejantes. ¿De qué sirve? No podemos hacer otra cosa, pues es precisamente aquí donde está nuestra nueva visión. Hemos comprobado que en todos los principales juicios morales, Europa ha llegado a ser unánime, incluso en los países donde prevalece la influencia europea, la gente evidentemente SABE lo que Sócrates creía no saber, y lo que la famosa serpiente de antaño prometió enseñar: hoy "saben" lo que es bueno y lo que es malo. Debe entonces sonar duro y ser desagradable al oído, cuando insistimos siempre en que lo que aquí cree saber, lo que aquí se glorifica a sí mismo con alabanzas y culpas, y se llama a sí mismo bueno, es el instinto del animal humano que pastorea, el instinto que ha venido y viene cada vez más al frente, a la preponderancia y supremacía sobre otros instintos, de acuerdo con la creciente aproximación y semejanza fisiológica de la que es el síntoma. LA MORALIDAD EN EUROPA EN LA ACTUALIDAD ES LA MORAL ANIMAL HEREDERA, y por lo tanto, tal como entendemos el asunto, sólo un tipo de moral humana, al lado de la cual, antes de la cual, y después de la cual muchas otras moralidades, y sobre todo moralidades SUPERIORES, son o deberían ser posibles. Contra tal "posibilidad", contra tal "debería ser", sin embargo, esta moral se defiende con toda su fuerza, dice obstinada e inexorablemente "¡Yo soy la moral misma y nada más es la moral!" En efecto, con la ayuda de una religión que ha complacido y halagado los deseos más sublimes del

animal de rebaño, las cosas han llegado a tal punto que siempre encontramos una expresión más visible de esta moral incluso en las disposiciones políticas y sociales: el movimiento DEMOCRÁTICO es la herencia del movimiento cristiano. Que su TEMPO, sin embargo, es demasiado lento y somnoliento para los más impacientes, para los que están enfermos y distraídos por el instinto de rebaño, lo indican los aullidos cada vez más furiosos, y el siempre menos disimulado chasquido de dientes de los perros anarquistas, que vagan ahora por las carreteras de la cultura europea.

Aparentemente en oposición a los demócratas pacíficamente laboriosos y a los ideólogos de la Revolución, y más aún a los torpes filósofos y a los visionarios de la fraternidad que se llaman socialistas y quieren una "sociedad libre", aquellos son realmente uno con todos ellos en su completa e instintiva hostilidad a toda forma de sociedad que no sea la del rebaño AUTÓNOMO (hasta el punto de repudiar las nociones de "amo" y "siervo" -ni dieu ni maître, dice una fórmula socialista); en su tenaz oposición a toda pretensión especial, a todo derecho y privilegio especial (lo que significa, en última instancia, la oposición a TODO derecho, pues cuando todos son iguales, nadie necesita ya "derechos"); en su desconfianza hacia la justicia punitiva (como si fuera una violación de los débiles, injusta con las consecuencias NECESARIAS de toda sociedad anterior); pero igualmente uno en su religión de la simpatía, en su compasión por todo lo que siente, vive y sufre (hasta los mismos animales, hasta "Dios" -la extravagancia de la "simpatía por Dios" pertenece a una época democrática); totalmente uno en el grito y la impaciencia de su simpatía, en su odio mortal al sufrimiento en general, en su incapacidad casi femenina para presenciarlo o PERMITIRLO; en su involuntario endulzamiento y ablandamiento del corazón, bajo cuyo hechizo Europa parece estar amenazada por un nuevo budismo; en su creencia en la moralidad de la simpatía MUTUA, como si fuera la moralidad en sí misma, el clímax, el clímax ALCANZADO de la humanidad, la única esperanza del futuro, el consuelo del presente, la gran descarga de todas las obligaciones del pasado; totalmente

en su creencia en la comunidad como la ENTREGADORA, en el rebaño, y por lo tanto en "ellos mismos". "

203. Nosotros, que tenemos una creencia diferente, nosotros, que consideramos el movimiento democrático, no sólo como una forma de organización política que degenera, sino como equivalente a un tipo de hombre que degenera, que decae, que implica su mediocridad y depreciación: ¿dónde tenemos que fijar nuestras esperanzas? En NUEVOS FILÓSOFOS, no hay otra alternativa: en mentes lo suficientemente fuertes y originales como para iniciar estimaciones de valor opuestas, para transvalorar e invertir las "valoraciones eternas"; en precursores, en hombres del futuro, que en el presente fijarán las restricciones y atarán los nudos que obligarán a los milenios a tomar NUEVOS caminos. Enseñar al hombre el futuro de la humanidad como su VOLUNTAD, como dependiente de la voluntad humana, y hacer la preparación de vastas empresas arriesgadas e intentos colectivos en la crianza y la educación, con el fin de acabar con el espantoso dominio de la locura y el azar que hasta ahora ha recibido el nombre de "historia" (la locura del "mayor número" no es más que su última forma); para ello se necesitará en algún momento un nuevo tipo de filósofo y comandante, ante cuya idea todo lo que ha existido en materia de seres ocultos, terribles y benévolos podría parecer pálido y empequeñecido. La imagen de tales líderes se cierne ante NUESTROS ojos:-¿me es lícito decirlo en voz alta, vosotros, espíritus libres? Las condiciones que en parte habría que crear y en parte utilizar para su génesis; los presuntos métodos y pruebas en virtud de los cuales un alma debería crecer hasta tal elevación y poder como para sentir una CONSTRATACIÓN a estas tareas; una transvaloración de valores, bajo la nueva presión y el martillo de los cuales una conciencia debería ser acerada y un corazón transformado en bronce, para poder soportar el peso de tal responsabilidad; y por otro lado la necesidad de tales líderes, el terrible peligro de que puedan faltar, o abortar y degenerar: -Estas

son nuestras verdaderas angustias y pesadumbres, ¡lo sabéis bien, espíritus libres! estos son los pesados pensamientos lejanos y las tormentas que barren el cielo de NUESTRA vida. Hay pocos dolores tan penosos como haber visto, adivinado o experimentado cómo un hombre excepcional ha perdido su camino y se ha deteriorado; pero quien tiene el raro ojo para el peligro universal de que el propio "hombre" se DETERIORE, quien como nosotros ha reconocido la extraordinaria fortuidad que hasta ahora ha jugado su juego con respecto al futuro de la humanidad -¡un juego en el que ni la mano, ni siquiera un "dedo de Dios" ha participado! -El que adivina el destino que se esconde bajo la estúpida insensatez y la ciega confianza de las "ideas modernas", y más aún bajo toda la moral cristoeuropea, sufre una angustia que no tiene parangón. Ve a simple vista todo lo que todavía podría hacerse del hombre mediante una acumulación y un aumento favorables de las facultades y disposiciones humanas; sabe con todo el conocimiento de su convicción cuán agotado está todavía el hombre para las más grandes posibilidades, y cuán a menudo en el pasado el hombre tipo ha estado en presencia de decisiones misteriosas y de nuevos caminos:-sabe aún mejor por sus recuerdos más dolorosos en qué miserables obstáculos los desarrollos prometedores del más alto rango se han desmoronado hasta ahora, se han roto, se han hundido y se han vuelto despreciables. La DEGENERACIÓN UNIVERSAL DE LA HUMANIDAD hasta el nivel del "hombre del futuro" -tal como lo idealizan los tontos socialistas y los patanes superficiales-, esta degeneración y empequeñecimiento del hombre hasta convertirlo en un animal absolutamente gregario (o como ellos lo llaman, en un hombre de la "sociedad libre"), este embrutecimiento del hombre hasta convertirlo en un cerdito con igualdad de derechos y reivindicaciones, ¡es indudablemente POSIBLE! Aquel que ha pensado en esta posibilidad hasta su última conclusión, conoce OTRA repugnancia desconocida para el resto de la humanidad, y quizás también una nueva MISIÓN.

CAPÍTULO VI. LOS ESCOLARES

204. A riesgo de que el moralismo se revele también aquí como lo que ha sido siempre -a saber, decididamente MONTRER SES PLAIES, según Balzac-, me atrevo a protestar contra una alteración de rango impropia e injuriosa, que de forma bastante inadvertida, y como con la mejor conciencia, amenaza hoy en día con establecerse en las relaciones de la ciencia y la filosofía. Quiero decir que uno debe tener el derecho, a partir de su propia EXPERIENCIA -la experiencia, según me parece, implica siempre una desafortunada experiencia....- de tratar una cuestión de rango tan importante, para no hablar del color como los ciegos, o CONTRA la ciencia como las mujeres y los artistas ("¡Ah! esta espantosa ciencia", suspiran su instinto y su vergüenza, "¡siempre descubre las cosas!"). La declaración de independencia del hombre científico, su emancipación de la filosofía, es una de las secuelas más sutiles de la organización y desorganización democrática: la autoglorificación y el engreimiento del hombre culto están ahora en todas partes en plena floración, y en su mejor primavera -lo que no quiere decir que en este caso el autoelogio huela dulce. También aquí el instinto del pueblo grita: "¡Libertad de todos los amos!", y después de que la ciencia ha resistido, con los más felices resultados, a la teología, de la que había sido "sierva" durante demasiado tiempo, se propone ahora, en su desenfreno e indiscreción, establecer leyes para la filosofía, y hacer a su vez de "amo" -¡qué digo! de filósofo por cuenta propia. Mi memoria -¡la memoria de un hombre científico, por favor!- llora con las ingenuidades de la insolencia que he escuchado sobre la filosofía y los filósofos de parte de jóvenes naturalistas y viejos médicos (sin mencionar a los más cultos y más engreídos de todos los hombres cultos, los filólogos y maestros de escuela, que son tanto lo uno como lo otro por profesión). En una ocasión fue el especialista y el

Jack Horner quien instintivamente se puso a la defensiva contra todas las tareas y capacidades sintéticas; en otra ocasión fue el trabajador laborioso que había percibido un aroma de OTIUM y de refinada suntuosidad en la economía interna del filósofo, y se sintió agraviado y menospreciado por ello. En otra ocasión fue el daltonismo del utilitarista, que no ve en la filosofía más que una serie de sistemas REFUTADOS, y un gasto extravagante que "no hace bien a nadie". En otro momento se hizo notorio el temor al misticismo disfrazado y al ajuste de los límites del conocimiento, en otro momento el desprecio de los filósofos individuales, que se había extendido involuntariamente al desprecio de la filosofía en general. En fin, tras el orgulloso desprecio de la filosofía en los jóvenes eruditos, encontré con mucha frecuencia la mala secuela de algún filósofo en particular, al que en general se había renunciado a obedecer, sin que, sin embargo, se hubiera eliminado el hechizo de sus estimaciones despectivas de otros filósofos, siendo el resultado una mala voluntad general hacia toda la filosofía. (Tal me parece, por ejemplo, la secuela de Schopenhauer en la Alemania más moderna: con su rabia poco inteligente contra Hegel, ha conseguido separar a toda la última generación de alemanes de su conexión con la cultura alemana, cultura que, en conjunto, ha sido una elevación y un refinamiento adivinatorio del SENTIDO HISTÓRICO, pero precisamente en este punto el propio Schopenhauer era pobre, irreceptible y poco alemán hasta la ingenuidad). En conjunto, hablando en general, puede que haya sido la humanidad, demasiado humana, de los propios filósofos modernos, en resumen, su desprecio, lo que ha herido más radicalmente la reverencia por la filosofía y ha abierto las puertas al instinto del populacho. No hay más que reconocer hasta qué punto nuestro mundo moderno se aparta de todo el estilo del mundo de Heráclito, Platón, Empédocles y cualesquiera otros que fueran los reales y magníficos anacoretas del espíritu, y con qué justicia un hombre de ciencia honesto puede sentirse de mejor familia y origen, a la vista de tales representantes de la filosofía, que, debido a la moda actual, están tan arriba como abajo, en Alemania, por ejemplo, los dos leones de Berlín, el anarquista Eugen Duhring y el

amalgamista Eduard von Hartmann. Es especialmente la visión de esos filósofos de pacotilla, que se llaman a sí mismos "realistas" o "positivistas", lo que está calculado para implantar una peligrosa desconfianza en el alma de un joven y ambicioso erudito; esos filósofos, en el mejor de los casos, no son ellos mismos más que eruditos y especialistas, eso es muy evidente. Todos ellos son personas que han sido derrotadas y que han vuelto a estar bajo el dominio de la ciencia, que en un momento u otro reclamaron más de sí mismos, sin tener derecho al "más" y a su responsabilidad, y que ahora, de forma creíble, rencorosa y reivindicativa, representan de palabra y de hecho, la DESESTIMACIÓN en la tarea maestra y la supremacía de la filosofía Después de todo, ¿cómo podría ser de otra manera? La ciencia florece hoy en día y tiene la buena conciencia bien visible en su semblante, mientras que aquello en lo que se ha hundido gradualmente toda la filosofía moderna, el remanente de la filosofía de la actualidad, excita la desconfianza y el desagrado, cuando no el desprecio y la lástima La filosofía reducida a una "teoría del conocimiento" una filosofía que ni siquiera supera el umbral y que se niega rigurosamente a sí misma el derecho a entrar, es la filosofía en sus últimos estertores, un fin, una agonía, algo que despierta lástima. Cómo podría una filosofía así -¡Regular!

205. Los peligros que acechan a la evolución del filósofo son, de hecho, tan múltiples hoy en día, que uno podría dudar de si este fruto podría todavía llegar a la madurez. La extensión y la estructura imponente de las ciencias han aumentado enormemente, y con ello también la probabilidad de que el filósofo se canse incluso como aprendiz, o se apegue a algún lugar y se "especialice" de modo que ya no alcance su elevación, es decir, su superespeciección, su circunspección y su DESPECCIÓN. O se eleva demasiado tarde, cuando ya ha pasado lo mejor de su madurez y de su fuerza, o cuando se ha deteriorado, se ha vuelto tosco y se ha deteriorado, de modo que su visión, su estimación general de las cosas, ya no

tiene mucha importancia. Tal vez sea sólo el refinamiento de su conciencia intelectual lo que le hace dudar y demorarse en el camino, teme la tentación de convertirse en un diletante, un millepedo, un milleantenna, sabe demasiado bien que, como discernidor, quien ha perdido su autoestima ya no manda, ya no lidera, a menos que aspire a convertirse en un gran actor de teatro, en un Cagliostro filosófico y en un ratero espiritual, en resumen, en un líder equivocado. Esto es, en última instancia, una cuestión de gusto, si es que no ha sido realmente una cuestión de conciencia. Para duplicar una vez más las dificultades del filósofo, está también el hecho de que exige de sí mismo un veredicto, un Sí o un No, no en lo que respecta a la ciencia, sino a la vida y al valor de la vida; aprende sin querer a creer que es su derecho e incluso su deber obtener este veredicto, y tiene que buscar su camino hacia el derecho y la creencia sólo a través de las más extensas experiencias (tal vez perturbadoras y destructoras), a menudo vacilando, dudando y aturdido. De hecho, el filósofo ha sido durante mucho tiempo confundido y confundido por la multitud, ya sea con el hombre científico y el erudito ideal, ya sea con el hombre religiosamente elevado, desensualizado, desecularizado, visionario e intoxicado por Dios; e incluso cuando se oye alabar a alguien, porque vive "sabiamente", o "como un filósofo", apenas significa algo más que "prudentemente y aparte". Sabiduría: eso le parece al populacho una especie de huida, un medio y un artificio para retirarse con éxito de un mal juego; pero el filósofo GENUINO -¿no nos lo parece a NOSOTROS, amigos míos?- vive "sin filosofía" y "sin prudencia", sobre todo, IMPRUDENTE, y siente la obligación y la carga de cien intentos y tentaciones de la vida; se arriesga constantemente, juega a ESTE mal juego.

206. En relación con el genio, es decir, con un ser que ENGENDRA o PRODUCE -ambas palabras entendidas en su sentido más completo-, el hombre culto, el hombre medio científico, tiene siempre algo de la solterona; porque, como ella, no está

familiarizado con las dos funciones principales del hombre. A ambos, por supuesto, al erudito y a la solterona, se les concede respetabilidad, como si fuera una indemnización; en estos casos se enfatiza la respetabilidad, y sin embargo, en la compulsión de esta concesión, se tiene la misma mezcla de vejación. Examinemos más de cerca: ¿qué es el hombre científico? En primer lugar, un tipo de hombre vulgar, con virtudes vulgares: es decir, un tipo de hombre no gobernante, no autoritario y no autosuficiente; posee la industria, la paciente adaptabilidad a las filas, la ecuanimidad y la moderación en la capacidad y la exigencia; tiene el instinto para las personas como él, y para lo que ellas requieren -por ejemplo: la porción de independencia y de pradera verde sin la cual no hay descanso del trabajo, la reivindicación del honor y de la consideración (que presupone ante todo el reconocimiento y la reconocibilidad), el sol de un buen nombre, la ratificación perpetua de su valor y de su utilidad, con lo cual la DISTRUSIÓN interior que se encuentra en el fondo del corazón de todos los hombres dependientes y de los animales gregarios, tiene que ser superada una y otra vez. El hombre culto, como es apropiado, tiene también males y defectos de tipo innoble: está lleno de envidia mezquina, y tiene un ojo de lince para los puntos débiles de aquellas naturalezas a cuyas elevaciones no puede llegar. Es confiado, pero sólo como quien se deja llevar, pero no FLUYE; y precisamente ante el hombre de la gran corriente se mantiene tanto más frío y reservado; su ojo es entonces como un lago liso e irresponsable, que ya no se conmueve por el arrebato o la simpatía. Lo peor y más peligroso de lo que es capaz un erudito resulta del instinto de mediocridad de su tipo, del jesuitismo de la mediocridad, que trabaja instintivamente por la destrucción del hombre excepcional, y se esfuerza por romper -o mejor aún, por relajar- toda inclinación Para relajar, por supuesto, con consideración, y naturalmente con una mano indulgente -para RELAJAR con una simpatía confiada- ese es el verdadero arte del jesuitismo, que siempre ha entendido cómo presentarse como la religión de la simpatía.

207. Por más que se acoja con gratitud el espíritu OBJETIVO -¡y quién no se ha hartado de toda subjetividad y de su confusa IPSISIMOSIDAD! -al final, sin embargo, hay que aprender a ser cauteloso incluso con respecto a la propia gratitud, y poner freno a la exageración con la que últimamente se celebra el desinterés y la despersonalización del espíritu, como si fuera la meta en sí misma, como si fuera la salvación y la glorificación -como suele ocurrir especialmente en la escuela pesimista, que también tiene a su vez buenas razones para rendir los más altos honores al "conocimiento desinteresado" El hombre objetivo, que ya no maldice y regaña como el pesimista, el hombre IDEAL del saber en el que el instinto científico florece plenamente después de mil fracasos totales y parciales, es ciertamente uno de los instrumentos más costosos que existen, pero su lugar está en la mano de uno que es más poderoso No es más que un instrumento, podemos decir, es un ESPEJO, no es un "propósito en sí mismo" El hombre objetivo es en verdad un espejo acostumbrado a la postración ante todo lo que quiere ser conocido, con los deseos que implica conocer o "reflejar"; espera hasta que llega algo, y entonces se expande sensiblemente, para que incluso los ligeros pasos y el deslizamiento de los seres espirituales no se pierdan en su superficie y película Cualquier "personalidad" que aún posea le parece accidental, arbitraria, o aún más a menudo, perturbadora, tanto ha llegado a considerarse a sí mismo como el paso y el reflejo de las formas y los acontecimientos exteriores Llama al recuerdo de "sí mismo" con un esfuerzo, y no pocas veces de forma errónea, se confunde fácilmente con otras personas, se equivoca en cuanto a sus propias necesidades, y aquí sólo es poco refinado y negligente Tal vez se preocupe por la salud, o por la mezquindad y el ambiente confinado de la esposa y el amigo, o por la falta de compañeros y de sociedad; de hecho, se pone a reflexionar sobre su sufrimiento, pero en vano. Sus pensamientos ya se desvían hacia el caso MÁS GENERAL, y mañana sabe tan poco como ayer cómo ayudarse a sí mismo No se toma en serio a sí mismo ni se dedica tiempo a sí mismo está sereno, NO por falta de problemas, sino por falta de

capacidad para captar y tratar sus problemas La complacencia habitual con respecto a todos los objetos y experiencias, la hospitalidad radiante e imparcial con la que recibe todo lo que le llega, su hábito de buenismo desconsiderado, de peligrosa indiferencia en cuanto a Sí y No: ¡ay! hay suficientes casos en los que tiene que expiar estas virtudes suyas, y como hombre en general, se convierte demasiado fácilmente en el CAPUT MORTUUM de tales virtudes. Si uno desea amor u odio de él - quiero decir amor y odio como Dios, la mujer y el animal los entienden- hará lo que pueda y proporcionará lo que pueda. Pero no hay que sorprenderse si no es mucho, si se muestra justo en este punto falso, frágil, dudoso y deteriorado. Su amor es forzado, su odio es artificial, y más bien UN TOUR DE FORCE, una ligera ostentación y exageración. Sólo es auténtico en la medida en que puede ser objetivo; sólo en su serena totalidad sigue siendo "naturaleza" y "natural". Su alma espejante y eternamente autopulida ya no sabe afirmar, ya no sabe negar; no manda; tampoco destruye. "JE NE MEPRISE PRESQUE RIEN" -dice, con Leibniz: ¡no pasemos por alto ni subestimemos el PRESQUE! Tampoco es un hombre modélico; no va por delante de nadie, ni tampoco por detrás; se sitúa generalmente demasiado lejos para tener alguna razón para abrazar la causa del bien o del mal. Si se le ha confundido durante tanto tiempo con el FILÓSOFO, con el entrenador y dictador cesariano de la civilización, ha tenido demasiado honor, y se ha pasado por alto lo que es más esencial en él: es un instrumento, algo así como un esclavo, aunque ciertamente la clase más sublime de esclavo, pero nada en sí mismo -¡PRESQUE RIEN! El hombre objetivo es un instrumento, un instrumento de medida y un aparato de espejo costoso, que se daña fácilmente, que hay que cuidar y respetar; pero no es ninguna meta, ni saliente ni ascendente, ningún hombre complementario en el que el RESTO de la existencia se justifique, ninguna terminación, y menos aún un comienzo, un engendro o una causa primaria, nada resistente, poderoso, centrado en sí mismo, que quiera ser amo; sino más bien una forma de alfarero blanda, inflada, delicada, móvil, que debe esperar algún tipo de contenido y marco para "darse

"forma" a sí misma: en su mayor parte, un hombre sin marco ni contenido, un hombre "desinteresado". En consecuencia, también, nada para las mujeres, IN PARENTHESI.

208. Cuando un filósofo da a conocer hoy en día que no es un escéptico -espero que esto se haya deducido de la anterior descripción del espíritu objetivo-, todos lo escuchan con impaciencia; lo miran por ello con cierta aprensión, quisieran hacerle tantas y tantas preguntas... en efecto, entre los oyentes tímidos, que ahora son muchos, se dice que es peligroso. Con su repudio del escepticismo, les parece como si oyieran a lo lejos algún sonido maligno, como si en alguna parte se probara un nuevo tipo de explosivo, una dinamita del espíritu, tal vez una NIHILINA rusa recién descubierta, un pesimismo BONAE VOLUNTATIS, que no sólo niega, significa negación, sino -¡espantoso pensamiento! PRACTICA la negación. Contra este tipo de "buena voluntad" -una voluntad de negación real y verdadera de la vida- no hay, como se reconoce generalmente hoy en día, mejor soporífero y sedante que el escepticismo, la amapola suave, agradable y adormecedora del escepticismo; y el propio Hamlet es recetado ahora por los médicos de la época como antídoto contra el "espíritu" y sus ruidos subterráneos. "¿No están ya nuestros oídos llenos de malos sonidos?" dicen los escépticos, como amantes del reposo, y casi como una especie de policía de la seguridad; "¡este Nay subterráneo es terrible! Estad tranquilos, topos pesimistas!". El escéptico, en efecto, esa delicada criatura, se asusta con demasiada facilidad; su conciencia está educada para sobresaltarse ante cada Nay, e incluso ante ese agudo y decidido Yea, y siente con ello algo parecido a una mordedura. El sí y el no le parecen opuestos a la moral; le gusta, por el contrario, hacer un festival de su virtud con un noble distanciamiento, mientras quizás dice con Montaigne: "¿Qué sé yo?" O con Sócrates: "Sé que no sé nada". O: "Aquí no me confío, ninguna puerta está abierta para mí". O: "Aunque la puerta estuviera abierta, ¿por qué debería entrar

inmediatamente?" O: "¿De qué sirven las hipótesis apresuradas? Podría ser de buen gusto no hacer ninguna hipótesis. ¿Está usted absolutamente obligado a enderezar de inmediato lo que está torcido? a llenar todos los agujeros con algún tipo de goma de mascar? ¿No hay tiempo suficiente para eso? ¿No tiene el tiempo libre? Oh, demonios, ¿no podéis esperar? Lo incierto también tiene sus encantos, la Esfinge también es una Circe, y Circe también era una filósofa" -Así se consuela un escéptico; y en verdad necesita algún consuelo. Porque el escepticismo es la expresión más espiritual de un cierto temperamento fisiológico polifacético, que en el lenguaje ordinario se llama debilidad nerviosa y enfermedad; surge siempre que razas o clases que han estado separadas durante mucho tiempo, se mezclan decisiva y repentinamente unas con otras. En la nueva generación, que ha heredado por así decirlo diferentes normas y valoraciones en su sangre, todo es inquietud, desvarío, duda y tentativa; las mejores facultades operan restrictivamente, las mismas virtudes se impiden mutuamente crecer y fortalecerse, el equilibrio, el lastre y la estabilidad perpendicular faltan en el cuerpo y en el alma. Sin embargo, lo que está más enfermo y degenerado en tales anodinos es la VOLUNTAD; Ya no están familiarizados con la independencia de decisión, ni con el valiente sentimiento del placer de querer; dudan de la "libertad de la voluntad" incluso en sus sueños Nuestra Europa actual, escenario de un intento insensato y precipitado de mezcla radical de clases, y CONSIGUIENTEMENTE de razas, es por tanto escéptica en todas sus alturas y profundidades, exhibiendo a veces el escepticismo móvil que brota impaciente y gratuitamente de rama en rama, a veces con aspecto sombrío, como una nube sobrecargada de signos interrogativos, y a menudo enferma hasta la muerte de su voluntad. Parálisis de la voluntad, ¡dónde no encontramos hoy en día a este tullido! Y, sin embargo, ¡qué engalanado está a menudo! ¡Qué seductoramente ornamentado! Hay los más finos vestidos de gala y disfraces para esta enfermedad, y que, por ejemplo, la mayor parte de lo que se coloca hoy en día en las vitrinas como "objetividad", "espíritu científico", "L'ART POUR L'ART" y "conocimiento voluntario puro", "La

enfermedad de la voluntad se difunde de manera desigual en Europa, es peor y más variada donde la civilización ha prevalecido por más tiempo, y disminuye a medida que el "bárbaro" todavía -o de nuevo- hace valer sus pretensiones bajo el ropaje de la cultura occidental, y Francia, que siempre ha tenido una aptitud magistral para convertir incluso las crisis portentosas de su espíritu en algo encantador y seductor, manifiesta ahora enfáticamente su ascendencia intelectual sobre Europa, siendo la escuela y la exhibición de todos los encantos del escepticismo El poder de querer y de persistir, además, en una resolución, es ya algo más fuerte en Alemania, y de nuevo en el Norte de Alemania es más fuerte que en Alemania Central, es considerablemente más fuerte en Inglaterra, España y Córcega, asociada a la flema en la primera y a la dureza de los cráneos en la segunda, por no hablar de Italia, que es demasiado joven aún para saber lo que quiere, y que debe demostrar primero si puede ejercer la voluntad, pero es más fuerte y más sorprendente de todo en ese inmenso imperio del medio, en el que Europa, por así decirlo, fluye hacia Asia, es decir en Rusia Allí el poder de la voluntad se ha almacenado y acumulado durante mucho tiempo, allí la voluntad -incierta en cuanto a ser negativa o afirmativa- espera amenazadoramente ser descargada (para tomar prestada su frase favorita de nuestros físicos) Quizás no sólo serían necesarias las guerras indias y las complicaciones en Asia para liberar a Europa de su mayor peligro, sino también la subversión interna, la fragmentación del imperio en pequeños estados, y sobre todo la introducción de la imbecilidad parlamentaria, junto con la obligación de que cada uno lea su periódico en el desayuno No digo esto como alguien que lo desea, en mi corazón preferiría más bien lo contrario; me refiero a un aumento tal de la actitud amenazante de Rusia, que Europa tendría que decidirse a convertirse en igualmente amenazante, es decir, a adquirir una voluntad, por medio de una nueva casta que gobierne el continente, una voluntad propia, persistente y temible, que pueda fijar sus objetivos a miles de años vista; para que la larga comedia de su pequeño estatismo, y su voluntad dinástica y democrática, llegue por fin a su fin. El tiempo de la pequeña política ha pasado; el

próximo siglo traerá la lucha por el dominio del mundo, la OBLIGACIÓN a la gran política.

209. En cuanto a la medida en que la nueva era bélica en la que evidentemente hemos entrado los europeos puede quizá favorecer el crecimiento de otro tipo de escepticismo más fuerte, quisiera expresarme preliminarmente sólo con una parábola, que los amantes de la historia alemana ya comprenderán. Aquel entusiasta sin escrúpulos de los granaderos grandes y guapos (que, como rey de Prusia, hizo nacer un genio militar y escéptico -y con ello, en realidad, el nuevo y ahora triunfante tipo de alemán-), el problemático y loco padre de Federico el Grande, tenía en un punto la misma habilidad y el afortunado entendimiento del genio: sabía lo que entonces faltaba en Alemania, cuya carencia era cien veces más alarmante y grave que cualquier falta de cultura y forma social; su mala voluntad hacia el joven Federico era el resultado de la ansiedad de un profundo instinto. FALTABAN HOMBRES; y sospechaba, a su más amargo pesar, que su propio hijo no era suficientemente hombre. Sin embargo, se engañó a sí mismo; pero ¿quién no se habría engañado en su lugar? Vio a su hijo caer en el ateísmo, en el ESPRIT, en la agradable frivolidad de los franceses inteligentes; vio en el fondo al gran chupasangre, al escepticismo de la araña; sospechó la incurable desdicha de un corazón que ya no es lo suficientemente duro ni para el mal ni para el bien, y de una voluntad rota que ya no manda, que ya no es capaz de mandar. Mientras tanto, sin embargo, creció en su hijo ese nuevo tipo de escepticismo más duro y peligroso -quién sabe hasta qué punto fue alentado sólo por el odio de su padre y la gélida melancolía de una voluntad condenada a la soledad-, el escepticismo de la virilidad audaz, que está estrechamente relacionado con el genio de la guerra y la conquista, y que hizo su primera entrada en Alemania en la persona del gran Federico. Este escepticismo desprecia y sin embargo agarra; socava y toma posesión; no cree, pero no por ello se pierde; da al espíritu una peligrosa libertad, pero mantiene una

estricta vigilancia sobre el corazón. Es la forma ALEMANA del escepticismo, que, como un frondicismo continuado, elevado a la más alta espiritualidad, ha mantenido a Europa durante un tiempo considerable bajo el dominio del espíritu alemán y su desconfianza crítica e histórica Debido al carácter masculino insuperablemente fuerte y duro de los grandes filólogos y críticos históricos alemanes (que, según se estima con razón, eran también todos ellos artistas de la destrucción y la disolución), una NUEVA concepción del espíritu alemán se estableció gradualmente -a pesar de todo el romanticismo en la música y la filosofía- en la que la inclinación hacia el escepticismo masculino era decididamente prominente, ya sea, por ejemplo, como intrepidez de la mirada, como coraje y severidad de la mano disecciónadora, o como voluntad decidida a los peligrosos viajes de descubrimiento, a las expediciones espiritualizadas al Polo Norte bajo cielos estériles y peligrosos.

Puede haber buenos motivos para que los humanitarios de sangre caliente y superficiales se crucen ante este espíritu, CET ESPRIT FATALISTE, IRONIQUE, MEPHISTOPHELIQUE, como lo llama Michelet, no sin estremecerse. Pero si queremos darnos cuenta de lo característico que es este miedo al "hombre" en el espíritu alemán que despertó a Europa de su "sueño dogmático", recordemos la concepción anterior que tuvo que ser superada por esta nueva, y que no hace mucho tiempo que una mujer masculinizada podía atreverse, con desenfrenada presunción, a recomendar a los alemanes para el interés de Europa como gentiles, de buen corazón, de voluntad débil y poéticos tontos. ¡Por último, sólo entendamos profundamente el asombro de Napoleón cuando vio a Goethe revela lo que durante siglos se había considerado como el "espíritu alemán" "VOILA UN HOMME!", que era tanto como decir "¡Pero esto es un HOMBRE! Y yo sólo esperaba ver a un alemán!"

210. Suponiendo, pues, que en la imagen de los filósofos del futuro, algún rasgo sugiera la cuestión de si no deben ser acaso

escépticos en el último sentido mencionado, algo en ellos sólo sería designado así, y no ellos mismos. Con igual derecho podrían llamarle críticos, y seguramente serán hombres de experimentos. Con el nombre con el que me he aventurado a bautizarlos, ya he subrayado expresamente su intento y su amor por el intento, ¿se debe esto a que, como críticos en cuerpo y alma, les gustará hacer uso de los experimentos en un sentido nuevo, y quizás más amplio y peligroso? En su pasión por el conocimiento, ¿tendrán que ir más lejos en intentos atrevidos y dolorosos de lo que el gusto sensible y mimado de un siglo democrático puede aprobar? -No hay duda de que estos venideros serán los menos capaces de prescindir de las cualidades serias y no inescrupulosas que distinguen al crítico del escéptico; me refiero a la certeza en cuanto a las normas de valor, al empleo consciente de una unidad de método, al valor cauteloso, a la posición de soledad y a la capacidad de autorresponsabilidad; es más, confesarán entre ellos un DELITO en la negación y la disección, y una cierta crueldad considerada, que sabe manejar el cuchillo con seguridad y destreza, incluso cuando el corazón sangra Serán MÁS ESTRECHOS (y quizá no siempre sólo consigo mismos) de lo que las personas humanas puedan desear, no tratarán la "verdad" para que les "agrade", o les "eleve" e "inspire"; más bien tendrán poca fe en que la "VERDAD" traiga consigo tales jolgorios para los sentimientos. Sonreirán, esos espíritus rigurosos, cuando alguien diga en su presencia "Ese pensamiento me eleva, ¿por qué no ha de ser verdadero?" o "Esa obra me encanta, ¿por qué no ha de ser bella?" o "Ese artista me engrandece, ¿por qué no ha de ser grande?". Tal vez no sólo tengan una sonrisa, sino una auténtica repugnancia por todo lo que es así de arrebatador, idealista, femenino y hermafrodita, y si alguien pudiera mirar en lo más íntimo de sus corazones, no encontraría fácilmente en ellos la intención de reconciliar los "sentimientos cristianos" con el "gusto antiguo", o incluso con el "parlamentarismo moderno" (el tipo de reconciliación que se encuentra necesariamente incluso entre los filósofos en nuestro siglo tan incierto y, en consecuencia, tan conciliador). La disciplina crítica y todos los hábitos que conducen a la pureza y al rigor en materia intelectual, no sólo serán exigidos

por estos filósofos del futuro, sino que incluso podrán hacer gala de ellos como su especial adorno, aunque no querrán ser llamados críticos por ello. No les parecerá una pequeña indignidad para la filosofía que se decrete, como es tan bienvenido hoy en día, que "la filosofía misma es crítica y ciencia crítica, y nada más". Aunque esta estimación de la filosofía puede gozar de la aprobación de todos los positivistas de Francia y Alemania (y posiblemente incluso halagó el corazón y el gusto de KANT: recordemos los títulos de sus principales obras), nuestros nuevos filósofos dirán, no obstante, que los críticos son instrumentos del filósofo, y justo por eso, como instrumentos, están lejos de ser ellos mismos filósofos. Incluso el gran chino de Konigsberg no era más que un gran crítico.

211. Insisto en que se deje por fin de confundir a los obreros filosóficos, y en general a los hombres científicos, con los filósofos; precisamente aquí hay que dar estrictamente "a cada uno lo suyo", y no dar a aquellos demasiado, a éstos demasiado poco. Puede ser necesario para la educación del verdadero filósofo que él mismo haya estado alguna vez sobre todos esos peldaños sobre los que sus sirvientes, los trabajadores científicos de la filosofía, permanecen de pie, y DEBE permanecer de pie él mismo debe quizás haber sido crítico, y dogmático, e historiador, y además, poeta, y coleccionista, y viajero, y lector de acertijos, y moralista, y vidente, y "espíritu libre", y casi todo, para poder atravesar toda la gama de valores y estimaciones humanas, y que pueda ser capaz con una variedad de ojos y conciencias de mirar desde una altura a cualquier distancia, desde una profundidad a cualquier altura, desde un rincón a cualquier extensión. Pero todo esto son sólo condiciones preliminares para su tarea; esta tarea en sí misma exige algo más: le exige CREAR VALORES. Los trabajadores filosóficos, siguiendo el excelente modelo de Kant y Hegel, tienen que fijar y formalizar algún gran cuerpo existente de valoraciones -es decir, antiguas DETERMINACIONES DE VALOR, creaciones de valor, que se han hecho prevalentes, y que por un tiempo se llaman

"verdades"- ya sea en el dominio de lo LÓGICO, lo POLÍTICO (moral), o lo ARTÍSTICO. Corresponde a estos investigadores hacer conspicuo, concebible, inteligible y manejable todo lo que ha sucedido y ha sido estimado hasta ahora, acortar todo lo largo, incluso el propio "tiempo", y SUBJUGAR todo el pasado: una tarea inmensa y maravillosa, en cuya realización todo orgullo refinado, toda voluntad tenaz, puede seguramente encontrar satisfacción. Los verdaderos filósofos, sin embargo, son comandantes y legisladores; ellos dicen: "¡Así será!" Determinan primero el Dónde y el Por qué de la humanidad, y con ello dejan de lado el trabajo previo de todos los trabajadores filosóficos, y todos los subyugadores del pasado; agarran el futuro con una mano creadora, y todo lo que es y fue, se convierte para ellos en un medio, un instrumento y un martillo. Su "saber" es CREAR, su creación es un dar leyes, su voluntad de verdad es VOLUNTAD DE PODER. ¿Ha habido alguna vez tales filósofos? ¿No habrá algún día tales filósofos? ...

212. Para mí es siempre más evidente que el filósofo, como hombre INDISPENSABLE para el día de mañana y para el día siguiente, se ha encontrado siempre, y ha estado obligado a encontrarse, en contradicción con el día en que vive; su enemigo ha sido siempre el ideal de su día. Hasta ahora, todos esos extraordinarios promotores de la humanidad a los que se llama filósofos -que rara vez se consideraban a sí mismos como amantes de la sabiduría, sino más bien como tontos desagradables y peligrosos interrogadores- han encontrado su misión, su dura, involuntaria e imperativa misión (al final, sin embargo, la grandeza de su misión), en ser la mala conciencia de su época. Al poner el cuchillo del vivisector en el pecho de las propias VIRTUDES DE SU EDAD, han traicionado su propio secreto; ha sido en aras de una NUEVA grandeza del hombre, de un nuevo camino no transitado para su engrandecimiento. Siempre han revelado cuánta hipocresía, indolencia, autoindulgencia y autodescuido, cuánta falsedad se

ocultaba bajo los tipos más venerados de la moralidad contemporánea, cuánta virtud estaba EXTRAÑADA, siempre han dicho: "Debemos irnos de aquí a donde menos te sientas como en casa" Frente a un mundo de "ideas modernas", que querría confinar a cada uno en un rincón, en una "especialidad", un filósofo, si es que pudiera haber filósofos hoy en día, se vería obligado a situar la grandeza del hombre, la concepción de la "grandeza", precisamente en su amplitud y multiplicidad, en su carácter polifacético, incluso determinaría el valor y el rango según la cantidad y la variedad de lo que un hombre puede soportar y tomar sobre sí, según el EXTREMO al que un hombre puede extender su responsabilidad Hoy en día el gusto y la virtud de la época debilitan y atenúan la voluntad, nada se adapta tanto al espíritu de la época como la debilidad de la voluntad por consiguiente, en el ideal del filósofo, la fuerza de voluntad, la severidad y la capacidad de resolución prolongada, deben incluirse especialmente en la concepción de la "grandeza", con tan buen derecho como la doctrina opuesta, con su ideal de una humanidad tonta, renunciante, humilde y desinteresada, se adaptaba a una época opuesta, como el siglo XVI, que sufría de su energía de voluntad acumulada, y de los más salvajes torrentes e inundaciones de egoísmo en la época de Sócrates, entre los hombres sólo de instintos desgastados, viejos atenienses conservadores que se dejaban llevar "por la felicidad", como decían, por el placer, como indicaba su conducta, y que tenían continuamente en sus labios las viejas palabras pomposas a las que habían perdido durante mucho tiempo el derecho por la vida que llevaban, La IRONÍA era tal vez necesaria para la grandeza del alma, la perversa seguridad socrática del viejo médico y plebeyo, que cortaba sin piedad en su propia carne, como en la carne y el corazón del "noble", con una mirada que decía claramente "¡No disimules ante mí! aquí somos iguales". En la actualidad, por el contrario, cuando en toda Europa el animal de rebaño es el único que alcanza los honores y los dispensa, cuando la "igualdad de derecho" puede transformarse con demasiada facilidad en igualdad en el mal -quiero decir, en una guerra general contra todo lo raro, extraño y privilegiado, contra el

hombre más elevado, el alma más elevada, el deber más elevado, la responsabilidad más elevada, la plenipotencia creadora y el señorío-, en la actualidad pertenece a la concepción de la "grandeza" ser noble, querer estar aparte, ser capaz de ser diferente, estar solo, tener que vivir por iniciativa personal, y el filósofo traicionará algo de su propio ideal cuando afirme "Será el más grande quien pueda ser el más solitario, el más oculto, el más divergente, el hombre más allá del bien y del mal, el dueño de sus virtudes y de la superabundancia de voluntad; precisamente esto se llamará GRANDEZA: tan diversa como puede ser entera, tan amplia como puede ser plena. " Y para hacer una vez más la pregunta: ¿Es la grandeza POSIBLE hoy en día?

213. Es difícil aprender lo que es un filósofo, porque no se puede enseñar: hay que "conocerlo" por experiencia, o tener el orgullo de NO conocerlo. El hecho de que en la actualidad se hable de cosas de las que NO se puede tener ninguna experiencia, es cierto sobre todo y por desgracia en lo que se refiere al filósofo y a las cuestiones filosóficas: los muy pocos las conocen, se les permite conocerlas, y todas las ideas populares sobre ellas son falsas. Así, por ejemplo, la combinación verdaderamente filosófica de una espiritualidad audaz y exuberante que corre a paso ligero, y un rigor y una necesidad dialécticos que no dan un paso en falso, es desconocida por la mayoría de los pensadores y eruditos por su propia experiencia, y por lo tanto, si alguien habla de ella en su presencia, les resulta increíble. Conciben toda necesidad como molesta, como una dolorosa obediencia obligatoria y un estado de coacción; el pensamiento mismo es considerado por ellos como algo lento y vacilante, casi como una molestia, y a menudo como "digno del sudor de los nobles", pero en absoluto como algo fácil y divino, estrechamente relacionado con el baile y la exuberancia. "Los artistas tienen aquí quizás una intuición más fina; ellos saben muy bien que precisamente cuando ya no hacen nada "arbitrariamente", y todo por necesidad, su sentimiento de libertad,

de sutileza, de poder, de fijar, disponer y dar forma creativamente, alcanza su clímax; en resumen, que la necesidad y la "libertad de voluntad" son entonces la misma cosa para ellos. Hay, en fin, una gradación de rango en los estados psíquicos, a la que corresponde la gradación de rango en los problemas; y los problemas más elevados repelen implacablemente a todo aquel que se aventura demasiado cerca de ellos, sin estar predestinado para su solución por la altivez y el poder de su espiritualidad. De qué sirve a los intelectos ágiles y cotidianos, o a los mecánicos y empíricos torpes y honestos, acercarse con su ambición plebeya a tales problemas y penetrar, por así decirlo, en este "santo de los santos", como sucede tan a menudo hoy en día. Pero los pies toscos nunca deben pisar tales alfombras: esto está previsto en la ley primaria de las cosas; las puertas permanecen cerradas para esos intrusos, aunque se precipiten y se rompan la cabeza en ellas. Las personas siempre tienen que nacer para una posición elevada, o, más definitivamente, tienen que ser criadas para ello: una persona sólo tiene derecho a la filosofía -tomando la palabra en su significado más elevado- en virtud de su ascendencia; los ancestros, la "sangre", deciden aquí también. Muchas generaciones deben haber preparado el camino para la llegada del filósofo; cada una de sus virtudes debe haber sido adquirida, alimentada, transmitida y encarnada por separado; no sólo el curso y la corriente audaz, fácil y delicada de sus pensamientos, sino sobre todo la disposición para las grandes responsabilidades, la majestuosidad de la mirada gobernante y la mirada contemplativa, el sentimiento de separación de la multitud con sus deberes y virtudes, el patrocinio amable y la defensa de todo lo que es incomprendido y calumniado, ya sea Dios o el diablo, el deleite y la práctica de la justicia suprema, el arte de mandar, la amplitud de la voluntad, el ojo persistente que rara vez admira, rara vez mira hacia arriba, rara vez ama.

CAPÍTULO VII. NUESTRAS VIRTUDES

214. NUESTRAS VIRTUDES... Es probable que también nosotros tengamos todavía nuestras virtudes, aunque naturalmente no sean esas virtudes sinceras y masivas por las que tenemos en estima a nuestros abuelos y además a poca distancia de nosotros. Nosotros, los europeos de pasado mañana, nosotros, los primogénitos del siglo XX -con toda nuestra peligrosa curiosidad, nuestra multiplicidad y arte de disimular, nuestra crueldad melosa y aparentemente edulcorada en el sentido y en el espíritu- tendremos presumiblemente, SI es que debemos tener virtudes, sólo aquellas que han venido a coincidir con nuestras inclinaciones más secretas y sentidas, con nuestras exigencias más ardientes: ¡pues bien, busquémoslas en nuestros laberintos! -¡Donde, como sabemos, tantas cosas se pierden, tantas cosas se pierden del todo! ¿Y hay algo más bonito que buscar las propias virtudes? ¿No es casi creer en las propias virtudes? Pero este "creer en las propias virtudes", ¿no es prácticamente lo mismo que lo que antes se llamaba la "buena conciencia", esa larga y respetable coleta de una idea, que nuestros abuelos solían colgar detrás de sus cabezas, y a menudo también detrás de sus entendimientos? ¡Parece, pues, que por poco que nos imaginemos anticuados y respetables abuelos en otros aspectos, en una cosa somos, sin embargo, los dignos nietos de nuestros abuelos, los últimos europeos con buena conciencia: también llevamos todavía su coleta.-¡Ah! si supierais cuán pronto, tan pronto, será diferente!

215. Como en el firmamento estelar hay a veces dos soles que determinan la trayectoria de un planeta, y en ciertos casos soles de diferentes colores brillan alrededor de un solo planeta, ahora con luz

roja, ahora con verde, y luego simultáneamente lo iluminan e inundan con colores abigarrados: así nosotros, los hombres modernos, debido al complicado mecanismo de nuestro "firmamento", estamos determinados por moralidades DIFERENTES; nuestras acciones brillan alternativamente en diferentes colores, y rara vez son inequívocas, y a menudo hay casos, también, en los que nuestras acciones son ABIGARRADAS.

216. ¿Amar a los enemigos? Creo que eso se ha aprendido bien: se hace miles de veces en la actualidad a gran y pequeña escala; es más, a veces se hace lo más elevado y sublime:-se aprende a DESPERTAR cuando se ama, y precisamente cuando se ama mejor; todo ello, sin embargo, inconscientemente, sin ruido, sin ostentación, con la vergüenza y el secreto de la bondad, que prohíbe pronunciar la palabra pomposa y la fórmula de la virtud. La moral como actitud se opone a nuestro gusto hoy en día. Esto es TAMBIÉN un avance, como lo fue en nuestros padres que la religión como actitud se opusiera finalmente a su gusto, incluyendo la enemistad y la amargura volteriana contra la religión (y todo lo que antes pertenecía al librepensamiento-pantomima). Es la música en nuestra conciencia, la danza en nuestro espíritu, a la que las letanías puritanas, los sermones morales y las bondades no le dan la razón.

217. Tengamos cuidado al tratar con aquellos que dan gran importancia a que se les atribuya tacto moral y sutileza en el discernimiento moral. Nunca nos perdonan si una vez se han equivocado ANTE nosotros (o incluso CON RESPECTO a nosotros); inevitablemente se convierten en nuestros calumniadores y detractores instintivos, aunque sigan siendo nuestros "amigos"... Dichosos los olvidadizos: porque "sacan lo mejor" incluso de sus errores.

218. Los psicólogos de Francia -¿y dónde hay todavía psicólogos hoy en día?- no han agotado todavía su amargo y múltiple disfrute de la betise bourgeoise, como si... en definitiva, traicionaran algo con ello. Flaubert, por ejemplo, el honesto ciudadano de Rouen, no vio, ni oyó, ni saboreó nada más al final; fue su modo de auto-tormento y refinada crueldad. Como esto se está volviendo cansino, me gustaría recomendar ahora, para variar, otra cosa como placer: la astucia inconsciente con la que la buena, gorda y honesta mediocridad se comporta siempre hacia los espíritus más elevados y las tareas que tienen que realizar, la astucia sutil, mordaz y jesuítica, que es mil veces más sutil que el gusto y el entendimiento de la clase media en sus mejores momentos, más sutil incluso que el entendimiento de sus víctimas: -una prueba repetida de que el "instinto" es la más inteligente de todas las clases de inteligencia que se han descubierto hasta ahora. En resumen, vosotros, psicólogos, estudiad la filosofía de la "regla" en su lucha con la "excepción": ¡ahí tenéis un espectáculo digno de dioses y de malignidad divina! O, en palabras más claras, ¡practiquen la vivisección en la "gente buena", en el "homo bonae voluntatis", en ustedes mismos!

219. La práctica de juzgar y condenar moralmente, es la venganza preferida de los intelectualmente superficiales sobre los que lo son menos, es también una especie de indemnización por estar mal dotados por la naturaleza, y finalmente, es una oportunidad para adquirir espíritu y SER sutilmente espiritualizados. Se alegran en lo más íntimo de su corazón de que haya una norma según la cual los que están sobredotados de bienes y privilegios intelectuales, sean iguales a ellos, abogan por la "igualdad de todos ante Dios", y casi NECESITAN la creencia en Dios para este fin. Es entre ellos donde se encuentran los más poderosos antagonistas del ateísmo. Si

alguien les dijera: "Una espiritualidad elevada está más allá de toda comparación con la honestidad y la respetabilidad de un hombre meramente moral", eso los pondría furiosos, me cuidaré de decirlo. Más bien les halagaría con mi teoría de que la espiritualidad elevada en sí misma sólo existe como producto último de las cualidades morales, que es una síntesis de todas las cualidades atribuidas al hombre "meramente moral", después de haber sido adquiridas individualmente a través de una larga formación y práctica, tal vez durante toda una serie de generaciones, que la espiritualidad elevada es precisamente la espiritualización de la justicia, y la severidad benéfica que se sabe autorizada a mantener GRADOS DE RANGO en el mundo, incluso entre las cosas -y no sólo entre los hombres.

220. Ahora que el elogio de la "persona desinteresada" es tan popular, uno debe -probablemente no sin cierto peligro- hacerse una idea de QUÉ es lo que realmente interesa a la gente, y cuáles son las cosas que, en general, preocupan fundamental y profundamente a los hombres comunes -incluyendo a los cultos, incluso a los eruditos, y quizás también a los filósofos, si las apariencias no engañan. De este modo se hace evidente que la mayor parte de lo que interesa y encanta a las naturalezas más elevadas, y a los gustos más refinados y fastidiosos, le parece absolutamente "desinteresado" al hombre medio; si, a pesar de ello, percibe la devoción a estos intereses, la llama desinterés, y se pregunta cómo es posible actuar "desinteresadamente". Ha habido filósofos que han podido dar a este asombro popular una expresión seductora y mística, de otro mundo (¿quizás porque no conocían la naturaleza superior por experiencia?), en lugar de afirmar la verdad desnuda y cándidamente razonable de que la acción "desinteresada" es muy interesante y la acción "interesada", siempre que... "¿Y el amor?" -¡Qué! Incluso una acción por amor será "desinteresada"? Pero ustedes, tontos... "¿Y la alabanza del que se sacrifica?" -Pero quien ha ofrecido realmente el sacrificio

sabe que quiso y obtuvo algo por él; tal vez algo de sí mismo por algo de sí mismo; que renunció a aquí para tener más allá, tal vez en general para ser más, o incluso para sentirse "más". Pero éste es un reino de preguntas y respuestas en el que a un espíritu más fastidioso no le gusta quedarse: porque aquí la verdad tiene que ahogar sus bostezos tanto cuando se ve obligada a responder. Y al fin y al cabo, la verdad es una mujer; no hay que usar la fuerza con ella.

221. "Ocurre a veces -decía un pedante moralista y vendedor de baratijas- que honro y respeto a un hombre desinteresado: pero no porque sea desinteresado, sino porque creo que tiene derecho a ser útil a otro hombre a su costa. En resumen, la cuestión es siempre quién es ÉL, y quién es EL OTRO. Por ejemplo, en una persona creada y destinada al mando, la abnegación y el retiro modesto, en lugar de ser virtudes, serían el desperdicio de las mismas: así me parece. Todo sistema de moral no egoísta que se toma a sí mismo incondicionalmente y apela a todos, no sólo peca contra el buen gusto, sino que es un incentivo para los pecados de omisión, una seducción ADICIONAL bajo la máscara de la filantropía, y precisamente una seducción y un perjuicio para los tipos de hombres más elevados, más raros y más privilegiados. Los sistemas morales deben ser obligados en primer lugar a inclinarse ante las GRADAS DE RANGO; su presunción debe ser llevada a su conciencia, hasta que comprendan por fin que es INMORAL decir que 'lo que es correcto para uno es apropiado para otro'" - Así dijo mi pedante moralista y bonachón. ¿Acaso merecía que se rieran de él cuando exhortaba así a los sistemas de moral a practicar la moralidad? Pero no hay que tener demasiada razón si se quiere tener a los reidores de su propio lado; un grano de error pertenece incluso al buen gusto.

222. Dondequiera que se predique hoy en día la simpatía (el sufrimiento del prójimo) -y, si no me equivoco, ya no se predica ninguna otra religión-, que el psicólogo tenga los oídos abiertos a través de toda la vanidad, a través de todo el ruido que es natural en estos predicadores (como en todos los predicadores), oirá una nota ronca, gimiente y genuina de AUTOCONTEMPO. Pertenece al ensombrecimiento y a la fealdad de Europa, que va en aumento desde hace un siglo (cuyos primeros síntomas se especifican ya documentalmente en una reflexiva carta de Galiani a Madame d'Epinay), ¡si es que no es realmente la causa de ello! El hombre de "ideas modernas", el simio engreído, está excesivamente insatisfecho consigo mismo; esto es perfectamente cierto. Sufre, y su vanidad sólo quiere que "sufra con sus semejantes".

223. El europeo híbrido -un plebeyo tolerantemente feo, tomado en su conjunto- requiere absolutamente un disfraz: necesita la historia como un almacén de disfraces. Para estar seguro, se da cuenta de que ninguno de los trajes le queda bien: cambia y cambia. Observemos el siglo XIX con respecto a estas preferencias y cambios apresurados en sus mascaradas de estilo, y también con respecto a sus momentos de desesperación a causa de que "nada nos queda bien". Es en vano erigirnos como románticos, o clásicos, o cristianos, o florentinos, o "nacionales", in moribus et artibus: ¡no nos "viste"! Pero el "espíritu", especialmente el "espíritu histórico", se beneficia incluso de esta desesperación: una y otra vez se prueba, se pone, se quita, se embala y, sobre todo, se estudia una nueva muestra del pasado o de lo extranjero: somos la primera época estudiosa in punto de los "trajes", quiero decir en lo que se refiere a la moral, a los artículos de creencia, a los gustos artísticos y a las religiones; estamos preparados como ninguna otra época lo ha estado para un carnaval a lo grande, para la fiesta más espiritual: la risa y la arrogancia, para la altura trascendental de la locura suprema y la ridiculización aristofánica del mundo. Tal vez estemos descubriendo aquí mismo el dominio de nuestra invención, el

dominio en el que aún podemos ser originales, probablemente como parodistas de la historia del mundo y como Merry-Andrews de Dios, -¡quizás, aunque nada más del presente tenga futuro, nuestra risa misma pueda tenerlo!

224. El sentido histórico (o la capacidad de adivinar rápidamente el orden de rango de las valoraciones según las cuales ha vivido un pueblo, una comunidad o un individuo, el "instinto adivinatorio" para las relaciones de estas valoraciones, para la relación de la autoridad de las valoraciones con la autoridad de las fuerzas operantes), -este sentido histórico, que los europeos reivindicamos como nuestra especialidad, nos ha llegado en el tren de la encantadora y loca semibarbarie en la que Europa se ha visto sumida por el mestizaje democrático de las clases y de las razas- sólo el siglo XIX ha reconocido esta facultad como su sexto sentido. Debido a este mestizaje, el pasado de todas las formas y modos de vida, y de las culturas antes estrechamente contiguas y superpuestas, fluye hacia nosotros, las "almas modernas"; nuestros instintos corren ahora en todas las direcciones, nosotros mismos somos una especie de caos: al final, como hemos dicho, el espíritu percibe su ventaja en ello. Por medio de nuestra semibarbarie en el cuerpo y en el deseo, tenemos un acceso secreto a todas partes, como nunca lo tuvo una época noble; tenemos acceso sobre todo al laberinto de las civilizaciones imperfectas, y a toda forma de semibarbarie que haya existido alguna vez en la tierra; y en la medida en que la parte más considerable de la civilización humana hasta ahora ha sido justamente la semibarbarie, el "sentido histórico" implica casi el sentido y el instinto para todo, el gusto y la lengua para todo: con lo cual se demuestra inmediatamente que es un sentido IGNORANTE. Por ejemplo, volvemos a disfrutar de Homero: es quizá nuestra más feliz adquisición el saber apreciar a Homero, del que hombres de distinguida cultura (como los franceses del siglo XVII, como Saint-Evremond, que le reprochaban su ESPRIT VASTE, e incluso Voltaire, el último eco del siglo) no pueden ni

pudieron apropiarse tan fácilmente, del que apenas se permitían disfrutar. La muy decidida Yea y Nay de su paladar, su pronta repugnancia, su vacilante reticencia con respecto a todo lo extraño, su horror al mal gusto incluso de la curiosidad viva, y en general la aversión de toda cultura distinguida y autosuficiente a confesar un nuevo deseo, una insatisfacción con su propia condición, o una admiración de lo extraño: todo esto los determina y dispone desfavorablemente incluso hacia las mejores cosas del mundo que no son de su propiedad o que no podrían convertirse en su presa, y ninguna facultad es más ininteligible para tales hombres que justamente este sentido histórico, con su curiosidad truculenta y plebeya. El caso no es diferente con Shakespeare, esa maravillosa síntesis hispano-morisca-sajona del gusto, sobre la que un antiguo ateniense del círculo de Esquilo se habría medio matado de risa o de irritación: pero nosotros aceptamos precisamente este abigarramiento salvaje, esta mezcla de lo más delicado, lo más tosco y lo más artificial, con una secreta confianza y cordialidad; lo disfrutamos como un refinamiento del arte reservado expresamente para nosotros, y nos dejamos perturbar tan poco por los repulsivos humos y la proximidad del populacho inglés en el que vive el arte y el gusto de Shakespeare, como quizá en la Chiaja de Nápoles, donde, con todos los sentidos despiertos, seguimos nuestro camino, encantados y voluntariamente, a pesar del olor a desagüe de los barrios bajos de la ciudad. Que como hombres del "sentido histórico" tenemos nuestras virtudes, no se discute:-somos sin pretensiones, desinteresados, modestos, valientes, habituados al autocontrol y a la autorrenuncia, muy agradecidos, muy pacientes, muy complacientes-pero con todo esto quizás no somos muy "gustosos". Confesémoslo, finalmente, que lo que más nos cuesta a los hombres del "sentido histórico" captar, sentir, gustar y amar, lo que nos resulta fundamentalmente prejuicioso y casi hostil, es precisamente la perfección y la madurez última en toda cultura y arte, lo esencialmente noble en las obras y en los hombres, su momento de mar terso y de autosuficiencia halcónica, el dorado y la frialdad que muestran todas las cosas que se han perfeccionado. Tal vez nuestra gran virtud del sentido histórico está en necesario

contraste con el BUEN gusto, al menos con el muy mal gusto; y sólo podemos evocar en nosotros imperfectamente, vacilantemente y con compulsión los pequeños, breves y felices dioses y glorificaciones de la vida humana, tal como brillan aquí y allá: esos momentos y experiencias maravillosas en las que una gran potencia se ha detenido voluntariamente ante lo ilimitado e infinito, -cuando se ha disfrutado de una superabundancia de refinada delicia mediante una súbita comprobación y petrificación, al pararse firmemente y plantarse con firmeza en un terreno todavía tembloroso. La PROPORCIONALIDAD nos resulta extraña, confesémoslo a nosotros mismos; nuestro prurito es realmente el prurito de lo infinito, de lo incommensurable. Como el jinete en su caballo jadeante hacia adelante, dejamos caer las riendas ante el infinito, nosotros los hombres modernos, nosotros los semibárbaros, y sólo estamos en NUESTRA más alta dicha cuando estamos en MÁS PELIGRO.

225. Ya sea el hedonismo, el pesimismo, el utilitarismo o el eudaemonismo, todos esos modos de pensar que miden el valor de las cosas según el PLACER y el DOLOR, es decir, según las circunstancias que las acompañan y las consideraciones secundarias, son modos de pensar plausibles e ingenuos, que toda persona consciente de las facultades CREATIVAS y de la conciencia de artista mirará con desprecio, aunque no sin simpatía. La simpatía por usted, sin duda, no es la simpatía que usted entiende: no es la simpatía por la "angustia" social, por la "sociedad" con sus enfermos y desgraciados, por los viciosos y defectuosos hereditarios que yacen en el suelo a nuestro alrededor; menos aún es la simpatía por las clases de esclavos gruñones, vejados y revolucionarios que luchan por el poder, que ellos llaman "libertad". Nuestra simpatía es una simpatía más elevada y más clarividente:- ¡Vemos cómo el HOMBRE se empequeñece, cómo TÚ lo empequeñeces! y hay momentos en los que vemos TU simpatía con una angustia indescriptible, en los que nos resistimos a ella,-en

los que consideramos tu seriedad más peligrosa que cualquier tipo de frivolidad. Ustedes quieren, si es posible -y no hay un "si es posible" más insensato-, ELIMINAR EL SUFRIMIENTO; y nosotros... ¡realmente parece que NOSOTROS preferiríamos aumentarlo y hacerlo peor de lo que ha sido nunca! El bienestar, tal como ustedes lo entienden, no es ciertamente una meta; nos parece un FIN; una condición que a la vez hace al hombre ridículo y despreciable, y hace que su destrucción sea DESEABLE. La disciplina del sufrimiento, del GRAN sufrimiento, ¿no sabéis que es sólo esta disciplina la que ha producido todas las elevaciones de la humanidad hasta ahora? La tensión del alma en la desgracia, que le comunica su energía, su estremecimiento ante el potro de tortura y la ruina, su inventiva y valentía para sufrir, soportar, interpretar y explotar la desgracia, y cualquier profundidad, misterio, disfraz, espíritu, artificio o grandeza que se le haya otorgado al alma, ¿no se le ha otorgado mediante el sufrimiento, mediante la disciplina del gran sufrimiento? En el hombre se unen la CREATURA y el CREADOR: en el hombre no sólo hay materia, jirón, exceso, barro, fango, locura, caos; sino que también está el creador, el escultor, la dureza del martillo, la divinidad del espectador y el séptimo día: ¿comprendéis este contraste? Y que vuestra simpatía por la "criatura en el hombre" se aplica a lo que tiene que ser modelado, magullado, forjado, estirado, asado, recocido, refinado, a lo que necesariamente tiene que SUFRIR, y TIENE que sufrir? Y nuestra simpatía -¿no comprendéis a qué se aplica nuestra simpatía inversa, cuando se resiste a vuestra simpatía como al peor de los mimos y enervación?- ¡es la simpatía CONTRA la simpatía!- Pero para repetirlo una vez más, hay problemas más elevados que los problemas del placer y del dolor y de la simpatía; y todos los sistemas de filosofía que sólo se ocupan de éstos son ingenuos.

226. NOSOTROS LOS INMORALISTAS.-Este mundo del que nos ocupamos, en el que tenemos que temer y amar, este mundo casi invisible, inaudible, de mando delicado y de obediencia delicada, un

mundo "casi" en todos los sentidos, capcioso, insidioso, agudo y tierno, ¡sí, está bien protegido de los espectadores torpes y de la curiosidad familiar! Estamos entrelazados en una fuerte red y vestimenta de deberes, y NO PODEMOS desengancharnos; precisamente aquí, somos "hombres del deber", incluso nosotros. De vez en cuando, es cierto, bailamos en nuestras "cadenas" y entre nuestras "espadas"; no es menos cierto que, más a menudo, rechinamos los dientes ante las circunstancias, y nos impacientamos ante la dificultad secreta de nuestra suerte. Pero hagamos lo que hagamos, los tontos y las apariencias dicen de nosotros: "Estos son hombres SIN deber", ¡siempre tenemos a los tontos y a las apariencias en contra nuestra!

227. La honestidad, concediendo que es la virtud de la que no podemos deshacernos, nosotros, los espíritus libres, bien, trabajaremos en ella con toda nuestra perversidad y amor, y no nos cansaremos de "perfeccionarnos" en NUESTRA virtud, que es la única que queda: ¡que su mirada cubra algún día como un crepúsculo dorado, azul y burlón esta civilización envejecida con su seriedad sombría y apagada! Y si, no obstante, nuestra honestidad se cansara un día, y suspirara, y estirara sus miembros, y nos encontrara demasiado duros, y quisiera tenerla más agradable, más fácil, y más suave, como un vicio agradable, permanezcamos DUROS, nosotros los últimos estoicos, y enviemos en su ayuda cualquier diablura que tengamos en nosotros: -nuestra repugnancia a lo torpe e indefinido, nuestro "NITIMUR IN VETITUM", nuestro amor a la aventura, nuestra agudizada y fastidiosa curiosidad, nuestra más sutil, disfrazada e intelectual Voluntad de Poder y de conquista universal, que deambula y vaga ávidamente por todos los reinos del futuro- ¡acudamos con todos nuestros "diablos" en ayuda de nuestro "Dios"! Es probable que la gente nos malinterprete y nos confunda por ello: ¡qué importa! Dirán: "Su 'honestidad': ¡eso es su diablura, y nada más!". ¿Qué importa? Y aunque tuvieran razón, ¿no han sido hasta ahora todos los dioses tales demonios

santificados y rebautizados? Y después de todo, ¿qué sabemos de nosotros mismos? ¿Y cómo quiere llamarse el espíritu que nos guía? (Es una cuestión de nombres.) ¿Y cuántos espíritus albergamos? Nuestra honestidad, nosotros los espíritus libres, tengamos cuidado de que no se convierta en nuestra vanidad, en nuestro ornamento y ostentación, en nuestra limitación, en nuestra estupidez. Toda virtud tiende a la estupidez, toda estupidez a la virtud; "estúpidos hasta la santidad", dicen en Rusia, ¡tengamos cuidado no sea que por pura honestidad nos convirtamos en santos y aburridos! ¿No es la vida cien veces demasiado corta para aburrirnos? Habría que creer en la vida eterna para...

228. Espero que se me perdone por descubrir que toda la filosofía moral hasta ahora ha sido tediosa y ha pertenecido a los aparatos soporíferos, y que la "virtud", en mi opinión, ha sido MÁS perjudicada por la TEDIOSIDAD de sus defensores que por cualquier otra cosa; al mismo tiempo, sin embargo, no quisiera pasar por alto su utilidad general. Es deseable que el menor número posible de personas reflexione sobre la moral, y en consecuencia es muy deseable que la moral no se convierta algún día en algo interesante. Pero, ¡no tengamos miedo! Las cosas siguen siendo hoy como han sido siempre: No veo a nadie en Europa que tenga (o que revele) una idea del hecho de que filosofar sobre la moral podría llevarse a cabo de una manera peligrosa, capciosa y atrapante: que la CALAMIDAD podría estar involucrada en ello. Obsérvese, por ejemplo, a los infatigables e inevitables utilitaristas ingleses: ¡con qué pesadez y respetabilidad siguen, acechan (una metáfora homérica lo expresa mejor) los pasos de Bentham, tal como éste ya había acechado los pasos del respetable Helvetius! (no, no era un hombre peligroso, Helvetius, CE SENATEUR POCOCURANTE, para usar una expresión de Galiani). Ningún pensamiento nuevo, nada de la naturaleza de un giro más fino o mejor expresión de un pensamiento antiguo, ni siquiera una historia adecuada de lo que se ha pensado anteriormente sobre el tema:

una literatura IMPOSIBLE, tomándolo todo en cuenta, a menos que uno sepa cómo levarla con alguna picardía. En efecto, el viejo vicio inglés llamado CANT, que es el TARTUFISMO MORAL, se ha insinuado también en estos moralistas (a los que ciertamente hay que leer con atención a sus motivos, si es que hay que leerlos), oculto esta vez bajo la nueva forma del espíritu científico; además, no está ausente en ellos una secreta lucha con los dolores de conciencia, de la que una raza de antiguos puritanos debe sufrir naturalmente, en todo su jugueteo científico con la moral. (¿No es un moralista lo contrario de un puritano? Es decir, ¿un pensador que considera la moral como cuestionable, como digna de ser interrogada, en definitiva, como un problema? ¿Acaso moralizar no es inmoral?) Al final, todos quieren que la moral inglesa sea reconocida como autorizada, en la medida en que la humanidad, o la "utilidad general", o "la felicidad del mayor número" -¡no! la felicidad de INGLATERRA, será mejor servida por ello. Les gustaría, por todos los medios, convencerse de que la lucha por la felicidad de los ingleses, es decir, por la comodidad y la moda (y, en el mejor de los casos, por un escaño en el Parlamento), es al mismo tiempo el verdadero camino de la virtud; de hecho, en la medida en que ha habido virtud en el mundo hasta ahora, ha consistido en esa lucha. Ninguno de esos pesados animales pastores con problemas de conciencia (que se comprometen a defender la causa del egoísmo como conducente al bienestar general) quiere tener ningún conocimiento o indicio de los hechos de que el "bienestar general" no es ningún ideal, ninguna meta, ninguna noción que pueda ser captada en absoluto, que lo que es justo para uno NO PUEDE serlo para otro, que la exigencia de una sola moral para todos es en realidad un perjuicio para los hombres superiores, en fin, que hay una DISTINCIÓN DE RANGO entre hombre y hombre, y en consecuencia entre moral y moral. Estos ingleses utilitarios son una especie de hombres sin pretensiones y fundamentalmente mediocres, y, como ya se ha señalado, en la medida en que son tediosos, no se puede pensar suficientemente en su utilidad. Uno debería incluso ALENTARLOS, como se ha intentado parcialmente en las siguientes rimas:-

Salve, valientes, carretillas,
"Más largo y mejor", sí, revelando,

Más rígidos en la cabeza y en las rodillas;
Sin embelesar, sin bromear,
Mediocritas eternamente,

SIN GENIO Y SIN ESPÍRITU.

229. En estas épocas posteriores, que pueden estar orgullosas de su humanidad, sigue habiendo tanto miedo, tanta SUPERSTICIÓN del miedo, de la "cruel bestia salvaje", cuyo dominio constituye el orgullo mismo de estas épocas más humanas, que incluso las verdades evidentes, como por el acuerdo de los siglos, han permanecido durante mucho tiempo sin decirse, porque tienen la apariencia de ayudar a la bestia salvaje finalmente asesinada a volver a la vida. Tal vez arriesgo algo cuando permito que tal verdad se escape; dejemos que otros la capturen de nuevo y le den tanta "leche de sentimiento piadoso" [NOTA: Una expresión de Guillermo Tell de Schiller, Acto IV, Escena 3.] para beber, que se acostará tranquila y olvidada, en su viejo rincón. -Hay que aprender de nuevo la残酷, y abrir los ojos; hay que aprender por fin la impaciencia, para que no sigan deambulando virtuosa y audazmente errores tan groseros e inmodestos, como, por ejemplo, han fomentado los

filósofos antiguos y modernos con respecto a la tragedia. Casi todo lo que llamamos "cultura superior" se basa en la espiritualización y la intensificación de la CRUELIDAD; esta es mi tesis; la "bestia salvaje" no ha sido asesinada en absoluto, vive, florece, sólo ha sido transfigurada. Lo que constituye el doloroso deleite de la tragedia es la残酷; lo que opera agradablemente en la llamada simpatía trágica, y en la base incluso de todo lo sublime, hasta las más altas y delicadas emociones de la metafísica, obtiene su dulzura únicamente del ingrediente entremezclado de la残酷. Lo que el romano disfruta en la arena, el cristiano en el éxtasis de la cruz, el español a la vista del marrote y la estaca, o de la corrida de toros, el japonés actual que se abre paso en la tragedia, el obrero de los suburbios parisinos que tiene nostalgia de las revoluciones sangrientas, la wagneriana que, con voluntad desquiciada, "se somete" a la representación de "Tristán e Isolda": lo que todos ellos disfrutan, y se esfuerzan con misterioso ardor por beber, es el filtro de la gran Circe "残酷". "Aquí, para estar seguros, debemos dejar de lado por completo la psicología torpe de otros tiempos, que sólo podía enseñar con respecto a la残酷 que se originaba al ver el sufrimiento de OTROS: hay un goce abundante, sobreabundante, incluso en el propio sufrimiento, en el hecho de causar el propio sufrimiento, y allí donde el hombre se ha dejado persuadir a la abnegación en el sentido RELIGIOSO, o a la automutilación, como entre los fenicios y los ascetas, o en general, a la desensibilización, a la descarnación y a la contrición, a los espasmos de arrepentimiento puritanos, a la vivisección de la conciencia y a la SACRIFICIA DELL' INTELLETO a la manera de Pascal, se ve secretamente atraído e impulsado hacia adelante por su残酷, por la peligrosa emoción de la残酷 HACIA SÍ MISMO. -Por último, consideremos que incluso el buscador del conocimiento opera como un artista y glorificador de la残酷, en la medida en que obliga a su espíritu a percibir CONTRA su propia inclinación, y a menudo contra los deseos de su corazón: -lo obliga a decir No, donde quisiera afirmar, amar y adorar; en efecto, todo caso de tomar una cosa profunda y fundamentalmente, es una violación, una lesión intencional de la voluntad fundamental del

espíritu, que instinctivamente apunta a la apariencia y a la superficialidad, -incluso en todo deseo de conocimiento hay una gota de crueldad.

230. Ese algo imperioso que se llama popularmente "el espíritu", quiere ser dueño interior y exteriormente, y sentirse dueño; tiene la voluntad de una multiplicidad para una simplicidad, una voluntad vinculante, domesticadora, imperiosa y esencialmente gobernante. Sus exigencias y capacidades aquí, son las mismas que los fisiólogos asignan a todo lo que vive, crece y se multiplica. El poder del espíritu para apropiarse de los elementos extraños se revela en una fuerte tendencia a asimilar lo nuevo a lo viejo, a simplificar lo múltiple, a pasar por alto o a repudiar lo absolutamente contradictorio; así como vuelve a subrayar arbitrariamente, hace resaltar y falsifica para sí ciertos rasgos y líneas en los elementos extraños, en cada porción del "mundo exterior". Su objeto es la incorporación de nuevas "experiencias", la incorporación de cosas nuevas a las viejas disposiciones; en resumen, el crecimiento; o más propiamente, el SENTIMIENTO de crecimiento, el sentimiento de mayor poder, es su objeto. Esta misma voluntad tiene a su servicio un impulso aparentemente opuesto del espíritu, una preferencia súbitamente adoptada de ignorancia, de cierre arbitrario, un cierre de ventanas, una negación interior de esto o aquello, una prohibición de acercamiento, una especie de actitud defensiva contra mucho de lo que es conocible, un contentamiento con la oscuridad, con el horizonte de cierre, una aceptación y aprobación de la ignorancia: como lo que es todo necesario según el grado de su poder de apropiación, su "poder digestivo", para hablar en sentido figurado (y de hecho "el espíritu" se parece más a un estómago que a cualquier otra cosa). A esto pertenece también una propensión ocasional del espíritu a dejarse engañar (tal vez con una sospecha majadera de que NO es tal o cual cosa, sino que sólo se le permite pasar por tal), un deleite en la incertidumbre y la ambigüedad, un goce exultante de la estrechez y el misterio

arbitrarios y desviados, de lo demasiado cercano, del primer plano, de lo magnificado, de lo disminuido, de lo deformado, de lo embellecido: un goce de la arbitrariedad de todas estas manifestaciones del poder. Por último, en relación con esto, está la disposición no poco escrupulosa del espíritu para engañar a otros espíritus y disimular ante ellos, la presión y el esfuerzo constantes de un poder creador, modelador y cambiante: el espíritu disfruta en ello de su astucia y de su variedad de disfraces, disfruta también de su sensación de seguridad en ello, es precisamente por sus artes proteicas que está mejor protegido y oculto. -A esta propensión a la apariencia, a la simplificación, al disfraz, a la capa, en fin, a un exterior -pues todo exterior es una capa- opera la sublime tendencia del hombre de conocimiento, que toma, e INSISTE en tomar las cosas profunda, variada y minuciosamente; como una especie de crueldad de la conciencia y del gusto intelectual, que todo pensador valiente reconocerá en sí mismo, siempre que, como debe ser, haya agudizado y endurecido su ojo lo suficiente para la introspección, y esté acostumbrado a la disciplina severa e incluso a las palabras severas. Él dirá: "Hay algo cruel en la tendencia de mi espíritu": ¡que los virtuosos y amables traten de convencerle de que no es así! De hecho, sonaría más bonito si, en lugar de nuestra crueldad, tal vez se hablara, se susurrara y se glorificara nuestra "honestidad extravagante"; nosotros, espíritus libres, MUY libres, y algún día tal vez TAL sea realmente nuestra gloria póstuma.

Mientras tanto -pues hay mucho tiempo hasta entonces- deberíamos estar menos inclinados a engalanarnos con una verborrea moral tan florida y llena de flecos; todo nuestro trabajo anterior acaba de hartarnos de este gusto y de su alegre exuberancia. Son palabras hermosas, brillantes, tintineantes y festivas: honestidad, amor a la verdad, amor a la sabiduría, sacrificio por el conocimiento, heroísmo de los veraces; hay algo en ellas que hace que el corazón se hinche de orgullo. Pero nosotros, anacoretas y marmotas, hace tiempo que nos hemos persuadido, en todo el secreto de la conciencia de un anacoreta, de que este digno desfile de verborrea pertenece también al viejo y falso adorno, a la fruslería y al polvo de oro de la inconsciente vanidad

humana, y que incluso bajo tan halagadores colores y repintes debe reconocerse de nuevo el terrible texto original HOMO NATURA. En efecto, traducir de nuevo al hombre en la naturaleza; dominar las numerosas interpretaciones vanas y visionarias y los significados subordinados que hasta ahora se han rayado y embadurnado sobre el eterno texto original, HOMO NATURA; hacer que el hombre se enfrente en lo sucesivo al hombre como ahora, endurecido por la disciplina de la ciencia, se enfrenta a las OTRAS formas de la naturaleza, con ojos de Edipo intrépidos y oídos de Ulises parados, sordo a las seducciones de los viejos cazadores de pájaros metafísicos, que le han cantado demasiado tiempo: "¡Tú eres más! ¡Tú eres más alto! ¡Tienes un origen diferente!" Puede que sea una tarea extraña y tonta, pero que es una TAREA, ¡quién puede negarlo! ¿Por qué elegimos esta tarea insensata? O, para plantear la pregunta de otra manera: "¿Por qué el conocimiento en absoluto?" Todo el mundo nos preguntará sobre esto. Y así presionados, nosotros, que nos hemos hecho la pregunta cien veces, no hemos encontrado ni podemos encontrar ninguna respuesta mejor....

231. El aprendizaje nos altera, hace lo que hace todo alimento que no se limita a "conservar", como sabe el fisiólogo. Pero en el fondo de nuestras almas, muy "abajo", hay ciertamente algo no enseñable, un granito de destino espiritual, de decisión predeterminada y de respuesta a preguntas predeterminadas y elegidas. En cada problema cardinal habla un "yo soy esto" inmutable; un pensador no puede aprender de nuevo sobre el hombre y la mujer, por ejemplo, sino que sólo puede aprender plenamente; sólo puede seguir hasta el final lo que está "fijado" sobre ellos en sí mismo. De vez en cuando encontramos ciertas soluciones de problemas que nos hacen creer fuertemente; tal vez se les llame en adelante "convicciones". Más tarde, uno ve en ellas sólo pasos hacia el autoconocimiento, postes guía hacia el problema que nosotros mismos SOMOS -o, más correctamente,

hacia la gran estupidez que encarnamos, nuestro destino espiritual, lo INALCANZABLE que hay en nosotros, muy "abajo"- . En vista de este cumplido liberal que acabo de hacerme a mí mismo, tal vez se me permita más fácilmente pronunciar algunas verdades sobre "la mujer tal como es", a condición de que se sepa desde el principio cuán literalmente son meramente MIS verdades.

232. La mujer desea ser independiente, y por eso empieza a ilustrar a los hombres sobre "la mujer tal como es" -éste es uno de los peores desarrollos del UGLIFYING general de Europa. Porque ¡qué deben sacar a la luz estos torpes intentos de científicidad y autoexposición femeninas! La mujer tiene tantos motivos para avergonzarse; en la mujer hay tanta pedantería, superficialidad, colegialidad, pequeña presunción, desenfreno e indiscreción oculta -¡estudien sólo el comportamiento de la mujer hacia los niños!- que en realidad ha sido mejor refrenada y dominada hasta ahora por el MIEDO al hombre. Ay, si alguna vez se permite aventurar lo "eternamente tedioso de la mujer" -que lo tiene en abundancia-, si empieza a desaprender radicalmente y por principio su sabiduría y su arte -de encantar, de jugar, de espantar la pena, de aliviar y tomar con facilidad-, si olvida su delicada aptitud para los deseos agradables. Ya se alzan voces femeninas que, ¡por San Aristófanes! hacen temer: -con médica explicitud se afirma de manera amenazante lo que la mujer, en primer y último lugar, REQUIERE del hombre. ¿No es de muy mal gusto que la mujer se erija así en científica? La ilustración ha sido hasta ahora, afortunadamente, un asunto de hombres, un regalo de hombres, y con ello nos quedamos "entre nosotros"; y al final, en vista de todo lo que las mujeres escriben sobre la "mujer", podemos tener una duda considerable sobre si la mujer realmente DESEA la ilustración sobre sí misma y PUEDE desearla. Si la mujer no busca con ello un nuevo ORNAMENTO para sí misma -creo que la ornamentación pertenece a lo eternamente femenino-, entonces desea hacerse temer: tal vez desee con ello conseguir el dominio. Pero no quiere la verdad; ¿qué

le importa a la mujer la verdad? Desde el principio, nada es más extraño, más repugnante o más hostil a la mujer que la verdad; su gran arte es la falsedad, su principal preocupación es la apariencia y la belleza. Confesémoslo, nosotros los hombres: honramos y amamos este mismo arte y este mismo instinto en la mujer: nosotros que tenemos la dura tarea, y para nuestro recreo buscamos con gusto la compañía de seres bajo cuyas manos, miradas y delicadas locuras, nuestra seriedad, nuestra gravedad y profundidad nos parecen casi locuras. Finalmente, hago la pregunta: ¿Ha reconocido alguna vez una mujer la profundidad en la mente de una mujer, o la justicia en el corazón de una mujer? ¿Y no es cierto que, en general, la "mujer" ha sido hasta ahora más despreciada por la propia mujer, y en absoluto por nosotros? - Nosotros, los hombres, deseamos que la mujer no continúe comprometiéndose con nosotros al iluminarnos; así como fue el cuidado y la consideración del hombre hacia la mujer, cuando la iglesia decretó: mulier taceat in ecclesia. Fue en beneficio de la mujer cuando Napoleón dio a entender a la demasiado elocuente Madame de Stael: ¡mulier taceat in politicis! -y en mi opinión, es un verdadero amigo de la mujer quien llama hoy a las mujeres: mulier taceat de mulierel.

233. Traiciona la corrupción de los instintos -aparte de que traiciona el mal gusto- cuando una mujer se refiere a Madame Roland, o a Madame de Stael, o a Monsieur George Sand, como si con ello se demostrara algo a favor de "la mujer tal como es". Entre los hombres, éstas son las tres mujeres cómicas tal como son -¡nada más!- y sólo los mejores contraargumentos involuntarios contra la emancipación y la autonomía femeninas.

234. La estupidez en la cocina; la mujer como cocinera; ¡la terrible irreflexión con que se maneja la alimentación de la familia y del amo

de la casa! La mujer no entiende lo que significa la comida, ¡y se empeña en ser cocinera! Si la mujer hubiera sido una criatura pensante, ciertamente, como cocinera durante miles de años, debería haber descubierto los hechos fisiológicos más importantes, y también debería haberse apoderado del arte de curar. Por culpa de las malas cocineras -por la falta total de razón en la cocina- el desarrollo de la humanidad ha sido el más retrasado y el más interferido: incluso hoy las cosas son muy poco mejores. Unas palabras para las chicas del instituto.

235. Hay giros y lances de fantasía, hay frases, pequeños puñados de palabras, en los que toda una cultura, toda una sociedad se cristaliza de repente. Entre ellas se encuentra el comentario incidental de Madame de Lambert a su hijo: "MON AMI, NE VOUS PERMETTEZ JAMAIS QUE DES FOLIES, QUI VOUS FERONT GRAND PLAISIR", el comentario más maternal y sabio, por cierto, que jamás se haya dirigido a un hijo.

236. No me cabe duda de que toda mujer noble se opondrá a lo que Dante y Goethe creían de la mujer: el primero cuando cantaba "ELLA GUARDAVA SUSO, ED IO IN LEI", y el segundo cuando lo interpretaba: "lo eternamente femenino nos atrae"; pues ESTO es justo lo que cree de lo eternamente masculino.

237. SIETE APOTEGMAS PARA LAS MUJERES

¡Cómo huye el tedio más largo, Cuando un hombre se acerca a nuestras rodillas!

La edad, ¡ay! y la ciencia estacionada, Proporcionan incluso la ayuda de la débil virtud.

El atuendo sombrío y el silencio se encuentran: Vestido para toda dama discreta.

¿A quién le agradezco cuando estoy en mi felicidad? ¡A Dios! ¡Y a mi buena sastra!

Joven, una caverna adornada con flores; viejo, un dragón que vaga por ahí.

Noble título, pierna que está bien, Hombre también: ¡Oh, si fuera mío!

Habla en breve y sentido en masa: ¡resbaladizo para el culo de la chica!

237A. La mujer ha sido tratada hasta ahora por los hombres como los pájaros, que, perdiendo su camino, han bajado entre ellos desde una elevación: como algo delicado, frágil, salvaje, extraño, dulce y

animador; pero como algo también que debe ser encerrado para evitar que vuele.

238. Equivocarse en el problema fundamental del "hombre y la mujer", negar aquí el más profundo antagonismo y la necesidad de una tensión eternamente hostil, soñar aquí tal vez con la igualdad de derechos, la igualdad de formación, la igualdad de reivindicaciones y de obligaciones: eso es un signo TÍPICO de superficialidad; y un pensador que ha demostrado ser superficial en este punto peligroso -¡superficial en el instinto! -puede ser considerado generalmente como sospechoso, más aún, como traicionado, como descubierto; probablemente resultará demasiado "corto" para todas las cuestiones fundamentales de la vida, tanto futuras como presentes, y será incapaz de descender a NINGUNA de las profundidades. Por otra parte, un hombre que tiene profundidad de espíritu así como de deseos, y tiene también la profundidad de la benevolencia que es capaz de la severidad y la dureza, y fácilmente confundida con ellas, sólo puede pensar en la mujer como lo hacen los ORIENTALES: debe concebirla como una posesión, como una propiedad confinable, como un ser predestinado a servir y a cumplir su misión en ella; debe apoyarse, en este sentido, en la inmensa racionalidad de Asia, en la superioridad del instinto de Asia, como lo hacían antiguamente los griegos; aquellos mejores herederos y eruditos de Asia, que, como es bien sabido, con su creciente cultura y amplitud de poder, desde Homero hasta la época de Pericles, se volvieron gradualmente MÁS ESTRICHTOS con la mujer, en definitiva, más orientales. Consideremos cuán necesario, cuán lógico e incluso cuán humanamente deseable era esto.

239. El sexo débil no ha sido tratado en ninguna época anterior con tanto respeto por parte de los hombres como en la actual; esto

pertenece a la tendencia y al gusto fundamental de la democracia, del mismo modo que la falta de respeto a la vejez; ¿qué maravilla es que se abuse inmediatamente de este respeto? Ellas quieren más, aprenden a reclamar, el tributo de respeto se siente finalmente como algo muy irritante; se prefiere la rivalidad por los derechos, incluso la propia lucha: en una palabra, la mujer está perdiendo la modestia. Y añadamos inmediatamente que también está perdiendo el gusto. Está desaprendiendo a temer al hombre: pero la mujer que "desaprende a temer" sacrifica sus instintos más femeninos. Que la mujer se atreva a avanzar cuando la cualidad inspiradora del miedo en el hombre -o más bien, el HOMBRE en el hombre- ya no se desea ni se desarrolla plenamente, es bastante razonable y también inteligible; lo que es más difícil de entender es que precisamente así la mujer se deteriora. Esto es lo que ocurre hoy en día: ¡no nos engañemos al respecto! Allí donde el espíritu industrial ha triunfado sobre el espíritu militar y aristocrático, la mujer lucha por la independencia económica y jurídica de una oficinista: "La mujer como oficinista" está inscrita en el portal de la sociedad moderna que está en curso de formación. Mientras se apropiá así de nuevos derechos, aspira a ser "maestra" e inscribe el "progreso" de la mujer en sus banderas y estandartes, se realiza con terrible obviedad todo lo contrario: LA MUJER RETROCEDE. Desde la Revolución Francesa, la influencia de la mujer en Europa ha DISMINUIDO en la medida en que ha aumentado sus derechos y reivindicaciones; y la "emancipación de la mujer", en la medida en que es deseada y exigida por las propias mujeres (y no sólo por los superficiales masculinos), se revela así como un síntoma notable del creciente debilitamiento y amortiguamiento de los instintos más femeninos. Hay ESTUPIDEZ en este movimiento, una estupidez casi masculina, de la que una mujer bien educada -que siempre es una mujer sensata- podría avergonzarse de corazón. Perder la intuición en cuanto al terreno sobre el que puede lograr la victoria con mayor seguridad; descuidar el ejercicio en el uso de sus armas apropiadas; dejarse llevar ante el hombre, tal vez incluso "al libro", donde antes se mantenía en control y en refinada y artera humildad; neutralizar con su virtuosa audacia la fe del hombre en un ideal

velado y fundamentalmente diferente en la mujer, algo eterna y necesariamente femenino; disuadir enfática y locuazmente al hombre de la idea de que la mujer debe ser preservada, cuidada, protegida y consentida, como un animal doméstico delicado, extrañamente salvaje y a menudo placentero; la recopilación torpe e indignada de todo lo que la naturaleza de la servidumbre y la esclavitud que la posición de la mujer en el orden de la sociedad hasta ahora existente ha implicado y aún implica (como si la esclavitud fuera un contraargumento, y no más bien una condición de toda cultura superior, de toda elevación de la cultura): -¿Qué significa todo esto, sino una desintegración de los instintos femeninos, una desfeminización? Ciertamente, hay bastantes amigos idiotas y corruptores de la mujer entre los asnos eruditos del sexo masculino, que aconsejan a la mujer que se desfeminice de esta manera, y que imite todas las estupideces de las que adolece el "hombre" en Europa, la "hombría" europea, y que querrían rebajar a la mujer a la "cultura general", incluso a la lectura de periódicos y a la intromisión en la política. Aquí y allá quieren incluso convertir a la mujer en un espíritu libre y en una trabajadora literaria: como si una mujer sin piedad no fuera algo perfectamente detestable o ridículo para un hombre profundo e impío; -casi en todas partes se le arruinan los nervios con la música más mórbida y peligrosa (nuestra última música alemana), y cada día se la hace más histérica y más incapaz de cumplir su primera y última función, la de tener hijos robustos. Desean "cultivarla" en general aún más, y pretenden, como dicen, hacer al "sexo débil" FUERTE por medio de la cultura: como si la historia no enseñara de la manera más enfática que el "cultivo" de la humanidad y su debilitamiento -es decir, el debilitamiento, la disipación y el languidecimiento de su FUERZA DE VOLUNTAD- siempre han ido a la par, y que las mujeres más poderosas e influyentes del mundo (y, por último, la madre de Napoleón) sólo tenían que agradecer a su fuerza de voluntad -y no a sus maestros- su poder y su ascendencia sobre los hombres. Lo que inspira respeto en la mujer, y a menudo también miedo, es su NATURALEZA, que es más "natural" que la del hombre, su flexibilidad genuina, carnívora y astuta, sus garras de

tigre bajo el guante, su NAVIDAD en el egoísmo, su falta de entrenamiento y su salvajismo innato, la incomprensibilidad, extensión y desviación de sus deseos y virtudes. Lo que, a pesar del miedo, excita la simpatía por la peligrosa y bella gata "mujer", es que parece más afligida, más vulnerable, más necesitada de amor y más condenada al desengaño que cualquier otra criatura. El miedo y la simpatía es con estos sentimientos con los que el hombre se ha parado hasta ahora en presencia de la mujer, siempre con un pie ya en la tragedia, que se desgarra mientras se deleita- ¿Qué? ¿Y todo eso va a terminar ahora? ¿Y el DESENCANTAMIENTO de la mujer está en marcha? ¿El tedio de la mujer está evolucionando lentamente? ¡Oh, Europa! ¡Europa! ¡Conocemos el animal con cuernos que siempre te resultó más atractivo, y del que te amenaza de nuevo el peligro! Tu vieja fábula podría volver a ser "historia", una inmensa estupidez podría volver a dominarte y llevarte. Y ningún Dios oculto bajo ella, no, sólo una "idea", una "idea moderna".

CAPÍTULO VIII. PUEBLOS Y PAÍSES

240. HE OÍDO, una vez más, por primera vez, la obertura de Richard Wagner para el Maestro Cantor: es una pieza de arte magnífica, preciosa, pesada, de los últimos tiempos, que tiene el orgullo de presuponer dos siglos de música como todavía viva, para que pueda ser comprendida: ¡es un honor para los alemanes que tal orgullo no haya calculado mal! ¡Qué sabores y fuerzas, qué estaciones y climas no encontramos mezclados en ella! Nos impresiona a la vez como antiguo, a la vez como extranjero, amargo y demasiado moderno, es tan arbitrario como pomposamente tradicional, no pocas veces es pícaro, aún más áspero y tosco; tiene fuego y coraje, y al mismo tiempo la piel suelta y de color oscuro de las frutas que maduran demasiado tarde. Fluye amplio y lleno: y de repente hay un momento de inexplicable vacilación, como una brecha que se abre entre la causa y el efecto, una opresión que nos hace soñar, casi una pesadilla; pero ya se amplía y ensancha de nuevo, la vieja corriente de deleite-el más múltiple deleite,-de vieja y nueva felicidad; incluyendo ESPECIALMENTE la alegría del artista en sí mismo, que se niega a ocultar, su asombrado y feliz conocimiento de su dominio de los expedientes aquí empleados, los nuevos, recién adquiridos, imperfectamente probados expedientes del arte que aparentemente nos traiciona. Sin embargo, no hay belleza, no hay sur, nada de la delicada claridad meridional del cielo, nada de gracia, nada de danza, apenas una voluntad de lógica; una cierta torpeza incluso, que también se acentúa, como si el artista quisiera decírnos: "Esto forma parte de mi intención"; un drapeado engoroso, algo arbitrariamente bárbaro y ceremonioso, un coqueteo de concepciones y ocurrencias eruditas y venerables; algo alemán en el mejor y peor sentido de la palabra, algo al estilo alemán, múltiple, sin forma e inagotable; una cierta potencia y superplenitud de alma

alemana, que no teme esconderse bajo los RAFINOS de la decadencia -que, quizás, se siente más a gusto allí-; una muestra real y genuina del alma alemana, que es al mismo tiempo joven y envejecida, demasiado madura y, sin embargo, todavía muy rica en futuridad. Este tipo de música es la que mejor expresa lo que pienso de los alemanes: pertenecen a anteayer y a pasado mañana; todavía no tienen hoy.

241. Nosotros, los "buenos europeos", también tenemos horas en las que nos permitimos un patriotismo de corazón caliente, una zambullida y una recaída en viejos amores y visiones estrechas - acabo de dar un ejemplo de ello-, horas de excitación nacional, de angustia patriótica y toda clase de torrentes de sentimientos a la antigua. Los espíritus más apagados tal vez sólo acaben con lo que limita sus operaciones en nosotros a horas y se desarrolla en horas; en un tiempo considerable: algunos en medio año, otros en media vida, según la rapidez y la fuerza con que digieren y "cambian su material". De hecho, podría pensar en razas perezosas y vacilantes, que incluso en nuestra rápida Europa, necesitarían medio siglo antes de poder superar tales ataques atávicos de patriotismo y apego al suelo, y volver una vez más a la razón, es decir, al "buen europeísmo". Y mientras divagaba sobre esta posibilidad, me convertí en testigo de una conversación entre dos viejos patriotas; evidentemente, ambos eran duros de oído y, en consecuencia, hablaban tanto más alto. "Tiene tanta y sabe tanta filosofía como un campesino o un estudiante de cuerpo", dijo el primero, "sigue siendo inocente. Pero ¡qué importa eso hoy en día! Es la época de las masas: se tumban sobre el vientre ante todo lo que es masivo. Y así también in politicis. A un estadista que levanta para ellos una nueva Torre de Babel, una monstruosidad de imperio y poder, lo llaman "grande"; qué importa que nosotros, más prudentes y conservadores, no abandonemos entretanto la vieja creencia de que sólo el gran pensamiento da grandeza a una acción o asunto. Suponiendo que un estadista pusiera a su pueblo en la tesitura de

verse obligado en lo sucesivo a practicar la "alta política", para la que por naturaleza está mal dotado y preparado, de modo que tuviera que sacrificar sus viejas y fiables virtudes, por amor a una nueva y dudosa mediocridad; -suponiendo que un estadista condenara a su pueblo en general a "practicar la política", cuando hasta ahora ha tenido algo mejor que hacer y pensar, y cuando en el fondo de su alma no ha podido liberarse de un prudente aborrecimiento de la inquietud, el vacío y las ruidosas disputas de las naciones esencialmente practicantes de la política; -suponiendo que tal estadista estimulara las pasiones y avideces adormecidas de su pueblo, convirtiera en un estigma su antigua timidez y su deleite en el distanciamiento, en una ofensa su exotismo y su oculta permanencia, depreciara sus inclinaciones más radicales, subvirtiera sus conciencias, hiciera sus mentes estrechas y sus gustos "nacionales"-¡qué! un estadista que hiciera todo esto, por lo que su pueblo tendría que hacer penitencia a lo largo de todo su futuro, si es que tenía un futuro, tal estadista sería GRANDE, ¿no es así?"-¡Sin duda!", replicó el otro viejo patriota con vehemencia, "de lo contrario NO PODRÍA haberlo hecho". Tal vez fue una locura desear tal cosa. ¡Pero tal vez todo lo grande ha sido igual de loco en su comienzo!"-¡Mal uso de las palabras!" gritó su interlocutor, contradictoriamente-¡Fuerte! ¡Fuerte y loco! Los ancianos se habían acalorado, evidentemente, al gritarse mutuamente sus "verdades" en la cara, pero yo, en mi felicidad y apartamiento, consideré cuán pronto el más fuerte puede hacerse dueño del fuerte, y también que hay una compensación para la superficialización intelectual de una nación, a saber, en la profundización de otra.

242. Ya sea que lo llamemos "civilización", o "humanización", o "progreso", lo que ahora distingue al europeo, ya sea que lo llamemos simplemente, sin alabanza ni culpa, por la fórmula política el movimiento DEMOCRÁTICO en Europa, detrás de todos los primeros planos morales y políticos señalados por tales fórmulas,

se lleva a cabo un inmenso PROCESO FISIOLÓGICO, que está extendiendo siempre el proceso de la asimilación de los europeos, su creciente desprendimiento de las condiciones bajo las cuales, climática y hereditariamente se originan las razas unidas, su creciente independencia de todo medio definido, que durante siglos se inscribiría con iguales exigencias en el alma y el cuerpo, es decir, la lenta aparición de una especie de hombre esencialmente SUPER-NACIONAL y nómada, que posee, fisiológicamente hablando, un máximo del arte y poder de adaptación como su distinción típica. Este proceso del EUROPEO EVOLUTIVO, que puede ser retardado en su TEMPO por grandes recaídas, pero que tal vez sólo gane y crezca con ello en vehemencia y profundidad -la tormenta y la tensión del "sentimiento nacional" que aún se libra pertenecen a él, y también el anarquismo que está apareciendo en la actualidad- este proceso probablemente llegará a resultados con los que sus ingenuos propagadores y panegiristas, los apóstoles de las "ideas modernas", menos se preocuparían de contar. Las mismas condiciones nuevas bajo las cuales se producirá, en promedio, una nivelación y mediocrisis del hombre -un hombre gregario, útil, industrioso, servicial y astuto- son en grado sumo adecuadas para dar lugar a hombres excepcionales de las cualidades más peligrosas y atractivas. Porque, mientras la capacidad de adaptación, que cada día prueba condiciones cambiantes, y comienza una nueva obra con cada generación, casi con cada década, hace imposible la POTENCIA del tipo; mientras la impresión colectiva de tales futuros europeos será probablemente la de trabajadores numerosos, habladores, de voluntad débil y muy hábiles que REQUIEREN un amo, un comandante, como requieren su pan diario; mientras, por lo tanto, la democratización de Europa tenderá a la producción de un tipo preparado para la ESCLAVITUD en el sentido más sutil del término: el hombre FUERTE se hará necesariamente, en casos individuales y excepcionales, más fuerte y más rico de lo que tal vez haya sido nunca antes, gracias a la desprejuiciación de su educación, debido a la inmensa variedad de la práctica, el arte y el disfraz. Quise decir que la democratización de Europa es al mismo tiempo un arreglo involuntario para la

crianza de TIRANOS -tomando la palabra en todas sus acepciones, incluso en su sentido más espiritual.

243. Oigo con placer que nuestro sol se mueve rápidamente hacia la constelación de Hércules: y espero que los hombres de esta tierra hagan como el sol. ¡Y nosotros más adelante, nosotros los buenos europeos!

244. Hubo un tiempo en que se acostumbraba a llamar a los alemanes "profundos" a modo de distinción; pero ahora que el tipo más exitoso del nuevo germanismo es codicioso de otros honores, y tal vez echa de menos la "inteligencia" en todo lo que tiene profundidad, es casi oportuno y patriótico dudar si no nos engañamos antes con ese elogio: en resumen, si la profundidad alemana no es en el fondo algo diferente y peor, y algo de lo que, gracias a Dios, estamos a punto de librarnos con éxito. Intentemos, pues, reaprender con respecto a la profundidad alemana; lo único necesario para ello es una pequeña vivisección del alma alemana.- El alma alemana es sobre todo múltiple, variada en su origen, agregada y superpuesta, más que realmente construida: esto se debe a su origen. Un alemán que se atreviera a afirmar: "Dos almas, desgraciadamente, habitan en mi pecho", se equivocaría en la verdad, o, más correctamente, se quedaría muy lejos de la verdad sobre el número de almas. Como pueblo compuesto por la más extraordinaria mezcla y mestizaje de razas, quizás incluso con una preponderancia del elemento preario como "pueblo del centro" en todo el sentido del término, los alemanes son más intangibles, más amplios, más contradictorios, más desconocidos, más incalculables, más sorprendentes e incluso más aterradores que otros pueblos para sí mismos: escapan a la DEFINICIÓN, y son por ello la única desesperación de los franceses. Es característico de los alemanes que la pregunta: "¿Qué es alemán?" nunca se

extingue entre ellos. Kotzebue conocía ciertamente bien a sus alemanes: "Nos conocen", le gritaban jubilosos, pero Sand también creía conocerlos. Jean Paul sabía lo que hacía cuando se declaraba indignado por las mentirosas pero patrióticas lisonjas y exageraciones de Fichte, -pero es probable que Goethe pensara sobre los alemanes de forma diferente a Jean Paul, aunque le reconociera la razón con respecto a Fichte. Es una incógnita lo que Goethe pensaba realmente sobre los alemanes... -Pero sobre muchas cosas de su entorno nunca habló explícitamente, y toda su vida supo guardar un astuto silencio -probablemente tenía buenas razones para ello. Es cierto que no fueron las "Guerras de la Independencia" las que le hicieron levantar la vista con más alegría, como tampoco lo fue la Revolución Francesa; el acontecimiento por el que RECONSTRUYO su "Fausto", y de hecho todo el problema del "hombre", fue la aparición de Napoleón. Hay palabras de Goethe en las que condena con impaciente severidad, como de una tierra extranjera, aquello de lo que los alemanes se enorgullenecen, una vez definió el famoso giro mental alemán como "Indulgencia hacia las debilidades propias y ajenas". ¿Se equivocó? Es característico de los alemanes que uno rara vez se equivoque del todo con ellos. El alma alemana tiene pasadizos y galerías, hay cuevas, escondites y mazmorras en ella, su desorden tiene mucho del encanto de lo misterioso, el alemán conoce bien los senderos del caos. Y como todo ama su símbolo, el alemán ama las nubes y todo lo que es oscuro, evolutivo, crepuscular, húmedo y envuelto, le parece que todo lo incierto, no desarrollado, autodesplazado y en crecimiento es "profundo". El propio alemán no EXISTE, está CONVIRTIENDO, está "desarrollándose". El "desarrollo" es, por tanto, el descubrimiento y el éxito esencialmente alemanes en el gran dominio de las fórmulas filosóficas, una idea dominante que, junto con la cerveza y la música alemanas, está trabajando para germanizar toda Europa. Los extranjeros se sienten asombrados y atraídos por los enigmas que la naturaleza conflictiva en la base del alma alemana les propone (enigmas que Hegel sistematizó y que Richard Wagner acabó poniendo música). "Bondadoso y rencoroso": tal yuxtaposición, absurda en el caso de cualquier otro

pueblo, se justifica desgraciadamente con demasiada frecuencia en Alemania, ¡basta con vivir un tiempo entre suabos para saberlo! La torpeza del erudito alemán y su desagrado social concuerdan alarmantemente bien con su baile físico de cuerda y su ágil audacia, de la que todos los dioses han aprendido a tener miedo. Si alguien quiere ver el "alma alemana" demostrada ad oculos, que sólo mire el gusto alemán, las artes y los modales alemanes, ¡qué indiferencia tan grosera hacia el "gusto"! ¡Cómo se yuxtaponen lo más noble y lo más vulgar! ¡Qué desordenada y qué rica es toda la constitución de esta alma! El alemán arrastra su alma, arrastra todo lo que experimenta. Digiere mal sus acontecimientos; nunca llega a "terminar" con ellos; y la profundidad alemana es a menudo sólo una "digestión" difícil y vacilante. Y así como a todos los inválidos crónicos, a todos los dispépticos les gusta lo que es conveniente, al alemán le gusta la "franqueza" y la "honestad"; ¡es tan CONVENIENTE ser franco y honesto! -Esta confianza, esta complacencia, este mostrar las cartas de la HONESTIDAD alemana, es probablemente el disfraz más peligroso y más exitoso que el alemán lleva a cabo hoy en día: es su propio arte mefistofélico; ¡con esto puede "lograr todavía mucho"! El alemán se deja llevar, y con ello mira con sus fieles, azules y vacíos ojos alemanes, y los demás países lo confunden inmediatamente con su bata... Quería decir que, sea como sea la "profundidad alemana" -entre nosotros mismos quizá nos tomemos la libertad de reírnos de ella-, haremos bien en seguir honrando en lo sucesivo su apariencia y su buen nombre, y en no trocar demasiado barato nuestra antigua reputación de pueblo profundo por la "inteligencia" prusiana y el ingenio y la arena berlineses. Es prudente que un pueblo se haga pasar por profundo, torpe, bondadoso, honesto y tonto, y que se deje considerar como tal. Por último, debemos hacer honor a nuestro nombre: no nos llaman el "TIUSCHE VOLK" (pueblo engañoso) por nada....

245. El "buen tiempo" ha pasado, se cantó en Mozart; ¡qué felices somos de que su ROCOCO nos siga hablando, de que su "buena compañía", su tierno entusiasmo, su infantil deleite en la china y sus florituras, su cortesía de corazón, su anhelo por lo elegante, lo amoroso, lo tropezado, lo lacrimógeno y su creencia en el Sur, puedan aún apelar a ALGO que queda en nosotros! Ah, algún día se acabará con él, pero ¿quién puede dudar de que se acabará aún antes con la inteligencia y el gusto por Beethoven? Porque él sólo fue el último eco de una ruptura y transición de estilo, y NO, como Mozart, el último eco de un gran gusto europeo que había existido durante siglos. Beethoven es el acontecimiento intermedio entre un alma vieja y melosa que se rompe constantemente, y un alma futura y sobre-joven que siempre viene; se extiende sobre su música el crepúsculo de la pérdida eterna y la eterna esperanza extravagante, la misma luz en la que Europa se bañó cuando soñó con Rousseau, cuando bailó alrededor del Árbol de la Libertad de la Revolución, y finalmente casi cayó en adoración ante Napoleón. Pero ¡qué rápidamente palidece ahora este mismo sentimiento, qué difícil es hoy en día incluso la APREHENSIÓN de este sentimiento, qué extrañamente suena a nuestros oídos el lenguaje de Rousseau, Schiller, Shelley y Byron, en quienes COLECTIVAMENTE pudo HABLAR el mismo destino de Europa, que supo CANTAR en Beethoven! -Cualquier música alemana que viniera después, pertenece al Romanticismo, es decir, a un movimiento que, históricamente considerado, fue aún más corto, más fugaz y más superficial que ese gran interludio, la transición de Europa de Rousseau a Napoleón, y al surgimiento de la democracia. Weber, pero ¡qué nos importa hoy en día el "Freischutz" y el "Oberon"! O "Hans Heiling" y "Vampyre" de Marschner. O incluso el "Tannhauser" de Wagner. Esa es una música extinta, aunque aún no olvidada. Toda esta música del Romanticismo, además, no era lo suficientemente noble, no era lo suficientemente musical, como para mantener su posición en cualquier lugar que no fuera el teatro y ante las masas; desde el principio fue una música de segunda categoría, que fue poco considerada por los músicos genuinos. Fue diferente con Felix Mendelssohn, ese maestro halcón, que por su

alma más ligera, más pura, más feliz, adquirió rápidamente la admiración, y fue igualmente olvidado rápidamente: como la hermosa EPISODIA de la música alemana. Pero con respecto a Robert Schumann, que se tomó las cosas en serio, y ha sido tomado en serio desde el principio -fue el último que fundó una escuela-, ¿no consideramos ahora como una satisfacción, un alivio, una liberación, que este mismo romanticismo de Schumann haya sido superado? Schumann, huyendo a la "Suiza sajona" de su alma, con una naturaleza medio Werther, medio Jean-Paul (¡seguramente no como Beethoven! ¡seguramente no como Byron!), su música de MANFRED es un error y un malentendido hasta la injusticia; Schumann, con su gusto, que era fundamentalmente un gusto PETTY (es decir, una propensión peligrosa -doblemente peligrosa entre los alemanes- al lirismo tranquilo y a la embriaguez de los sentimientos), yendo constantemente aparte, retirándose y retrayéndose tímidamente, un noble debilucho que no se deleitaba en nada más que en la alegría y la pena anónimas, desde el principio una especie de niña y NOLI ME TANGERE: este Schumann era ya simplemente un acontecimiento ALEMÁN en la música, y ya no un acontecimiento europeo, como lo había sido Beethoven, como lo había sido en un grado aún mayor Mozart; Con Schumann la música alemana se vio amenazada por su mayor peligro, el de perder la voz del alma de Europa y hundirse en un asunto meramente nacional.

246. ¡Qué tortura son los libros escritos en alemán para un lector que tiene un TERCER oído! Con qué indignación se queda al lado de la ciénaga de sonidos sin melodía y ritmos sin baile que los alemanes llaman "libro". ¡E incluso el alemán que LEE libros! ¡Con qué pereza, con qué desgana, con qué mal lee! ¡Cuántos alemanes saben, y consideran obligatorio saberlo, que en toda buena frase hay un arte que hay que adivinar, si se quiere entender la frase! Si hay un malentendido sobre su TEMPO, por ejemplo, ¡la frase misma está malentendida! Que no se debe dudar de las sílabas que

determinan el ritmo, que se debe sentir la ruptura de la simetría demasiado rígida como intencional y como un encanto, que se debe prestar un oído fino y paciente a cada STACCATO y a cada RUBATO, que se debe adivinar el sentido en la secuencia de las vocales y los diptongos, y la delicadeza y riqueza con que se pueden matizar y repintar en el orden de su disposición, ¿quién de entre los alemanes lectores de libros es lo suficientemente complaciente como para reconocer tales deberes y requisitos, y para escuchar tanto arte e intención en el lenguaje? Al fin y al cabo, uno simplemente "no tiene oído para ello"; y así los contrastes más marcados de estilo no se oyen, y el arte más delicado es como si se aplastara a los sordos. -Estos fueron mis pensamientos cuando noté cuán torpemente y sin intuición se han confundido dos maestros en el arte de escribir en prosa: uno, cuyas palabras caen vacilante y fríamente, como desde el techo de una cueva húmeda; cuenta con su sonido sordo y su eco; y otro que manipula su lenguaje como una espada flexible, y desde el brazo hasta los dedos de los pies siente la peligrosa dicha de la hoja temblorosa y demasiado afilada, que desea morder, silbar y cortar.

247. Qué poco tiene que ver el estilo alemán con la armonía y con el oído, lo demuestra el hecho de que precisamente nuestros buenos músicos escriben ellos mismos mal. El alemán no lee en voz alta, no lee para el oído, sino sólo con los ojos; ha guardado sus oídos en el cajón por el momento. En la antigüedad, cuando un hombre leía -lo cual era bastante raro- leía algo para sí mismo, y en voz alta; se sorprendían cuando alguien leía en silencio, y buscaban en secreto la razón de ello. En voz alta: es decir, con todos los oleajes, inflexiones y variaciones de tono y cambios de TEMPO, en los que el antiguo mundo PÚBLICO se deleitaba. Las leyes del estilo escrito eran entonces las mismas que las del estilo hablado; y estas leyes dependían en parte del sorprendente desarrollo y de las refinadas exigencias del oído y de la laringe; en parte de la fuerza, resistencia y potencia de los antiguos pulmones. En el sentido antiguo, un

período es sobre todo un conjunto fisiológico, en la medida en que está comprendido en una respiración. Períodos como los que aparecen en Demóstenes y Cicerón, que se hinchan dos veces y se hunden dos veces, y todo en una sola respiración, eran placeres para los hombres de la ANTIGÜEDAD, que sabían por su propia educación cómo apreciar la virtud de los mismos, la rareza y la dificultad en la liberación de tal período; ¡nosotros no tenemos realmente derecho al GRAN período, nosotros los hombres modernos, que estamos faltos de aliento en todos los sentidos! Aquellos antiguos, en efecto, eran todos ellos dilettanti en el hablar, consecuentemente conocedores, consecuentemente críticos; así llevaron a sus oradores al más alto nivel; de la misma manera que en el siglo pasado, cuando todas las damas y caballeros italianos sabían cantar, el virtuosismo del canto (y con él también el arte de la melodía) alcanzó su elevación. Sin embargo, en Alemania (hasta hace muy poco tiempo, cuando una especie de elocuencia de plataforma comenzó a agitar tímida y torpemente sus jóvenes alas), sólo existía propiamente un tipo de discurso público y APROXIMADAMENTE artístico: el pronunciado desde el púlpito. El predicador era el único en Alemania que conocía el peso de una sílaba o de una palabra, de qué manera una frase golpea, brota, se precipita, fluye y llega a su fin; sólo él tenía conciencia en sus oídos, a menudo una conciencia bastante mala: pues no faltan razones para que el dominio de la oratoria sea especialmente raro para un alemán, o casi siempre demasiado tarde. La obra maestra de la prosa alemana es, pues, con razón, la obra maestra de su mayor predicador: la BIBLIA ha sido hasta ahora el mejor libro alemán. Comparado con la Biblia de Lutero, casi todo lo demás no es más que "literatura", algo que no ha crecido en Alemania y que, por tanto, no ha echado ni echa raíces en los corazones alemanes, como lo ha hecho la Biblia.

248. Hay dos clases de genios: uno que sobre todo engendra y busca engendrar, y otro que voluntariamente se deja fructificar y

engendra. Y del mismo modo, entre las naciones dotadas, las hay en las que ha recaído el problema del embarazo de la mujer, y la tarea secreta de formar, madurar y perfeccionar -los griegos, por ejemplo, eran una nación de este tipo, y también los franceses-; y otras que tienen que fructificar y convertirse en la causa de nuevos modos de vida -como los judíos, los romanos y, con toda modestia, pregúntese: ¿como los alemanes? -naciones torturadas y embelesadas por fiebres desconocidas e irresistiblemente forzadas a salir de sí mismas, amorosas y anhelantes de razas extranjeras (para los que "se dejan fructificar"), y con todo imperiosas, como todo lo que tiene conciencia de estar lleno de fuerza generadora, y en consecuencia facultado "por la gracia de Dios". Estas dos clases de genios se buscan mutuamente como el hombre y la mujer; pero también se malinterpretan como el hombre y la mujer.

249. Cada nación tiene su propia "Tartufería", y llama a eso su virtud.-Uno no sabe -no puede saber- lo mejor que hay en uno.

250. Muchas cosas, buenas y malas, y sobre todo una cosa de la naturaleza tanto de lo mejor como de lo peor: el gran estilo en la moral, el temor y la majestuosidad de las exigencias infinitas, de las significaciones infinitas, todo el romanticismo y la sublimidad de la cuestionabilidad moral, y por consiguiente, justo el elemento más atractivo, atrapante y exquisito de esas irisaciones y atractivos de la vida, en cuyo aftersheen el cielo de nuestra cultura europea, su cielo vespertino, brilla ahora -quizás brille-. Por ello, los artistas, entre los espectadores y los filósofos, estamos agradecidos a los judíos.

251. Hay que tener en cuenta, si diversas nubes y perturbaciones - en resumen, ligeros ataques de estupidez- pasan sobre el espíritu de un pueblo que sufre y QUIERE sufrir la fiebre nerviosa nacional y la ambición política: Por ejemplo, entre los alemanes actuales se alternan la locura antifrancesa, la locura antisemita, la locura antipolaca, la locura romántico-cristiana, la locura wagneriana, la locura teutónica, la locura prusiana (basta con mirar a esos pobres historiadores, los Sybels y los Treitschkes, y sus cabezas estrechamente vendadas), y cualquier otra cosa que pueda llamarse a estos pequeños oscurecimientos del espíritu y la conciencia alemanes. Que se me perdone que yo también, durante una breve y atrevida estancia en un terreno muy infectado, no quedé totalmente exento de la enfermedad, sino que, como todo el mundo, empecé a tener pensamientos sobre asuntos que no me concernían, el primer síntoma de la infección política. Sobre los judíos, por ejemplo, escuchad lo siguiente:-Nunca he conocido a un alemán que se inclinara favorablemente hacia los judíos; y por muy decidido que sea el repudio del antisemitismo real por parte de todos los hombres prudentes y políticos, esta prudencia y política no se dirige quizás contra la naturaleza del sentimiento en sí, sino sólo contra su peligroso exceso, y especialmente contra la expresión desagradable e infame de este exceso de sentimiento; en este punto no debemos engañarnos. Que Alemania tiene judíos de sobra, que el estómago alemán, la sangre alemana, tiene dificultades (y las tendrá durante mucho tiempo) para deshacerse sólo de esta cantidad de "judío" -como lo han hecho el italiano, el francés y el inglés mediante una digestión más fuerte-: ésa es la declaración y el lenguaje inequívocos de un instinto general, al que hay que escuchar y según el cual hay que actuar. "¡Que no entren más judíos! Y cerrad las puertas, especialmente hacia el Este (también hacia Austria)!" -así lo ordena el instinto de un pueblo cuya naturaleza es todavía débil e incierta, de modo que podría ser fácilmente aniquilada, fácilmente extinguida, por una raza más fuerte. Los judíos, sin embargo, son sin duda la raza más fuerte, más dura y más pura que vive actualmente en Europa, saben salir adelante incluso en las peores condiciones (de hecho, mejor que en

las favorables), mediante virtudes de algún tipo, que hoy en día se querría calificar de vicios, gracias sobre todo a una fe resuelta que no necesita avergonzarse ante las "ideas modernas", que sólo se alteran, CUANDO se alteran, de la misma manera que el Imperio ruso hace su conquista -como un imperio que tiene mucho tiempo y no es de ayer-, es decir, según el principio "lo más lentamente posible". Un pensador que tenga el futuro de Europa en su corazón, en todas sus perspectivas sobre el futuro, calculará sobre los judíos, así como calculará sobre los rusos, como los factores más seguros y probables en el gran juego y batalla de fuerzas. Lo que actualmente se denomina "nación" en Europa, y que en realidad es más bien una RES FACTA que NATA (de hecho, a veces confusamente similar a una RES FICTA ET PICTA), es en todo caso algo en evolución, joven, fácilmente desplazable, y todavía no es una raza, y mucho menos una raza AERE PERENNUS, ¡ya que los judíos son tales "naciones" deben evitar con sumo cuidado toda rivalidad y hostilidad acaloradas! Es cierto que los judíos, si lo desearan -o si se vieran empujados a ello, como parecen desear los antisemitas-, ya tendrían la ascendencia, es más, literalmente la supremacía, sobre Europa, que NO están trabajando y planeando para ese fin es igualmente cierto. Mientras tanto, más bien deseán y anhelan, incluso de manera algo importuna, ser insorbidos y absorbidos por Europa, anhelan establecerse finalmente, ser autorizados y respetados en algún lugar, y deseán poner fin a la vida nómada, al "judío errante", y uno debería ciertamente tener en cuenta este impulso y tendencia, y HACER ADELANTES a ello (posiblemente indica una mitigación de los instintos judíos), para lo cual quizás sería útil y justo desterrar a los berreadores antisemitas del país. Hay que avanzar con toda prudencia, y con selección, más o menos como lo hace la nobleza inglesa Es lógico que los tipos más poderosos y fuertemente marcados del nuevo germanismo puedan entrar en relación con los judíos con la menor vacilación, por ejemplo el oficial de la nobleza de la frontera prusiana sería interesante en muchos sentidos ver si el genio del dinero y la paciencia (y especialmente algo de intelecto e intelectualidad - tristemente carente en el lugar referido-) no podría además ser

anexado y entrenado en el arte hereditario de mandar y obedecer, para lo cual el país en cuestión tiene ahora una reputación clásica. Pero aquí es conveniente interrumpir mi discurso festivo y mi alegre teutonomanía porque ya he llegado a mi TEMA SERIO, el "problema europeo", como yo lo entiendo, la formación de una nueva casta dirigente para Europa.

252. No son una raza filosófica los ingleses: Bacon representa un ATAQUE al espíritu filosófico en general, Hobbes, Hume y Locke, un abajamiento y una depreciación de la idea de "filósofo" durante más de un siglo. Fue CONTRA Hume que Kant se levantó y se alzó; fue Locke de quien Schelling dijo JUSTAMENTE: "JE MEPRISE LOCKE"; en la lucha contra el anquilosamiento mecánico inglés del mundo, Hegel y Schopenhauer (junto con Goethe) estaban de acuerdo; los dos hermanos-genios hostiles en la filosofía, que empujaron en diferentes direcciones hacia los polos opuestos del pensamiento alemán, y por lo tanto se agraviaron mutuamente como sólo lo hacen los hermanos. -Lo que falta en Inglaterra, y siempre ha faltado, lo sabía muy bien ese medio actor y retórico, el absurdo cabeza de chorlito, Carlyle, que trataba de ocultar bajo muecas apasionadas lo que sabía de sí mismo: a saber, lo que le faltaba a Carlyle: verdadero PODER del intelecto, verdadera PROFUNDIDAD de la percepción intelectual, en suma, filosofía. Es característico de una raza tan poco filosófica el aferrarse firmemente al cristianismo: necesitan su disciplina para "moralizar" y humanizar. El inglés, más sombrío, sensual, testarudo y brutal que el alemán, es por esa misma razón, como el más bajo de los dos, también el más piadoso: él tiene toda la necesidad del cristianismo. Para las fosas nasales más finas, este cristianismo inglés tiene todavía una característica mancha inglesa de bazo y exceso de alcohol, para lo cual, debido a buenas razones, se utiliza como antídoto: el veneno más fino para neutralizar el más burdo: una forma más fina de envenenamiento es, de hecho, un paso adelante con la gente de modales toscos, un paso hacia la espiritualización.

La tosquedad y el recato rústico de los ingleses todavía se disimulan más satisfactoriamente con la pantomima cristiana y con la oración y el canto de salmos (o, más correctamente, se explican y se expresan de otra manera); y para el rebaño de borrachos y desgarradores que antes aprendieron a gruñir moralmente bajo la influencia del metodismo (y más recientemente como el "Ejército de Salvación"), un arrebato penitencial puede ser realmente la manifestación relativamente más alta de "humanidad" a la que pueden ser elevados: esto puede admitirse razonablemente. Sin embargo, lo que ofende incluso al inglés más humano es su falta de música, por hablar en sentido figurado (y también literal): no tiene ni ritmo ni danza en los movimientos de su alma y su cuerpo; de hecho, ni siquiera el deseo de ritmo y danza, de "música". Escúchalo hablar; mira a la inglesa más hermosa CAMINANDO; en ningún país de la tierra hay palomas y cisnes más hermosos; finalmente, ¡escúchalos cantar! Pero pido demasiado...

253. Hay verdades que son mejor reconocidas por las mentes mediocres, porque se adaptan mejor a ellas, hay verdades que sólo poseen encantos y poder de seducción para los espíritus mediocres: uno se ve empujado a esta conclusión probablemente desagradable, ahora que la influencia de ingleses respetables pero mediocres -puedo mencionar a Darwin, John Stuart Mill y Herbert Spencer- comienza a ganar la ascendencia en la región de la clase media del gusto europeo. De hecho, ¿quién puede dudar de que es útil que TALES mentes tengan el predominio durante un tiempo? Sería un error considerar a las mentes altamente desarrolladas e independientemente ascendentes como especialmente cualificadas para determinar y recoger muchos pequeños hechos comunes, y deducir conclusiones de ellos; como excepciones, están más bien desde el principio en una posición no muy favorable hacia los que son "las reglas". Al fin y al cabo, tienen que hacer algo más que percibir: en efecto, tienen que SER algo nuevo, tienen que SIGNIFICAR algo nuevo, tienen que REPRESENTAR valores nuevos.

El abismo entre el conocimiento y la capacidad es tal vez más grande, y también más misterioso, de lo que se piensa: el hombre capaz en el gran estilo, el creador, tendrá que ser posiblemente un ignorante;-mientras que por otro lado, para los descubrimientos científicos como los de Darwin, una cierta estrechez, aridez y cuidado industrioso (en resumen, algo inglés) puede no ser desfavorable para llegar a ellos.-Por último, no hay que olvidar que los ingleses, con su profunda mediocridad, provocaron una vez antes una depresión general de la inteligencia europea.

Lo que se llama "ideas modernas", o "ideas del siglo XVIII", o "ideas francesas" -eso, en consecuencia, contra lo que la mente alemana se levantó con profunda repugnancia- es de origen inglés, no cabe duda. Los franceses no fueron más que los simios y los actores de estas ideas, sus mejores soldados, e igualmente, ¡ay! sus primeras y más profundas VÍCTIMAS; pues debido a la diabólica anglomanía de las "ideas modernas", el AME FRANCAIS se ha vuelto al final tan delgado y demacrado, que en la actualidad uno recuerda sus siglos XVI y XVII, su fuerza profunda y apasionada, su excelencia inventiva, casi con incredulidad. Hay que mantener, sin embargo, este veredicto de justicia histórica de manera decidida, y defenderlo contra los prejuicios y las apariencias actuales: la NOBLEZA europea -de sentimiento, de gusto y de costumbres, tomando la palabra en todo su alto sentido- es obra e invención de FRANCIA; la innobleza europea, el plebeyismo de las ideas modernas, es obra e invención de INGLATERRA.

254. Incluso en la actualidad, Francia sigue siendo la sede de la cultura más intelectual y refinada de Europa, sigue siendo la alta escuela del gusto; pero hay que saber encontrar esta "Francia del gusto." El que pertenece a ella se mantiene bien oculto: puede ser un pequeño número en el que vive y se encarna, además de ser

quizás hombres que no se sostienen sobre las piernas más fuertes, en parte fatalistas, hipocondríacos, inválidos, en parte personas excesivamente indulgentes, excesivamente refinadas, como las que tienen la AMBICIÓN de ocultarse.

Todos ellos tienen algo en común: mantienen los oídos cerrados en presencia de la locura delirante y del chorro ruidoso del BOURGEOIS democrático. De hecho, una Francia embriagada y embrutecida en la actualidad se extiende en primer plano: recientemente celebró una verdadera orgía de mal gusto, y al mismo tiempo de auto-admiración, en el funeral de Víctor Hugo. También tienen algo en común: la predilección por resistirse a la germanización intelectual, y una incapacidad aún mayor para hacerlo. En esta Francia del intelecto, que es también una Francia del pesimismo, Schopenhauer se ha convertido quizás en más nativo de lo que ha sido nunca en Alemania; por no hablar de Heinrich Heine, que hace tiempo que se ha reencarnado en los letristas más refinados y fastidiosos de París; o de Hegel, que en la actualidad, bajo la forma de Taine -el PRIMERO de los historiadores vivos- ejerce una influencia casi tiránica. En cuanto a Richard Wagner, sin embargo, cuanto más aprenda la música francesa a adaptarse a las necesidades reales de la AME MODERNE, más se "wagnerizará"; uno puede predecirlo con seguridad de antemano, ¡ya se está produciendo suficientemente! Hay, sin embargo, tres cosas de las que los franceses todavía pueden presumir con orgullo como su herencia y posesión, y como muestras indelebles de su antigua superioridad intelectual en Europa, a pesar de toda la germanización y vulgarización voluntaria o involuntaria del gusto. EN PRIMER LUGAR, la capacidad de emoción artística, de devoción a la "forma", para la que se ha inventado la expresión L'ART POUR L'ART, junto con otras muchas: tal capacidad no ha faltado en Francia durante tres siglos; y debido a su reverencia por el "pequeño número", ha hecho posible una y otra vez una especie de música de cámara de la literatura, que se busca en vano en

otros lugares de Europa. -El SEGUNDO aspecto por el que los franceses pueden reivindicar una superioridad sobre Europa es su cultura antigua, polifacética y MORALISTA, gracias a la cual se encuentra por término medio, incluso en los pequeños romanceros de los periódicos y en los fortuitos BOULEVARDIERS DE PARIS, una sensibilidad y una curiosidad psicológicas de las que, por ejemplo, no se tiene ninguna idea (¡por no hablar de la cosa misma!) en Alemania. A los alemanes les faltan un par de siglos de la labor moralizadora necesaria para ello, que, como hemos dicho, Francia no les ha negado: los que llaman a los alemanes "ingenuos" por eso les dan elogios por un defecto. (Como lo opuesto a la inexperiencia e inocencia alemanas en la psicología voluptuosa, que no se asocia demasiado remotamente con el tedium del trato alemán, y como la expresión más exitosa de la genuina curiosidad francesa y el talento inventivo en este dominio de delicadas emociones, puede señalarse a Henri Beyle; ese notable hombre anticipador y precursor, que, con un TEMPO napoleónico, atravesó SU Europa, de hecho, varios siglos del alma europea, como un topógrafo y descubridor de la misma: -se han necesitado dos generaciones para SUPERARLO de una manera u otra, para adivinar mucho tiempo después algunos de los enigmas que lo dejaron perplejo y embelesado -este extraño epicúreo y hombre de interrogación, el último gran psicólogo de Francia). -Hay todavía una TERCERA pretensión de superioridad: en el carácter francés hay una exitosa síntesis a medias del Norte y del Sur, que les hace comprender muchas cosas, y les impone otras, que un inglés nunca podrá comprender. Su temperamento, que se vuelve alternativamente hacia el Sur y desde el Sur, en el que de vez en cuando la sangre provenzal y ligur se desborda, los preserva del espantoso gris-gris del Norte, del espectrismo conceptual sin sol y de la pobreza de sangre -nuestra enfermedad alemana del gusto, para cuya excesiva prevalencia en el momento actual, se ha prescrito con gran resolución sangre y hierro, es decir, "alta política" (según un peligroso arte de curación, que me pide que espere y espere, pero no espere todavía). -También hay todavía en Francia una precomprensión y una pronta acogida para esos hombres más raros y raramente gratificados, que son demasiado comprensivos

para encontrar satisfacción en cualquier tipo de paternalismo, y saben amar el Sur cuando están en el Norte y el Norte cuando están en el Sur: los medianos de nacimiento, los "buenos europeos". Para ellos ha hecho música BIZET, este último genio, que ha visto una nueva belleza y seducción,-que ha descubierto un trozo del SUR EN LA MÚSICA.

255. Sostengo que deben tomarse muchas precauciones contra la música alemana. Supongamos que una persona ama el Sur como yo lo amo, como una gran escuela de recuperación de los males más espirituales y más sensuales, como una ilimitada profusión y efusión solar que sobrevuela una existencia soberana creyendo en sí misma; pues bien, tal persona aprenderá a estar un poco en guardia contra la música alemana, porque, al herir de nuevo su gusto, también herirá de nuevo su salud. Un sueño así, un sueño no por origen sino por CREENCIA, si sueña con el futuro de la música, debe soñar también con que se libere de la influencia del Norte; y debe tener en sus oídos el preludio de una música más profunda, más poderosa y tal vez más perversa y misteriosa, una música superalemana, que no se desvanece, palidece y se extingue, como toda la música alemana, a la vista del mar azul y libertino y de la claridad mediterránea del cielo; una música supereuropea, que se mantiene incluso en presencia de los atardeceres marrones del desierto, cuya alma es afín a la palmera, y puede estar en casa y puede vagar con grandes y hermosas y solitarias bestias de rapiña. .. Podría imaginar una música cuyo encanto más raro sería que no supiera nada más del bien y del mal; sólo que aquí y allá tal vez alguna nostalgia marinera, algunas sombras doradas y tiernas debilidades pudieran barrer ligeramente sobre ella; un arte que, desde la lejana distancia, viera los colores de un mundo MORAL hundido y casi incomprendible huyendo hacia él, y que fuera lo suficientemente hospitalario y profundo para recibir a tales fugitivos tardíos.

256. Debido al morboso distanciamiento que la manía de la nacionalidad ha inducido y sigue induciendo entre las naciones de Europa, debido también a los políticos miopes y apresurados, que con la ayuda de esta manía, están actualmente en el poder, y no sospechan hasta qué punto la política de desintegración que persiguen debe ser necesariamente sólo una política de interludio: debido a todo esto y a muchas otras cosas que son totalmente innombrables en la actualidad, los signos más inequívocos de que EUROPA DESEA SER UNA, son ahora pasados por alto, o arbitraria y falsamente malinterpretados. Con todos los hombres más profundos y de mayor mentalidad de este siglo, la verdadera tendencia general del misterioso trabajo de sus almas fue preparar el camino para esa nueva SÍNTESIS, y anticipar tentativamente al europeo del futuro; sólo en sus simulaciones, o en sus momentos más débiles, en la vejez quizás, pertenecieron a las "patrias" -sólo descansaron de sí mismos cuando se convirtieron en "patriotas". Pienso en hombres como Napoleón, Goethe, Beethoven, Stendhal, Heinrich Heine, Schopenhauer: no debe tomarse a mal si cuento también a Richard Wagner entre ellos, sobre el que no hay que dejarse engañar por sus propias incomprendiciones (los genios como él rara vez tienen derecho a entenderse a sí mismos), y menos aún, por supuesto, por el indecoroso ruido con el que ahora se le resiste y se le opone en Francia: el hecho es, sin embargo, que Richard Wagner y el ROMANTICISMO FRANCÉS de los años cuarenta, están muy estrechamente e íntimamente relacionados el uno con el otro. Son afines, fundamentalmente afines, en todas las alturas y profundidades de sus exigencias; es Europa, la ÚNICA Europa, cuya alma presiona con urgencia y anhelo, hacia fuera y hacia arriba, en su arte multifacético y bullicioso -¿hacia dónde? hacia una nueva luz? hacia un nuevo sol? Pero, ¿quién intentaría expresar con precisión lo que todos estos maestros de los nuevos modos de hablar no podrían expresar con claridad? Es cierto que la misma tormenta y tensión los atormentaba, que buscaban de la misma manera, estos últimos grandes buscadores. Todos ellos empapados

de literatura hasta los ojos y los oídos -los primeros artistas de la cultura literaria universal-, en su mayoría incluso escritores, poetas, intermediarios y mezcladores de las artes y los sentidos (Wagner, como músico se cuenta entre los pintores, como poeta entre los músicos, como artista en general entre los actores); todos ellos fanáticos de la EXPRESIÓN "a cualquier precio" -menciono especialmente a Delacroix, el pariente más cercano de Wagner-; todos ellos grandes descubridores en el reino de lo sublime, también de lo repugnante y lo espantoso, descubridores aún mayores en el efecto, en la exhibición, en el arte del espectáculo; todos ellos con un talento muy superior a su genio, fuera y fuera VIRTUOSI, con accesos misteriosos a todo lo que seduce, atrae, constríñe y trastorna; enemigos natos de la lógica y de la línea recta, anhelantes de lo extraño, de lo exótico, de lo monstruoso, de lo torcido y de lo autocontradicitorio; como hombres, Tantalus de la voluntad, parvenus plebeyos, que se sabían incapaces de un TEMPO noble o de un LENTO en la vida y en la acción -pensemos en Balzac, por ejemplo-, trabajadores sin freno, casi destruyéndose a sí mismos por el trabajo; antinómicos y rebeldes en los modales, ambiciosos e insaciables, sin equilibrio ni disfrute; todos ellos finalmente se rompen y se hunden en la cruz cristiana (y con razón, pues ¿quién de ellos habría sido lo suficientemente profundo y original para una filosofía ANTICRISTIANA?); en conjunto, una clase de hombres superiores audazmente atrevidos, espléndidamente prepotentes, de alto vuelo y de arrastre hacia arriba, que tuvieron que enseñar primero a su siglo -y es el siglo de las MASAS- la concepción "hombre superior"... Que los amigos alemanes de Richard Wagner se asesoren juntos sobre si hay algo puramente alemán en el arte wagneriano, o si su distinción no consiste precisamente en provenir de fuentes e impulsos SUPERGERMANOS: en relación con lo cual no se puede subestimar lo indispensable que fue París para el desarrollo de su tipo, que la fuerza de sus instintos le hizo anhelar visitar en el momento más decisivo, y cómo todo el estilo de sus procedimientos, de su autoapostolado, sólo pudo perfeccionarse a la vista del original socialista francés. En una comparación más

sutil, quizás se encuentre, en honor a la naturaleza alemana de Richard Wagner, que ha actuado en todo con más fuerza, audacia, severidad y elevación de lo que podría haber hecho un francés del siglo XIX, teniendo en cuenta la circunstancia de que nosotros, los alemanes, estamos todavía más cerca de la barbarie que los franceses; tal vez incluso la creación más notable de Richard Wagner sea no sólo en la actualidad, sino para siempre inaccesible, incomprendible e inimitable para toda la raza latina de los últimos tiempos: la figura de Sigfrido, ese hombre MUY LIBRE, que probablemente es demasiado libre, demasiado duro, demasiado alegre, demasiado sano, demasiado ANTICATÓLICO para el gusto de las viejas y melosas naciones civilizadas. Incluso puede haber sido un pecado contra el Romanticismo, este Siegfried antilatino: pues bien, Wagner expió ampliamente este pecado en sus viejos y tristes días, cuando -anticipando un gusto que entretanto ha pasado a la política- comenzó, con la vehemencia religiosa que le era peculiar, a predicar, al menos, EL CAMINO A ROMA, si no a caminar por él. -Para que estas últimas palabras no sean malinterpretadas, llamaré en mi ayuda a unas cuantas rimas poderosas, que incluso traicionarán a los oídos menos delicados lo que quiero decir -lo que quiero decir CONTRA el "último Wagner" y su música de Parsifal:-.

-¿Es este nuestro modo?-¿Del corazón alemán vino este ulular vejado? ¿Del cuerpo alemán, este autolacerante? ¿Es nuestra esta dilatación de la mano sacerdotal, esta exaltación que huele a incienso? ¿Es nuestra esta vacilación, esta caída, esta vacilación, este ding-dong-dang bastante incierto? Este astuto "nun-ogling", "Ave-hour-bell ringing", este totalmente falso "enraptured heaven-o'erspring", ¿es este nuestro modo?

CAPÍTULO IX. ¿QUÉ ES NOBLE?

257. Toda elevación del tipo "hombre" ha sido hasta ahora la obra de una sociedad aristocrática, y así será siempre; una sociedad que cree en una larga escala de gradaciones de rango y diferencias de valor entre los seres humanos, y que exige la esclavitud en una u otra forma. Sin el PATHOS DE LA DISTANCIA, tal como surge de la diferencia encarnada de clases, de la constante mirada hacia afuera y hacia abajo de la casta gobernante sobre los subordinados e instrumentos, y de su práctica igualmente constante de obedecer y mandar, de mantenerse abajo y a distancia, ese otro pathos más misterioso nunca podría haber surgido, el anhelo de un ensanchamiento siempre nuevo de la distancia dentro del alma misma, la formación de estados siempre más elevados, más raros, más lejanos, más extendidos, más amplios, en definitiva, sólo la elevación del tipo "hombre", la continua "autosuperación del hombre", por utilizar una fórmula moral en sentido supermoral. Sin duda, no hay que resignarse a ninguna ilusión humanitaria sobre la historia del origen de una sociedad aristocrática (es decir, de la condición previa a la elevación del tipo "hombre"): la verdad es dura. Reconozcamos sin prejuicios cómo se ha ORIGINADO hasta ahora toda civilización superior. Hombres con una naturaleza todavía natural, bárbaros en todo el terrible sentido de la palabra, hombres de presa, todavía en posesión de una fuerza de voluntad intacta y de un deseo de poder, se lanzaron sobre razas más débiles, más morales, más pacíficas (tal vez comunidades comerciales o ganaderas), o sobre viejas civilizaciones melosas en las que la fuerza vital final parpadeaba en brillantes fuegos artificiales de ingenio y depravación. Al principio, la casta noble era siempre la casta bárbara: su superioridad no consistía en primer lugar en su poder físico, sino en su poder psíquico: eran hombres

más COMPLETOS (lo que en todo momento implica también lo mismo que "bestias más completas").

258. La corrupción -como indicación de que la anarquía amenaza con estallar entre los instintos, y de que el fundamento de las emociones, llamado "vida", está convulsionado- es algo radicalmente diferente según la organización en que se manifieste. Cuando, por ejemplo, una aristocracia como la de Francia, al principio de la Revolución, se desprendió de sus privilegios con sublime repugnancia y se sacrificó a un exceso de sus sentimientos morales, fue una corrupción: -en realidad no fue más que el acto de cierre de la corrupción que había existido durante siglos, en virtud de la cual esa aristocracia había abdicado paso a paso de sus prerrogativas señoriales y se había rebajado a una FUNCIÓN de la realeza (al final incluso a su condecoración y vestimenta de desfile). Lo esencial, sin embargo, en una aristocracia buena y sana es que no se considere a sí misma como una función ni de la realeza ni de la mancomunidad, sino como el SIGNIFICADO y la más alta justificación de las mismas; que acepte, por tanto, con buena conciencia el sacrificio de una legión de individuos que, POR ELLO, deben ser suprimidos y reducidos a hombres imperfectos, a esclavos e instrumentos. Su creencia fundamental debe ser precisamente que la sociedad NO puede existir por sí misma, sino sólo como fundamento y andamiaje, por medio del cual una clase selecta de seres pueda elevarse a sus deberes más elevados, y en general a una EXISTENCIA más elevada: como esas plantas trepadoras que buscan el sol en Java -se llaman Sipo Matador-, que rodean un roble tanto tiempo y tantas veces con sus brazos, hasta que por fin, muy por encima de él, pero sostenidas por él, pueden desplegar sus cimas a la luz abierta, y exhibir su felicidad.

259. Abstenerse mutuamente de perjudicar, de violentar, de explotar, y equiparar la propia voluntad a la de los demás: esto puede dar lugar, en cierto sentido aproximado, a una buena conducta entre los individuos cuando se dan las condiciones necesarias (a saber, la similitud real de los individuos en cantidad de fuerza y grado de valor, y su co-relación dentro de una organización). Sin embargo, tan pronto como se quiera tomar este principio de manera más general, y si es posible incluso como el PRINCIPIO FUNDAMENTAL DE LA SOCIEDAD, se revelará inmediatamente lo que realmente es: a saber, una Voluntad de negación de la vida, un principio de disolución y decadencia. Aquí hay que pensar profundamente hasta la base y resistirse a toda debilidad sentimental: la vida misma es ESENCIALMENTE apropiación, lesión, conquista de lo extraño y débil, supresión, severidad, obtrusión de formas peculiares, incorporación, y como mínimo, por decirlo suavemente, explotación; pero ¿por qué hay que utilizar para siempre precisamente estas palabras en las que durante siglos se ha estampado un propósito despectivo? Incluso la organización dentro de la cual, como se suponía anteriormente, los individuos se tratan unos a otros como iguales -esto ocurre en toda aristocracia sana- debe hacer ella misma, si es una organización viva y no moribunda, todo lo que hacia otros cuerpos, que los individuos dentro de ella se abstienen de hacer entre sí, tendrá que ser la Voluntad de Poder encarnada, se esforzará por crecer, ganar terreno, atraer hacia sí y adquirir ascendencia -no debido a ninguna moralidad o inmoralidad, sino porque vive, y porque la vida ES precisamente Voluntad de Poder. Sin embargo, en ningún punto la conciencia ordinaria de los europeos está más poco dispuesta a corregirse que en este asunto, la gente ahora delira por todas partes, incluso bajo el disfraz de la ciencia, sobre las condiciones venideras de la sociedad en la que "el carácter explotador" debe estar ausente, lo que suena a mis oídos como si prometieran inventar un modo de vida que debería abstenerse de todas las funciones orgánicas. La "explotación" no pertenece a una sociedad depravada o imperfecta y primitiva, pertenece a la naturaleza del ser vivo como función orgánica primaria, es una consecuencia de la

Voluntad de Poder intrínseca, que es precisamente la Voluntad de Vida; concediendo que como teoría esto es una novedad, como realidad es el HECHO FUNDAMENTAL de toda la historia, seamos hasta ahora honestos con nosotros mismos.

260. En un recorrido a través de las muchas moralidades más finas y más gruesas que hasta ahora han prevalecido o aún prevalecen en la tierra, encontré ciertos rasgos que se repiten regularmente juntos, y conectados entre sí, hasta que finalmente dos tipos primarios se revelaron ante mí, y una distinción radical salió a la luz. Sin embargo, en todas las civilizaciones superiores y mixtas, hay también intentos de reconciliación de las dos moralidades, pero uno encuentra aún más la confusión y la incomprendición mutua de ellas, de hecho, a veces su estrecha yuxtaposición, incluso en el mismo hombre, dentro de una misma alma. Las distinciones de valores morales se han originado en una casta gobernante, agradablemente consciente de ser diferente de los gobernados, o entre la clase gobernada, los esclavos y dependientes de todo tipo. En el primer caso, cuando son los gobernantes los que determinan la concepción "buena", es la disposición exaltada y orgullosa la que se considera como rasgo distintivo, y la que determina el orden de rango. El tipo noble de hombre separa de sí mismo a los seres en los que se manifiesta lo contrario de esta disposición exaltada y orgullosa, los desprecia. Obsérvese de inmediato que en este primer tipo de moral la antítesis "bueno" y "malo" significa prácticamente lo mismo que "noble" y "despreciable", -la antítesis "bueno" y "MALO" es de origen diferente. Se desprecia a los cobardes, a los tímidos, a los insignificantes y a los que sólo piensan en la utilidad estrecha; además, también, a los desconfiados, con sus miradas constreñidas, a los que se abaten a sí mismos, a los hombres de tipo canino que se dejan maltratar, a los aduladores mendaces y, sobre todo, a los mentirosos:-es una creencia fundamental de todos los aristócratas que el pueblo llano no es veraz. "Nosotros, los veraces", se autodenominaba la nobleza

en la antigua Grecia. Es obvio que en todas partes las designaciones de valor moral se aplicaron al principio a los HOMBRES; y sólo se aplicaron derivadamente y en un período posterior a las ACCIONES; es un craso error, por lo tanto, cuando los historiadores de la moral comienzan con preguntas como: "¿Por qué se han alabado las acciones simpáticas?" El tipo noble de hombre se considera a sí mismo como un determinador de valores; no requiere ser aprobado; él emite el juicio: "Lo que es perjudicial para mí es perjudicial en sí mismo"; sabe que es él mismo el único que confiere honor a las cosas; es un CREADOR DE VALORES. Honra lo que reconoce en sí mismo: esa moral equivale a la autoglorificación. En el primer plano está el sentimiento de plenitud, de poder, que busca desbordarse, la felicidad de la alta tensión, la conciencia de una riqueza que con gusto daría y otorgaría: el hombre noble también ayuda a los desafortunados, pero no -o apenas- por piedad, sino por un impulso generado por la superabundancia de poder. El hombre noble honra en sí mismo al poderoso, al que tiene poder sobre sí mismo, al que sabe cómo hablar y cómo callar, al que se complace en someterse a la severidad y a la dureza, y tiene reverencia por todo lo que es severo y duro. "Wotan puso un corazón duro en mi pecho", dice una antigua Saga escandinava: así se expresa con acierto el alma de un vikingo orgulloso. Tal tipo de hombre se enorgullece incluso de no estar hecho para la simpatía; el héroe de la Saga añade, por tanto, de forma advertida: "Quien no tiene un corazón duro cuando es joven, nunca lo tendrá". Los nobles y valientes que piensan así son los más alejados de la moral que ve precisamente en la simpatía, o en el actuar por el bien de los demás, o en el DESINTERÉS, la característica de lo moral; la fe en uno mismo, el orgullo en uno mismo, una radical enemistad e ironía hacia el "desinterés", pertenecen tan definitivamente a la moral noble, como el desprecio y la precaución descuidados en presencia de la simpatía y del "corazón caliente" - Son los poderosos los que SABEN honrar, es su arte, su dominio para la invención. La profunda reverencia por la edad y por la tradición -toda la ley descansa en esta doble reverencia-, la creencia y el prejuicio a favor de los antepasados y

desfavorable a los recién llegados, es típica en la moral de los poderosos; y si, a la inversa, los hombres de "ideas modernas" creen casi instintivamente en el "progreso" y en el "futuro", y faltan cada vez más al respeto por la vejez, el origen innoble de estas "ideas" se ha traicionado complacientemente con ello. Una moral de la clase dominante, sin embargo, es más especialmente extraña e irritante para el gusto actual en la severidad de su principio de que uno sólo tiene deberes para con sus iguales; que uno puede actuar hacia los seres de un rango inferior, hacia todo lo que es extraño, sólo como le parezca bien a uno, o "como el corazón deseé", y en cualquier caso "más allá del bien y del mal": es aquí donde la simpatía y los sentimientos similares pueden tener un lugar. La capacidad y la obligación de ejercer la gratitud prolongada y la venganza prolongada -ambas sólo dentro del círculo de los iguales-, el desprecio en la represalia, el despojo de la idea en la amistad, una cierta necesidad de tener enemigos (como salidas para las emociones de la envidia, la pendencia, la arrogancia, de hecho, para ser un buen AMIGO): todas estas son características típicas de la moral noble, que, como se ha señalado, no es la moral de las "ideas modernas", y por lo tanto es actualmente difícil de realizar, y también de desenterrar y revelar. -Es lo contrario de lo que ocurre con el segundo tipo de moral, la ESCLAVO-MORALIDAD. Suponiendo que los maltratados, los oprimidos, los que sufren, los no emancipados, los cansados y los inseguros de sí mismos moralicen, ¿cuál será el elemento común en sus estimaciones morales? Probablemente se expresará una sospecha pesimista con respecto a toda la situación del hombre, tal vez una condena del hombre, junto con su situación. El esclavo tiene una mirada desfavorable hacia las virtudes de los poderosos; tiene un escepticismo y una desconfianza, un REFINAMIENTO de la desconfianza hacia todo lo "bueno" que allí se honra; le gustaría persuadirse de que la propia felicidad allí no es genuina. Por otra parte, aquellas cualidades que sirven para aliviar la existencia de los que sufren son puestas en evidencia e inundadas de luz; es aquí donde la simpatía, la mano bondadosa y servicial, el corazón cálido, la paciencia, la diligencia, la humildad y la amabilidad alcanzan el

honor; porque aquí son las cualidades más útiles, y casi el único medio de soportar la carga de la existencia. La moral del esclavo es esencialmente la moral de la utilidad. Aquí se encuentra el origen de la famosa antítesis "bien" y "mal": se supone que el poder y la peligrosidad residen en el mal, una cierta espantosa, sutileza y fuerza, que no admiten ser despreciadas. Por lo tanto, según la moral de los esclavos, el hombre "malo" despierta el miedo; según la moral de los amos, es precisamente el hombre "bueno" el que despierta el miedo y busca despertarlo, mientras que el hombre malo es considerado como el ser despreciable. El contraste alcanza su máximo cuando, de acuerdo con las consecuencias lógicas de la moral esclavista, un matiz de depreciación -puede ser leve y bien intencionado- se adhiere por fin al hombre "bueno" de esta moral; porque, según el modo de pensamiento servil, el hombre bueno debe ser en todo caso el hombre SEGURO: es bondadoso, se deja engañar fácilmente, quizá un poco estúpido, un bonhomme. En todos los lugares en que la moral esclavista se impone, el lenguaje muestra una tendencia a aproximar los significados de las palabras "bueno" y "estúpido" -Una última diferencia fundamental: el deseo de LIBERTAD, el instinto de felicidad y los refinamientos del sentimiento de libertad pertenecen tan necesariamente a la moral esclavista y a la moral, como el artificio y el entusiasmo en la reverencia y la devoción son los síntomas regulares de un modo aristocrático de pensar y estimar. -De ahí que podamos comprender sin más detalles por qué el amor COMO PASIÓN -es nuestra especialidad europea- debe ser absolutamente de origen noble; como es bien sabido, su invención se debe a los poetas-caballeros provenzales, esos hombres brillantes e ingeniosos del "gai saber", a quienes Europa debe tanto, y casi se debe a sí misma.

261. La vanidad es una de las cosas que tal vez sean más difíciles de entender para un hombre noble: estará tentado de negarla, cuando otro tipo de hombre cree verla de forma evidente. El problema para él es representar a su mente seres que buscan

despertar una buena opinión de sí mismos que ellos mismos no poseen -y por consiguiente tampoco "merecen"- y que, sin embargo, CREEN en esta buena opinión después. Esto le parece, por un lado, de tan mal gusto y tan irrespetuoso consigo mismo, y por otro, tan grotescamente irrazonable, que le gustaría considerar la vanidad como una excepción, y duda de ella en la mayoría de los casos cuando se habla de ella. Dirá, por ejemplo: "Puedo equivocarme sobre mi valor y, por otra parte, exigir que mi valor sea reconocido por los demás precisamente como yo lo califico: eso, sin embargo, no es vanidad (sino engreimiento, o, en la mayoría de los casos, eso que se llama "humildad", y también "modestia")." O incluso dirá: "Por muchas razones puedo deleitarme en la buena opinión de los demás, tal vez porque los amo y los honro, y me regocijo en todas sus alegrías, tal vez también porque su buena opinión respalda y fortalece mi creencia en mi propia buena opinión, tal vez porque la buena opinión de los demás, incluso en los casos en que no la comparto, me es útil, o da promesa de utilidad:-todo esto, sin embargo, no es vanidad." El hombre de carácter noble debe primero traer a su mente de manera forzada, especialmente con la ayuda de la historia, que, desde tiempos inmemoriales, en todos los estratos sociales de alguna manera dependientes, el hombre ordinario ERA sólo aquello por lo que pasaba: al no estar en absoluto acostumbrado a fijar valores, ni siquiera se asignaba a sí mismo otro valor que el que su amo le asignaba (es el derecho peculiar de los MAESTROS a crear valores). Se puede considerar como el resultado de un atavismo extraordinario, que el hombre ordinario, incluso en la actualidad, sigue esperando siempre una opinión sobre sí mismo, y luego se somete instintivamente a ella; pero de ninguna manera sólo a una opinión "buena", sino también a una mala e injusta (pensemos, por ejemplo, en la mayor parte de las auto-apreciaciones y auto-desprecios que las mujeres creyentes aprenden de sus confesores, y que en general el cristiano creyente aprende de su Iglesia). De hecho, conforme al lento ascenso del orden social democrático (y su causa, la mezcla de la sangre de amos y esclavos), el originalmente noble y raro impulso de los amos de asignarse un valor a sí mismos y de "pensar bien" de sí mismos,

será ahora más y más alentado y extendido; pero tiene en todo momento una propensión más antigua, más amplia y más radicalmente arraigada opuesta a ella, y en el fenómeno de la "vanidad" esta propensión más antigua domina a la más joven. El vanidoso se regocija de TODA buena opinión que oye sobre sí mismo (al margen del punto de vista de su utilidad, e igualmente al margen de su verdad o falsedad), al igual que sufre por toda mala opinión: pues se somete a ambas, se siente sometido a ambas, por ese más antiguo instinto de sujeción que brota en él. -Es "el esclavo" en la sangre del hombre vano, los restos de la astucia del esclavo -y ¡cuánto de "esclavo" queda todavía en la mujer, por ejemplo!- que busca SEDUCIR a las buenas opiniones de sí mismo; es el esclavo, también, que inmediatamente después cae postrado ante estas opiniones, como si no las hubiera convocado.-Y para repetirlo de nuevo: la vanidad es un atavismo.

262. Una ESPECIE se origina, y un tipo se establece y se fortalece en la larga lucha con condiciones INFRATORAS esencialmente constantes. Por otra parte, es sabido por la experiencia de los criadores que las especies que reciben una alimentación superabundante, y en general un exceso de protección y cuidados, tienden inmediatamente de la manera más marcada a desarrollar variaciones, y son fecundas en prodigios y monstruosidades (también en vicios monstruosos). Ahora bien, si consideramos una mancomunidad aristocrática, digamos una antigua polis griega, o Venecia, como un artificio voluntario o involuntario con el fin de CRIAR seres humanos; allí hay hombres unos al lado de otros, lanzados sobre sus propios recursos, que quieren hacer prevalecer su especie, principalmente porque DEBEN prevalecer, o de lo contrario corren el terrible peligro de ser exterminados. Faltan allí el favor, la superabundancia, la protección bajo la cual se fomentan las variaciones; la especie se necesita a sí misma como especie, como algo que, precisamente en virtud de su dureza, de su uniformidad y de la simplicidad de su estructura, puede en general

prevalecer y hacerse permanente en lucha constante con sus vecinos, o con los vasallos rebeldes o que amenazan con la rebelión. La experiencia más variada le enseña cuáles son las cualidades a las que debe principalmente el hecho de seguir existiendo, a pesar de todos los dioses y hombres, y de haber salido victoriosa hasta ahora: a estas cualidades las llama virtudes, y sólo estas virtudes las desarrolla hasta la madurez. Lo hace con severidad, es más, desea la severidad; toda moral aristocrática es intolerante en la educación de la juventud, en el control de las mujeres, en las costumbres matrimoniales, en las relaciones de los viejos y los jóvenes, en las leyes penales (que sólo tienen en cuenta a los degenerados): cuenta la propia intolerancia entre las virtudes, bajo el nombre de "justicia". Se establece así un tipo con pocos, pero muy marcados rasgos, una especie de hombres severos, belicosos, sabiamente silenciosos, reservados y reticentes (y como tales, con la más delicada sensibilidad para el encanto y los matices de la sociedad), que no se ven afectados por las vicisitudes de las generaciones; la lucha constante con las condiciones uniformes INFAVORABLES es, como ya se ha señalado, la causa de que un tipo se vuelva estable y duro. Finalmente, sin embargo, resulta un estado de cosas feliz, la enorme tensión se relaja; tal vez no haya más enemigos entre los pueblos vecinos, y los medios de vida, incluso de disfrute de la vida, están presentes en superabundancia. De un plumazo se rompe el vínculo y la restricción de la antigua disciplina: ya no se considera necesaria, como una condición de la existencia; si continuara, sólo podría hacerlo como una forma de LUJO, como un GUSTO arcaizante. Las variaciones, ya sean desviaciones (hacia lo más alto, lo más fino y lo más raro), o deterioros y monstruosidades, aparecen de repente en la escena con la mayor exuberancia y esplendor; el individuo se atreve a ser individual y a desprenderse. En este punto de inflexión de la historia se manifiestan, uno al lado del otro, y a menudo mezclados y enredados, un magnífico y múltiple crecimiento y esfuerzo de selva virgen, una especie de TEMPO TROPICAL en la rivalidad del crecimiento, y una extraordinaria decadencia y autodestrucción, debido a los egoísmos salvajemente opuestos y aparentemente

explosivos, que luchan entre sí "por el sol y la luz", y que ya no pueden asignarse ningún límite, restricción o tolerancia por medio de la moral hasta ahora existente. Fue esta misma moral la que amontonó la fuerza tan enormemente, la que dobló el arco de manera tan amenazante: -ahora está "desfasada", se está quedando "desfasada". Se ha llegado al peligroso e inquietante punto en que la vida más grande, más múltiple, más comprensiva, SE VIVE MÁS ALLÁ de la vieja moral; el "individuo" se destaca, y se ve obligado a recurrir a su propia ley, a sus propias artes y artificios para la autoconservación, la autoelevación y la auto-liberación. Nada más que nuevos "porqués", nada más que nuevos "cómo", ya no hay fórmulas comunes, la incomprendión y el desprecio se alían, la decadencia, el deterioro y los deseos más elevados se enredan espantosamente, el genio de la raza se desborda de todas las cornucopias del bien y del mal, una simultaneidad portentosa de la primavera y del otoño, llena de nuevos encantos y misterios propios de la corrupción fresca, todavía inexhausta, todavía incansable. Vuelve a estar presente el peligro, la madre de la moral, el gran peligro; esta vez trasladado al individuo, al vecino y al amigo, a la calle, a su propio hijo, a su propio corazón, a todos los recovecos más personales y secretos de sus deseos y voliciones. ¿Qué tendrán que predicar los filósofos morales que aparecen en este momento? Descubren, estos agudos mirones y holgazanes, que el fin se acerca rápidamente, que todo lo que les rodea decae y produce decadencia, que nada perdurará hasta pasado mañana, excepto una especie de hombre, el incurable MEDIOCRE. Sólo los mediocres tienen una perspectiva de continuar y propagarse: serán los hombres del futuro, los únicos supervivientes; "¡sed como ellos! convertiros en mediocres" es ahora la única moral que todavía tiene un significado, que todavía obtiene una audiencia.-¡Pero es difícil predicar esta moral de la mediocridad! nunca puede confesar lo que es y lo que desea; tiene que hablar de moderación y dignidad y deber y amor fraternal; tendrá dificultades para disimular su IRONÍA.

263. Hay un INSTINTO POR EL RANGO, que más que cualquier otra cosa es ya el signo de un ALTO rango; hay un ENCANTO en las NUANCES de la reverencia que lleva a inferir un origen y hábitos nobles. El refinamiento, la bondad y la altivez de un alma se ponen a prueba peligrosamente cuando pasa algo que es del más alto rango, pero que aún no está protegido por el temor de la autoridad de toques e incivilidades molestas: algo que sigue su camino como una piedra de toque viva, no distinguida, no descubierta y tentativa, tal vez voluntariamente velada y disfrazada. Aquel cuya tarea y práctica es investigar las almas, se valdrá de muchas variedades de este mismo arte para determinar el valor último de un alma, el orden de rango inalterable e innato al que pertenece: la probará por su INSTINTO A LA REVERENCIA. DIFERENCIA ENGENDRA HAINA: la vulgaridad de muchas naturalezas brota repentinamente como agua sucia, cuando se le presenta cualquier vaso sagrado, cualquier joya de santuarios cerrados, cualquier libro que lleva las marcas de un gran destino; mientras que, por otro lado, hay un silencio involuntario, una vacilación de la mirada, un cese de todos los gestos, por los cuales se indica que un alma SIENTE la proximidad de lo que es más digno de respeto. El modo en que, en general, se ha mantenido hasta ahora en Europa la reverencia por la BIBLIA, es quizá el mejor ejemplo de disciplina y refinamiento de las costumbres que Europa debe al cristianismo: libros de tanta profundidad y suprema significación requieren para su protección una tiranía externa de autoridad, a fin de adquirir el PERIODO de miles de años que es necesario para agotarlos y desentrañarlos. Se ha conseguido mucho cuando se ha inculcado por fin a las masas (a los patos superficiales y a los bobos de todo tipo) el sentimiento de que no se les permite tocarlo todo, de que hay experiencias sagradas ante las que deben quitarse los zapatos y mantener alejada la mano impura: es casi su mayor avance hacia la humanidad. Por el contrario, en las llamadas clases cultas, los creyentes en las "ideas modernas", nada es tal vez tan repulsivo como su falta de vergüenza, la fácil insolencia del ojo y de la mano con la que tocan, prueban y tocan todo; y es posible que aún haya

más nobleza RELATIVA de gusto, y más tacto para la reverencia entre el pueblo, entre las clases bajas del pueblo, especialmente entre los campesinos, que entre la DEMIMONDA lectora de periódicos del intelecto, la clase culta.

264. No se puede borrar del alma de un hombre lo que sus antepasados han hecho preferentemente y de manera constante: Ya sea que hayan sido tal vez economizadores diligentes apegados a un escritorio y a una caja, modestos y ciudadanos en sus deseos, modestos también en sus virtudes; o ya sea que hayan estado acostumbrados a mandar desde la mañana hasta la noche, aficionados a los placeres groseros y probablemente a deberes y responsabilidades aún más groseros; o ya sea que, finalmente, en un momento u otro, hayan sacrificado viejos privilegios de nacimiento y posesión, para vivir enteramente para su fe -para su "Dios"-, como hombres de una conciencia inexorable y sensible, que se sonroja ante todo compromiso. Es imposible que un hombre NO tenga en su constitución las cualidades y predilecciones de sus padres y antepasados, por mucho que las apariencias sugieran lo contrario. Este es el problema de la raza. Suponiendo que se conozca algo de los padres, es admisible sacar una conclusión sobre el hijo: cualquier tipo de incontinencia ofensiva, cualquier tipo de envidia sórdida o de torpeza en la búsqueda de sí mismo -las tres cosas que juntas han constituido el genuino tipo plebeyo en todos los tiempos- deben pasar al hijo, con tanta seguridad como la mala sangre; y con la ayuda de la mejor educación y cultura sólo se conseguirá ENGAÑAR con respecto a esa herencia.- ¡Y qué otra cosa intentan hacer la educación y la cultura hoy en día! En nuestra época tan democrática, o mejor dicho, tan plebeya, la "educación" y la "cultura" DEBEN ser esencialmente el arte de engañar -engaños con respecto al origen, con respecto al plebeyismo heredado en cuerpo y alma. Un educador que hoy en día predicara la veracidad por encima de todo, y llamara constantemente a sus alumnos: "¡Sed sinceros! ¡Sed naturales! Mostraos como sois!" -incluso un

asno tan virtuoso y sincero aprendería en poco tiempo a recurrir a la FURCA de Horacio, NATURAM EXPELLERE: ¿con qué resultados? "Plebeyismo" USQUE RECURRET. [NOTA: "Epístolas" de Horacio, I. x. 24.]

265. A riesgo de desagradar a oídos inocentes, sostengo que el egoísmo pertenece a la esencia de un alma noble, quiero decir la creencia inalterable de que a un ser como "nosotros", los demás seres deben naturalmente estar sometidos, y tienen que sacrificarse. El alma noble acepta el hecho de su egoísmo sin cuestionarlo, y también sin conciencia de dureza, coacción o arbitrariedad en él, sino como algo que puede tener su base en la ley primaria de las cosas: si buscara una designación para ello diría: "Es la justicia misma". Reconoce bajo ciertas circunstancias, que le hicieron dudar al principio, que hay otros igualmente privilegiados; tan pronto como ha resuelto esta cuestión de rango, se mueve entre esos iguales e igualmente privilegiados con la misma seguridad, en cuanto a la modestia y el delicado respeto, de que goza en el trato consigo mismo, de acuerdo con un mecanismo celestial innato que todos los astros comprenden. Es un ejemplo ADICIONAL de su egoísmo, esta astucia y autolimitación en el trato con sus iguales; todo astro es un egoísta semejante; se honra a sí mismo en ellos, y en los derechos que les concede, no duda que el intercambio de honores y derechos, como ESENCIA de todo trato, pertenece también a la condición natural de las cosas. El alma noble da como toma, impulsada por el instinto apasionado y sensible de la retribución, que está en la raíz de su naturaleza. La noción de "favor" no tiene, INTER PARES, ni significación ni buena reputación; puede haber una manera sublime de dejar que los dones, por así decirlo, se iluminen sobre uno desde lo alto, y de beberlos sedientos como gotas de rocío; pero para esas artes y demostraciones el alma noble no tiene aptitud. Su egoísmo le estorba aquí: en general, mira "hacia arriba" de mala gana; mira

hacia adelante, horizontal y deliberadamente, o hacia abajo; sabe que está en la altura.

266. "Sólo se puede estimar de verdad a quien no mira para sí mismo" -Goethe a Rath Schlosser.

267. Los chinos tienen un proverbio que las madres enseñan incluso a sus hijos: "SIAO-SIN" ("HAZ TU CORAZÓN PEQUEÑO"). Esta es la tendencia esencialmente fundamental en las civilizaciones de los últimos tiempos. No me cabe duda de que un griego antiguo, también, observaría en primer lugar el autoenamoramiento de nosotros los europeos de hoy; sólo en este aspecto deberíamos ser inmediatamente "desagradables" para él.

268. Las palabras son símbolos vocales de las ideas; las ideas, sin embargo, son símbolos mentales más o menos definidos de sensaciones que vuelven con frecuencia y concurren, de grupos de sensaciones. No basta con usar las mismas palabras para entenderse: también debemos emplear las mismas palabras para el mismo tipo de experiencias internas, debemos al final tener experiencias EN COMÚN. Por esta razón, las personas de una nación se entienden mejor entre sí que las que pertenecen a naciones diferentes, aunque utilicen el mismo idioma; o más bien, cuando las personas han vivido mucho tiempo juntas bajo condiciones similares (de clima, suelo, peligro, exigencia, trabajo) se ORIGINA de ahí una entidad que "se entiende a sí misma", es decir, una nación. En todas las almas, un número similar de experiencias que se repiten con frecuencia se han impuesto sobre las que ocurren más raramente: sobre estos asuntos la gente se entiende rápidamente y siempre más rápidamente - la historia del lenguaje es

la historia de un proceso de abreviación; sobre la base de esta rápida comprensión la gente siempre se une más y más. Cuanto mayor es el peligro, mayor es la necesidad de ponerse de acuerdo rápida y fácilmente sobre lo que es necesario; no malinterpretar al otro en el peligro, eso es lo que no se puede prescindir en absoluto en las relaciones. También en todos los amores y amistades se tiene la experiencia de que nada de eso continúa cuando se descubre que al usar las mismas palabras, una de las dos partes tiene sentimientos, pensamientos, intuiciones, deseos o temores diferentes a los de la otra. (El miedo al "eterno malentendido": ese es el buen genio que tan a menudo aleja a las personas de distinto sexo de apegos demasiado precipitados, a los que el sentido y el corazón les empujan, y no un "genio de la especie" schopenhaueriano). Cualquier grupo de sensaciones dentro de un alma que se despierte con mayor facilidad, que comience a hablar y a dar la palabra de mando, decide el orden general de clasificación de sus valores y determina en última instancia su lista de cosas deseables. Las estimaciones de valor de un hombre revelan algo de la ESTRUCTURA de su alma, y dónde ve sus condiciones de vida, sus necesidades intrínsecas. Suponiendo ahora que la necesidad ha reunido desde siempre sólo a aquellos hombres que podían expresar necesidades similares y experiencias similares mediante símbolos similares, resulta en conjunto que la fácil COMUNICABILIDAD de la necesidad, que implica en última instancia el someterse sólo a experiencias medias y COMUNES, debe haber sido la más potente de todas las fuerzas que han operado hasta ahora sobre la humanidad. Los más parecidos, los más ordinarios, siempre han tenido y tienen la ventaja; los más selectos, los más refinados, los más singulares, los más difícilmente comprensibles, están expuestos a quedarse solos; sucumben a los accidentes en su aislamiento, y rara vez se propagan. Hay que apelar a inmensas fuerzas contrarias para frustrar este PROGRESO EN SIMILIO natural, demasiado natural, la evolución del hombre hacia lo semejante, lo ordinario, lo medio, lo gregario, ¡hacia lo IGNORANTE!

269. Cuanto más un psicólogo -un psicólogo nato, inevitable, y desviador del alma- dirige su atención a los casos e individuos más selectos, mayor es su peligro de ser sofocado por la simpatía: necesita la severidad y la alegría más que cualquier otro hombre. Porque la corrupción, la ruina de los hombres más elevados, de las almas más excepcionalmente constituidas, es de hecho, la regla: es espantoso tener tal regla siempre ante los ojos. El múltiple tormento del psicólogo que ha descubierto esta ruina, que descubre una vez, y luego descubre CASI repetidamente a lo largo de toda la historia, esta universal "desesperación" interior de los hombres superiores, este eterno "¡demasiado tarde!" en todos los sentidos, puede ser tal vez un día la causa de que se vuelva con amargura contra su propia suerte, y de que haga un intento de autodestrucción, de que se "arruine" a sí mismo. Se puede percibir en casi todos los psicólogos una inclinación reveladora por las relaciones placenteras con los hombres comunes y ordenados; de este modo se revela el hecho de que siempre requiere curación, que necesita una especie de huida y olvido, lejos de lo que su perspicacia e incisividad -de lo que su "negocio"- ha puesto sobre su conciencia. El miedo a su memoria le es propio. Se calla fácilmente ante el juicio de los demás; oye con semblante impasible cómo la gente honra, admira, ama y glorifica, donde él ha PERCIBIDO -o incluso disimula su silencio asintiendo expresamente a alguna opinión plausible. Tal vez la paradoja de su situación sea tan terrible que, precisamente allí donde él ha aprendido una GRAN SIPATÍA, junto con un gran CONTEMPO, la multitud, los educados y los visionarios, han aprendido por su parte una gran reverencia, una reverencia por los "grandes hombres" y los animales maravillosos, por los que uno bendice y honra a la patria, a la tierra, a la dignidad de la humanidad y a uno mismo, a los que uno señala a los jóvenes y en vista de los cuales los educa. Y quién sabe si en todos los grandes casos hasta ahora ha sucedido exactamente lo mismo: que la multitud adoraba a un Dios, y que el "Dios" no era más que un pobre animal de sacrificio. El ÉXITO ha sido siempre el mayor

mentiroso, y la "obra" en sí misma es un éxito; el gran estadista, el conquistador, el descubridor, se disfrazan en sus creaciones hasta ser irreconocibles; la "obra" del artista, del filósofo, sólo inventa quien la ha creado, se REPUTA que la ha creado; los "grandes hombres", como se les venera, son pobres ficciones compuestas a posteriori; en el mundo de los valores históricos PREVALECE la acuñación espuria. Esos grandes poetas, por ejemplo, como Byron, Musset, Poe, Leopardi, Kleist, Gogol (no me atrevo a mencionar nombres mucho más grandes, pero los tengo en mi mente), tal como aparecen ahora, y tal vez estaban obligados a ser: hombres del momento, entusiastas, sensuales e infantiles, de mente ligera e impulsiva en su confianza y desconfianza; con almas en las que generalmente hay que ocultar algún defecto; a menudo vengándose con sus obras de una profanación interna, a menudo buscando el olvido en su remontada de una memoria demasiado verdadera, a menudo perdidos en el fango y casi enamorados de él, hasta llegar a ser como los Will-o'-the-Wisps de los pantanos, y PRETENDEN SER estrellas -la gente los llama entonces idealistas-, luchando a menudo con un asco prolongado, con un fantasma de incredulidad que siempre aparece, que los enfriá, y los obliga a languidecer por la GLORIA y a devorar la "fe tal cual" de manos de aduladores intoxicados: -¡qué TORMENTO son estos grandes artistas y los llamados hombres superiores en general, para quien los ha descubierto una vez! Es pues concebible que sea justamente de la mujer -que es clarividente en el mundo del sufrimiento, y también desgraciadamente ávida de ayudar y salvar hasta un punto muy superior a sus poderes- de quien han aprendido tan fácilmente esos brotes de ilimitada y devota SIMPATÍA, que la multitud, sobre todo la multitud reverente, no comprende, y abruma con interpretaciones entrometidas y autogratificantes. Esta simpatía se engaña invariablemente a sí misma en cuanto a su poder; a la mujer le gustaría creer que el amor puede hacerlo TODO; es la SUPERSTICIÓN peculiar de ella. Ay, quien conoce el corazón descubre lo pobre, impotente, pretencioso y torpe que es incluso el mejor y más profundo amor; descubre que más bien DESTRUYE que salva. -Es posible que bajo la santa fábula y parodia de la vida

de Jesús se esconde uno de los casos más dolorosos del martirio del CONOCIMIENTO DEL AMOR: el martirio del corazón más inocente y más anhelante, que nunca tuvo suficiente de ningún amor humano, que EXIGÍA amor, que exigía inexorable y frenéticamente ser amado y nada más, con terribles arrebatos contra quienes le negaban su amor; la historia de una pobre alma insaciada e insaciable de amor, que tuvo que inventar el infierno para enviar allí a los que NO le amaban, y que por fin, ilustrado sobre el amor humano, tuvo que inventar un Dios que es todo amor, toda CAPACIDAD de amor, que se apiada del amor humano, porque es tan mezquino, tan ignorante. El que tiene tales sentimientos, el que tiene tal CONOCIMIENTO sobre el amor, ¡desea la muerte! Siempre y cuando, claro está, no se esté obligado a hacerlo.

270. La altivez intelectual y la repugnancia de todo hombre que ha sufrido profundamente -casi determina el orden del rango de CUÁNTO pueden sufrir los hombres-, la escalofriante certeza, con la que está completamente imbuido y coloreado, de que en virtud de su sufrimiento SABE MÁS de lo que el más astuto y sabio puede saber, que ha estado familiarizado y "en casa" en muchos mundos distantes y espantosos de los que "TÚ no sabes nada". -esta silenciosa altivez intelectual del que sufre, este orgullo de los elegidos del saber, de los "iniciados", de los casi sacrificados, encuentra todas las formas de disfraz necesarias para protegerse del contacto con manos oficiosas y simpatizantes, y en general de todo lo que no es su igual en el sufrimiento. El sufrimiento profundo hace noble: separa.-Una de las formas más refinadas de disfraz es el epicurismo, junto con cierta ostentosa audacia de gusto, que toma el sufrimiento a la ligera, y se pone a la defensiva contra todo lo que es doloroso y profundo. Son "hombres alegres" que hacen uso de la alegría, porque son incomprendidos a causa de ella; desean ser incomprendidos. Hay "mentes científicas" que hacen uso de la ciencia, porque da una apariencia alegre, y porque la científicidad lleva a la conclusión de que una persona es superficial;

ellos DESEAN engañar a una conclusión falsa. Hay mentes libres e insolentes que preferirían ocultar y negar que son corazones rotos, orgullosos e incurables (el cinismo de Hamlet-el caso de Galiani); y ocasionalmente la locura misma es la máscara de un desafortunado conocimiento SOBRE-Asegurado.-De lo que se deduce que es parte de una humanidad más refinada tener reverencia "por la máscara", y no hacer uso de la psicología y la curiosidad en el lugar equivocado.

271. Lo que separa más profundamente a dos hombres es un sentido y un grado de pureza diferentes. Qué importa toda su honestidad y utilidad recíproca, qué importa toda su buena voluntad mutua: el hecho sigue siendo que "no pueden olerse". El más alto instinto de pureza coloca a quien está afectado por él en el más extraordinario y peligroso aislamiento, como un santo: porque es justo la santidad, la más alta espiritualización del instinto en cuestión. Cualquier tipo de conocimiento de un exceso indescriptible en la alegría del baño, cualquier tipo de ardor o sed que impulsa perpetuamente al alma de la noche a la mañana, y de la oscuridad, de la "aflicción" a la claridad, el brillo, la profundidad y el refinamiento: tanto como tal tendencia DISTINGUE -es una tendencia noble- también SEPARA.- La piedad del santo es piedad por la SUCIEDAD de lo humano, demasiado humano. Y hay grados y alturas donde la propia piedad es considerada por él como impureza, como suciedad.

272. Señales de nobleza: no pensar nunca en rebajar nuestros deberes al rango de deberes para todo el mundo; no estar dispuestos a renunciar ni a compartir nuestras responsabilidades; contar nuestras prerrogativas, y el ejercicio de las mismas, entre nuestros DEBERES.

273. Un hombre que se esfuerza por conseguir grandes cosas, considera a todos los que encuentra en su camino, bien como un medio de avance, bien como un retraso y un obstáculo, bien como un lugar de descanso temporal. Su peculiar y elevada BOUNTY hacia sus semejantes sólo es posible cuando alcanza su elevación y domina. La impaciencia, y la conciencia de estar siempre condenado a la comedia hasta ese momento -pues incluso la lucha es una comedia, y oculta el fin, como lo hace todo medio- empañan para él toda relación; este tipo de hombre conoce la soledad, y lo que hay de más venenoso en ella.

274. El problema de los que esperan. -Son necesarias las casualidades, y muchos elementos incalculables, para que un hombre superior en el que está latente la solución de un problema, pueda todavía entrar en acción, o "estallar", como podría decirse, en el momento oportuno. Por término medio, esto NO ocurre; y en todos los rincones de la tierra hay esperadores sentados que apenas saben hasta qué punto están esperando, y menos aún que esperan en vano. De vez en cuando, también, la llamada de la vigilia llega demasiado tarde -la oportunidad que da "permiso" para pasar a la acción- cuando su mejor juventud y su fuerza para la acción se han agotado en la quietud; y ¡cuántos, justo cuando "se levantan", han descubierto con horror que sus miembros están entumecidos y su espíritu es ahora demasiado pesado! "En el dominio del genio, el "Rafael sin manos" (tomando la expresión en su sentido más amplio) no será tal vez la excepción, sino la regla... Tal vez el genio no sea tan raro, sino más bien las quinientas manos que necesita para dominar el "momento oportuno", para tomar el azar por la horquilla.

275. El que no DESEA ver la altura de un hombre, mira tanto más agudamente lo que hay de bajo en él, y en primer plano, y así se traiciona a sí mismo.

276. En toda clase de daños y pérdidas, el alma más baja y grosera está en mejor situación que el alma más noble: los peligros de esta última deben ser mayores, la probabilidad de que se aflijá y perezca es de hecho inmensa, teniendo en cuenta la multiplicidad de las condiciones de su existencia.-En un lagarto vuelve a crecer un dedo que se ha perdido; no así en el hombre.

277. ¡Es demasiado malo! ¡Siempre la vieja historia! Cuando un hombre ha terminado de construir su casa, descubre que ha aprendido sin darse cuenta algo que DEBERÍA haber sabido absolutamente antes de empezar a construir. El eterno y fatal "¡Demasiado tarde!" ¡La melancolía de todo lo TERMINADO-!

278. -Vagabundo, ¿quién eres? Te veo seguir tu camino sin desprecio, sin amor, con ojos insondables, húmedos y tristes como una plomada que ha vuelto a la luz insaciada de toda profundidad - ¿qué buscaba allí abajo?- , con un pecho que nunca suspira, con unos labios que disimulan su repugnancia, con una mano que sólo se agarra lentamente: ¿quién eres? Descansa aquí: este lugar tiene hospitalidad para todos, ¡refréscate! Y quienquiera que seas, ¿qué es lo que ahora te agrada? ¿Qué te servirá para refrescarte? Sólo dilo, lo que tenga te lo ofrezco. "¿Para refrescarme? ¿Para refrescarme? ¡Oh, tú, fisgón, qué dices! Pero dame, te ruego..." ¿Qué? ¿Qué? ¡Habla! "¡Otra máscara! ¡Una segunda máscara!"

279. Los hombres de profunda tristeza se traicionan a sí mismos cuando son felices: tienen un modo de apoderarse de la felicidad como si quisieran ahogarla y estrangularla, por celos; ¡ah, saben demasiado bien que huirá de ellos!

280. "¡Mal! ¡Malo! ¿Qué? ¿No vuelve?" ¡Sí! Pero lo malinterpretas cuando te quejas de ello. Vuelve como todo aquel que está a punto de hacer una gran primavera.

281.-"¿La gente lo creerá de mí? Pero yo insisto en que lo crean de mí: Siempre he pensado muy insatisfactoriamente en mí mismo y sobre mí mismo, sólo en casos muy raros, sólo obligatoriamente, siempre sin deleitarse en 'el tema', dispuesto a divagar sobre 'mí mismo', y siempre sin fe en el resultado, debido a una inconquistable desconfianza en la POSIBILIDAD del autoconocimiento, que me ha llevado hasta sentir un CONTRADICTIO IN ADJECTO incluso en la idea de 'conocimiento directo' que se permiten los teóricos: -esta cuestión de hecho es casi lo más seguro que conozco de mí mismo. Debe haber una especie de repugnancia en mí para CREER algo definitivo sobre mí mismo.-¿Hay acaso algún enigma en ello? Probablemente; pero afortunadamente nada para mis propios dientes.-Quizás traicione a la especie a la que pertenezco... pero no a mí mismo, como es suficientemente agradable para mí."

282.-"Pero, ¿qué te ha pasado?"-"No lo sé -dijo, vacilante-; tal vez las arpías han volado sobre mi mesa"-A veces ocurre hoy en día que un hombre apacible, sobrio y retraído se vuelve loco de repente, rompe los platos, revuelve la mesa, grita, desvaría y

commociona a todo el mundo, y finalmente se retira, avergonzado y enfurecido consigo mismo-¿para qué? ¿Para pasar hambre aparte? Para el que tiene los deseos de un alma elevada y delicada, y que rara vez encuentra su mesa puesta y su comida preparada, el peligro siempre será grande; hoy, sin embargo, lo es extraordinariamente. Arrojado en medio de una época ruidosa y plebeya, con la que no le gusta comer del mismo plato, puede perecer fácilmente de hambre y sed, o, si finalmente "cae", de náuseas repentinamente. -Probablemente todos nos hemos sentado en mesas a las que no pertenecemos; y precisamente los más espirituales, que son los más difíciles de alimentar, conocen la peligrosa DISPEPSIA que se origina por una repentina percepción y desilusión sobre nuestra comida y nuestros compañeros: la NAUSEA DE DESPUÉS DE LA CENA.

283. Si uno desea elogiar, es un autocontrol delicado y al mismo tiempo noble, para elogiar sólo donde uno NO está de acuerdo, de lo contrario, de hecho, uno se elogiaría a sí mismo, lo cual es contrario al buen gusto: un autocontrol, por cierto, que ofrece una excelente oportunidad y provocación para el constante MALENTENDIDO. Para poder permitirse este verdadero lujo del gusto y de la moral, no hay que vivir entre imbéciles intelectuales, sino entre hombres cuyos malentendidos y errores divierten por su refinamiento, o habrá que pagarlos muy caro: "Me alaba, POR LO TANTO me reconoce que tengo razón"; este método asínico de inferencia nos estropea la mitad de la vida a los reclusos, pues trae a los asnos a nuestra vecindad y amistad.

284. Vivir en una vasta y orgullosa tranquilidad; siempre más allá...
285. Tener, o no tener, las propias emociones, los "A favor" y los "en contra", según la elección; rebajarse a ellos durante horas; sentarse en ellos como en los caballos, y a menudo como en los asnos: pues

hay que saber aprovechar su estupidez tanto como su fuego. Conservar los trescientos primeros planos; también las gafas negras: porque hay circunstancias en las que nadie debe mirarnos a los ojos, y menos aún a nuestros "motivos". Y elegir para la compañía ese vicio pícaro y alegre, la cortesía. Y seguir siendo dueño de sus cuatro virtudes, el valor, la perspicacia, la simpatía y la soledad. Porque la soledad es para nosotros una virtud, como una sublime inclinación y predisposición a la pureza, que adivina que en el contacto del hombre con el hombre - "en sociedad"- debe ser inevitablemente impura. Toda sociedad lo hace a uno de alguna manera, en algún lugar, o en algún momento- "común".

285. Los más grandes acontecimientos y pensamientos -los más grandes pensamientos, sin embargo, son los más grandes acontecimientos- tardan más en ser comprendidos: las generaciones que son contemporáneas a ellos no EXPERIMENTAN tales acontecimientos -viven más allá de ellos. Algo sucede allí como en el reino de las estrellas. La luz de las estrellas más lejanas es la que más tarda en llegar al hombre; y antes de que haya llegado, el hombre NIEGA que haya estrellas allí. "¿Cuántos siglos requiere una mente para ser entendida?" -eso también es una norma, uno también hace una gradación de rango y una etiqueta con ello, tal como es necesario para la mente y para la estrella.

286. "Aquí está la perspectiva libre, la mente exaltada". [NOTA: "Fausto" de Goethe, Parte II, Acto V. Las palabras del Dr. Marianus.] -Pero hay un tipo de hombre inverso, que también está en una altura, y también tiene una perspectiva libre, pero mira hacia abajo.

287. ¿Qué es la nobleza? ¿Qué significa la palabra "noble" para nosotros hoy en día? ¿Cómo se delata el hombre noble, cómo se le reconoce bajo este pesado cielo nublado del plebeyismo naciente, por el que todo se vuelve opaco y plomizo? Hoy en día, entre los artistas y los eruditos abundan los que traicionan con sus obras que les impulsa un profundo anhelo de nobleza; pero esta misma NECESIDAD de nobleza es radicalmente diferente de las necesidades del alma noble misma, y es de hecho el signo elocuente y peligroso de la falta de la misma. No son las obras, sino la CREENCIA lo que aquí es decisivo y determina el orden de rango -para emplear una vez más una vieja fórmula religiosa con un significado nuevo y más profundo-, es alguna certeza fundamental que un alma noble tiene sobre sí misma, algo que no hay que buscar, no hay que encontrar, y quizás, también, no hay que perder.-EL ALMA NOBLE TIENE REVERENCIA POR SÍ MISMA-.

288. Hay hombres que son inevitablemente intelectuales, que se revuelvan y se retuerzan como quieran, y que se lleven la mano a los ojos traicioneros, como si la mano no fuera traidora; al final siempre sale a relucir que tienen algo que esconden: el intelecto. Uno de los medios más sutiles de engañar, al menos mientras sea posible, y de representarse con éxito a sí mismo como más estúpido de lo que realmente es -lo que en la vida cotidiana es a menudo tan deseable como un paraguas-, se llama ENTUSIASMO, incluyendo lo que le pertenece, por ejemplo, la virtud. Pues como decía Galiani, que estaba obligado a saberlo VERTU EST ENTHOUSIASME.

289. En los escritos de un recluso se oye siempre algo del eco del desierto, algo de los tonos murmurantes y de la tímida vigilancia de la soledad; en sus palabras más fuertes, incluso en su grito mismo, suena un nuevo y más peligroso tipo de silencio, de ocultamiento.

El que se ha sentado día y noche, de fin de año en fin de año, a solas con su alma en la discordia y el discurso familiar, el que se ha convertido en un oso de cueva, o en un buscador de tesoros, o en un guardián de tesoros y en un dragón en su cueva, puede ser un laberinto, pero también puede ser una mina de oro- sus propias ideas acaban adquiriendo un color crepuscular propio, y un olor, tanto de la profundidad como del moho, algo poco comunicativo y repulsivo, que sopla frío sobre todo transeúnte. El recluso no cree que un filósofo -suponiendo que un filósofo haya sido siempre, en primer lugar, un recluso- haya expresado nunca sus opiniones reales y últimas en los libros: ¿no se escriben los libros precisamente para ocultar lo que hay en nosotros? Toda filosofía es una filosofía de primer plano; éste es el veredicto de un recluso: "Hay algo arbitrario en el hecho de que el FILÓSOFO se haya parado aquí, haya hecho una retrospección y haya mirado a su alrededor; que haya dejado su pala a un lado y no haya cavado más profundo; también hay algo sospechoso en ello." Toda filosofía también CONCEBE una filosofía; toda opinión también es un LUGAR DE ESCAPE, toda palabra también es una MÁSCARA.

290. Todo pensador profundo tiene más miedo de ser comprendido que de ser incomprendido. Esto último quizá hiere su vanidad; pero lo primero hiere su corazón, su simpatía, que siempre dice: "Ah, ¿por qué tú también lo pasarías tan mal como yo?"

291. El hombre, animal COMPLEJO, mendaz, astuto e inescrutable, que se desmarca de los demás animales por su artificio y sagacidad, más que por su fuerza, ha inventado la buena conciencia para disfrutar finalmente de su alma como algo SIMPLE; y toda la moral es una larga y audaz falsificación, en virtud de la cual generalmente se hace posible el goce a la vista del alma.

Desde este punto de vista hay quizás mucho más en la concepción del "arte" de lo que generalmente se cree.

292. Un filósofo: es un hombre que constantemente experimenta, ve, oye, sospecha, espera y sueña cosas extraordinarias; que es golpeado por sus propios pensamientos como si vinieran de fuera, de arriba y de abajo, como una especie de acontecimientos y relámpagos PECULIARES PARA ÉL; que es quizás él mismo una tormenta preñada de nuevos relámpagos; un hombre portentoso, alrededor del cual siempre hay estruendos y murmullos y lagunas y algo insólito. Un filósofo: por desgracia, un ser que a menudo huye de sí mismo, que a menudo tiene miedo de sí mismo, pero cuya curiosidad siempre le hace "volver a sí mismo".

293. Un hombre que dice: "Me gusta eso, lo tomo como propio, y pienso guardarlo y protegerlo de todos"; un hombre que puede conducir un caso, llevar a cabo una resolución, mantenerse fiel a una opinión, mantener a una mujer, castigar y derrocar la insolencia; un hombre que tiene su indignación y su espada, y al que los débiles, los que sufren, los oprimidos, e incluso los animales se someten de buen grado y pertenecen naturalmente; en resumen, un hombre que es un MAESTRO por naturaleza: cuando un hombre así tiene simpatía, ¡bueno! ¡ESA simpatía tiene valor! Pero ¿de qué sirve la simpatía de los que sufren? O de aquellos que incluso predicen la simpatía. Hoy en día existe, en casi toda Europa, una irritabilidad y sensibilidad enfermiza hacia el dolor, y también una repulsiva irreflexión en la queja, un afeminamiento, que, con la ayuda de la religión y las tonterías filosóficas, busca engalanarse como algo superior; hay un culto regular al sufrimiento. Creo que lo primero que salta a la vista es la falta de humanidad de lo que tales grupos de visionarios llaman "simpatía". Hay que prohibir decidida y radicalmente esta última forma de mal gusto, y finalmente deseo

que la gente se ponga el buen amuleto "GAI SABER" ("ciencia gay", en lenguaje corriente) en el corazón y en el cuello, como protección contra ella.

294. A pesar del filósofo que, como genuino inglés, trató de desprestigar la risa en todas las mentes pensantes - "La risa es una mala enfermedad de la naturaleza humana, que toda mente pensante se esforzará por superar" (Hobbes)-, me permitiría incluso clasificar a los filósofos según la calidad de su risa, hasta aquellos que son capaces de una risa DORADA. Y suponiendo que los dioses también filosofen, lo cual me inclino fuertemente a creer, debido a muchas razones, no tengo duda de que también saben reírse de una manera nueva y sobrehumana, y a expensas de todas las cosas serias. Los dioses son aficionados a las burlas: parece que no pueden abstenerse de reírse ni siquiera en los asuntos sagrados.

295. 295. El genio del corazón, tal como lo posee ese gran misterioso, el dios tentador y cazador de ratas nato de las conciencias, cuya voz puede descender al mundo inferior de cada alma, que no dice una palabra ni lanza una mirada en la que no haya algún motivo o toque de seducción, a cuya perfección pertenece que sepa aparecer, no como es, sino con una apariencia que actúa como una coacción ADICIONAL para que sus seguidores se acerquen cada vez más a él, para seguirlo más cordialmente y a fondo; -el genio del corazón, que impone el silencio y la atención a todo lo ruidoso y engreído, que suaviza las almas ásperas y les hace saborear un nuevo anhelo: yacer plácidas como un espejo, para que los cielos profundos se reflejen en ellas; -el genio del corazón, que enseña a la mano torpe y demasiado apresurada a dudar, y a agarrar con más delicadeza; que huele el tesoro oculto y olvidado, la gota de bondad y dulce espiritualidad bajo el espeso y

oscuro hielo, y es una vara de adivinación para cada grano de oro, largamente enterrado y aprisionado en el barro y la arena; el genio del corazón, de cuyo contacto todo el mundo sale más rico; no favorecido ni sorprendido, no como gratificado y oprimido por los bienes de los demás; sino más rico en sí mismo, más nuevo que antes, roto, soplado y sonado por un viento que se descongela; más incierto, tal vez, más delicado, más frágil, más magullado, pero lleno de esperanzas que aún carecen de nombre, lleno de una nueva voluntad y corriente, lleno de una nueva mala voluntad y contracorriente. ... pero ¿qué estoy haciendo, amigos míos? ¿De quién os hablo? ¿Me he olvidado tanto de mí mismo que ni siquiera os he dicho su nombre? A no ser que ya hayáis adivinado por vuestra cuenta quién es este Dios y espíritu dudoso, que desea ser ALABADO de tal manera? Porque, como le sucede a todo aquel que desde su infancia ha estado siempre sobre sus piernas y en tierras extranjeras, yo también he encontrado en mi camino muchos espíritus extraños y peligrosos; sobre todo, sin embargo, y una y otra vez, aquel del que acabo de hablar: en efecto, nada menos que el Dios DIONISIO, el gran equívoco y tentador, a quien, como sabéis, ofrecí una vez con todo secreto y reverencia mis primicias; el último, según me parece, que le ha ofrecido un SACRIFICIO, pues no he encontrado a nadie que pudiera entender lo que yo hacía entonces. Mientras tanto, sin embargo, he aprendido mucho, demasiado, sobre la filosofía de este Dios, y, como he dicho, de boca en boca, yo, el último discípulo e iniciado del Dios Dionisio: y tal vez podría por fin empezar a daros, amigos míos, en la medida en que se me permite, una pequeña muestra de esta filosofía? En voz baja, como es lógico, porque tiene que ver con mucho de lo secreto, de lo nuevo, de lo extraño, de lo maravilloso, de lo insólito. El hecho mismo de que Dionisio sea un filósofo y que, por tanto, los dioses también filosofen, me parece una novedad no exenta de sospecha, y podría despertarla precisamente entre los filósofos; entre vosotros, amigos míos, hay menos que decir en contra, salvo que llega demasiado tarde y no en el momento oportuno; pues, como se me ha revelado, hoy en día sois reacios a creer en Dios y en los dioses. También puede suceder que en la franqueza de mi

historia deba ir más allá de lo que es agradable a los estrictos usos de vuestros oídos... Ciertamente, el Dios en cuestión iba más lejos, mucho más lejos, en tales diálogos, y siempre iba muchos pasos por delante de mí... En efecto, si se me permitiera, tendría que darle, según los usos humanos, finas mareas ceremoniales de lustre y mérito, tendría que ensalzar su valor de investigador y descubridor, su intrépida honestidad, su veracidad y su amor a la sabiduría. Pero un Dios así no sabe qué hacer con toda esa respetable chulería y pompa. "¡Guárdate eso", diría, "para ti y para los que son como tú, y para quien lo requiera! No tengo motivos para cubrir mi desnudez". Uno sospecha que este tipo de divinidad y filósofo tal vez carece de vergüenza... Una vez dijo: "Bajo ciertas circunstancias amo a la humanidad" -y se refería con ello a Ariadna, que estaba presente-; "en mi opinión el hombre es un animal agradable, valiente, inventivo, que no tiene su igual en la tierra, se abre camino incluso a través de todos los laberintos. Me gusta el hombre, y a menudo pienso cómo puedo hacerlo progresar aún más, y hacerlo más fuerte, más malvado y más profundo" - "¿Más fuerte, más malvado y más profundo?" pregunté horrorizado. "Sí", dijo de nuevo, "más fuerte, más malvado y más profundo; también más hermoso", y con ello el dios tentador sonrió con su sonrisa halconiana, como si acabara de hacer un cumplido encantador. Aquí se ve de inmediato que no es sólo la vergüenza lo que le falta a esta divinidad; y en general hay buenas razones para suponer que en algunas cosas los dioses podrían acudir todos a nosotros los hombres para instruirse. Nosotros, los hombres, somos más humanos.

296. ¡Ay, qué sois, después de todo, mis pensamientos escritos y pintados! No hace mucho eras tan abigarrado, joven y malicioso, tan lleno de espinas y especias secretas, que me hacías estornudar y reír; ¿y ahora? Ya os habéis despojado de vuestra novedad, y algunos de vosotros, me temo, están listos para convertirse en verdades, ¡tan inmortales parecen, tan patéticamente honestos, tan

tediosos! ¿Y alguna vez fue de otra manera? ¿Qué es lo que escribimos y pintamos, nosotros, mandarines del pincel chino, nosotros, inmortalizadores de las cosas que se prestan a la escritura, qué es lo único que somos capaces de pintar? Ay, sólo lo que está a punto de desvanecerse y empieza a perder su olor. ¡Ay, sólo las tormentas agotadas y que se van y los sentimientos amarillos tardíos! Ay, sólo los pájaros extraviados y fatigados por el vuelo, que ahora se dejan capturar con la mano, con NUESTRA mano. Inmortalizamos lo que no puede vivir y volar mucho más, ¡sólo las cosas agotadas y melosas! Y es sólo para vuestra TARDE, vosotros, mis pensamientos escritos y pintados, para los que sólo tengo colores, muchos colores, tal vez, muchos abigarrados blandamientos, y cincuenta amarillos y marrones y verdes y rojos; -pero nadie adivinará así cómo os veíais en vuestra mañana, vosotros, chispas repentinamente y maravillas de mi soledad, vosotros, mis viejos y amados ¡Pensamientos MALOS!

DESDE LAS ALTURAS

Por F. W. Nietzsche

**Traducido desde la versión en inglés
de L. A. Magnus**

1.

¡Mediodía de la vida! ¡Oh, estación de las delicias!

¡Mi parque de verano!

Inquietante alegría para mirar, para acechar, para acechar-

Busco amigos, estoy listo día y noche.

¿Dónde os quedáis, amigos míos? El momento es propicio.

2.

¿No es el gris del glaciar hoy para ti

¿Garlandas de rosas?

El arroyo te busca, el viento, la nube, con hilo anhelante
Y se empujan aún más alto hacia el azul,
para espiarte desde la más lejana vista del águila.

3.

Mi mesa se extendió para ti en lo alto
Que habita tan
Tan cerca de la estrella, tan cerca de la espantosa fosa de
abajo...

Mi reino-¿qué reino tiene límites más amplios?

Mi miel-¿Quién ha sorbido su fragancia?

4.

¡Amigos, estáis ahí! Ay de mí, pero no soy
¿Aquel a quien buscáis?

Os quedáis mirando y os detenéis; ¡más vale que vuestra ira
hable!

¿No soy yo? ¿La mano, el paso, el rostro, han cambiado? Y lo que

soy, para vosotros mis amigos, ahora no lo soy?

5.

¿Soy otro? ¿Extraño soy para mí?

¿Y aún así he surgido de Mí?

¿Un luchador, por sí mismo, demasiado a menudo auto-destruido?

Obstaculizando demasiado a menudo la potencia de mi propio yo,

¿Herido y obstaculizado por la victoria propia?

6.

Busqué donde el viento sopla más fuerte. Allí

Aprendí a habitar

Donde no habita ningún hombre, en la solitaria caída del hielo,

Y desaprendí al hombre y a Dios y a la maldición y a la oración...

¿Me convertí en un fantasma que recorre los glaciares
desnudos?

7.

¡Vosotros, mis viejos amigos! ¡Mirad! Os ponéis pálidos, llenos
de

De amor y miedo.

¡Vayan! Pero no con ira. Nunca podríais vivir aquí.

Aquí, en el reino más lejano del hielo y el fuego,

Un cazador debe ser, como la gamuza se eleva.

8.

¿Un mal cazador era yo? Mira qué tenso

¡Mi arco estaba doblado!

Más fuerte fue aquel que envió tal rayo...

¡Ay, ahora! Esa flecha está cargada de peligro,

Peligroso como ninguno. ¡Tengan ese hogar seguro que
buscaron!

9.

¡Id! Ya has soportado bastante, oh, corazón;-

Fuerte era tu esperanza;

A nuevos amigos se abren ampliamente tus portales,

Deja a los viejos. ¡Deja que el recuerdo se vaya!

Eras joven entonces, ahora, ¡más joven eres!

10.

Lo que nos unió una vez, un lazo de esperanza...

(Quien ahora con

Esas líneas, ahora desvanecidas, que el amor escribió una vez
en ellas.

Es como un pergamo, que la mano es tímida
para tocar, como las hojas crepitantes, todas quemadas, todas
secas.

11.

Oh, ya no hay amigos. Son -¿qué nombre para esos?-

El vuelo fantasma de los amigos

Llamando al cristal de mi corazón en la noche,

Mirando hacia mí, que habla "Éramos" y se va,-

¡Oh, palabras marchitas, antes fragantes como la rosa!

12.

¡Pellizcos de la juventud que no puede entender!

Por la que suspiré,

Que consideré cambiados conmigo, parientes de mi especie:

Pero envejecieron, y así fueron condenados y prohibidos:

¡Nadie más que los nuevos kith son nativos de mi tierra!

13.

¡Mediodía de la vida! El placer de mi segunda juventud.

¡Mi parque de verano!

Alegría intranquila para anhelar, para acechar, para escuchar.

Busco amigos, estoy listo día y noche,

para mis nuevos amigos. ¡Ven! ¡Venid! ¡El momento es el adecuado!

14.

Esta canción ha terminado, el dulce y triste grito de la ruda

Cantó su final;

Un mago lo hizo, él el amigo oportuno,

El amigo del mediodía, no, no me preguntes quién;

Al mediodía fue, cuando uno se convirtió en dos.

15.

Mantenemos nuestra Fiesta de las Fiestas, seguros de nuestro camino,

Nuestros objetivos son los mismos:

El invitado de los invitados, el amigo Zaratustra, llegó.

El mundo ahora ríe, el velo espantoso se rasgó,

Y la Luz y la Oscuridad fueron uno en esa mañana de bodas.

Prefacio

CAPÍTULO I. PREJUICIOS DE LOS FILÓSOFOS

CAPÍTULO II. EL ESPÍRITU LIBRE

CAPÍTULO III. EL ESTADO DE ÁNIMO RELIGIOSO

CAPÍTULO IV. APOTEGMAS E INTERLUDIOS

CAPÍTULO V. LA HISTORIA NATURAL DE LA MORAL

CAPÍTULO VI. LOS ESCOLARES

CAPÍTULO VII. NUESTRAS VIRTUDES

CAPÍTULO VIII. PUEBLOS Y PAÍSES

CAPÍTULO IX. ¿QUÉ ES NOBLE?

DESDE LAS ALTURAS